Juan Cantavella

Manual de la entrevista periodística

Ariel Comunicación

Manual de la entrevista periodística

Ariel

Ariel Comunicación

Juan Cantavella

Manual de la entrevista periodística

Editorial Ariel, S.A.
Barcelona

Diseño cubierta: Nacho Soriano

1.ª edición: septiembre 1996

ISBN: 84-344-1272-1

Depósito legal: B. 30.446 - 1996

Impreso en España

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

La entrevista nació y se expandió en el siglo pasado, cuando el periodismo informativo se iba desarrollando. Sin embargo, cuenta con un arraigo más antiguo y profundo: fija sus bases en la conversación, en las interrogaciones que el discípulo dirige a su maestro, en los diálogos literarios y en los ficticios que se divulgan a través de la prensa... Cuando éstos se hallaban en decadencia se produce la irrupción de los diálogos reales, acogidos desde el principio con simpatía, pues el lector necesita saciar la curiosidad respecto a lo que sucede en su entorno, sobre todo en lo que atañe a las personas que se mueven a su alrededor.

Aunque la implantación de la entrevista en los periódicos es lenta, cuando llegamos a nuestra centuria ya la notamos presente de una forma destacada. No abunda, sin embargo, pese a que un manual de 1906 (el de Mainar) la considera «una fórmula precisa y preciosa de la información», que se halla «muy en boga». Hay que esperar a estas últimas décadas para apreciar que se encuentra absolutamente afianzada en los medios, donde ocupa posiciones privilegiadas, dada la importancia o utilidad de su aportación, lo que se refleja en el espacio que se le dedica. Además, prácticamente se ha extendido a toda clase de impresos, tanto mayoritarios como

minoritarios, tanto vulgares como cultos. «Se ha popularizado tanto que todos los directores de periódico la consideran ahora como una de las columnas del periodismo», escribe Bond (p. 132).

La entrevista ha recibido elogios encendidos y hasta desmesurados, y son muchos los que la consideran como una especie sublime entre las modalidades de expresión periodística. Al reportaje y a la entrevista los conceptúa Acosta Montoro como «géneros-rey del periodismo». Las razones de tal consideración estriban en que «nacen de una realidad, de una necesidad de crítica social, de expresión personal ante los demás, y que se convertirán en la aportación más valiosa con que el periodismo devuelve a la literatura cuanto ésta ha contribuido a su desarrollo» (t. I, p. 275). Otros subrayan las dificultades inherentes: «Subgénero realmente difícil entre los periodísticos» es para Martínez de Sousa (p. 160). «La interviú es uno de los géneros más difíciles del periodismo y, sin embargo, es algo consubstancial a la profesión», proclamaba Graña hace más de sesenta años (p. 180).

A cambio de una consideración tan positiva, no ha recibido la atención teórica y bibliográfica que merecía. En algunos manuales de periodismo se ha pasado por encima de la entrevista como sobre ascuas. En la mayoría de los casos se limitan a dedicarle unos párrafos o unas páginas, como un simple catálogo de consejos, producto de la experiencia o de la intuición. En pocas ocasiones se ha intentado un tratamiento global, académico, clarificador de sus características, desmenuzador de su estructura. Hasta hace poco el estudio más citado sobre el tema era el de Manuel del Arco, aparecido por primera vez en 1953, revelador de la experiencia brillante y veterana del autor, pero que no brinda un tratamiento sistemático y académico de tales textos. En nuestros días ya se le dedican análisis más consistentes, pero todavía no existe una exacta correspondencia entre el uso de esta modalidad y su tratamiento teórico.

Como tampoco la hay entre la gran entrevista, que suele reservarse a los redactores mejor preparados, de aquellas más usuales y facilonas que se dejan al manejo de cualquiera. Ya se quejaba González-Ruano hace años (1959) de que se «ha considerado siempre la entrevista como un sistema de empezar a abrirse camino y una vía de ascenso que impide continuar en ella a quien se considera ya ascendido por méritos de guerra o de escalafón». No es un fenómeno de este tiempo nuestro, porque a principios de siglo se manifestaba en el mismo sentido Mainar: «En cuanto un repórter comienza a valer y a adiestrarse en su especialidad, pugna por ser articulista y encerrarse en la redacción a decirle cosas al gobierno y a *dirigir* la opinión, tarea mucho más cómoda que la de registrar los latidos de esa misma opinión» (p. 97).[1]

Los periódicos españoles de todas clases y tendencias aparecen llenos de entrevistas. Las encontramos en la radio y en la televisión, con el curioso fenómeno de que, por lo general, no son incluidas en los noticieros radiofónicos y televisivos, mientras que se han creado espacios arrevistados donde imperan con todo su esplendor. Los semanarios y suplementos dominicales las colocan en un lugar de honor; dedican a este menester a profesionales destacados y las anuncian como tales en las portadas.

Si se ofrece tal abundancia de entrevistas no es por casualidad. Los periódicos se encuentran en nuestros días sosteniendo un difícil equilibrio entre la solidez de sus contenidos, que es lo que puede diferenciarlos de la facilidad de los medios audiovisuales, y la ligereza de los

1. Éste es un problema general de nuestras redacciones, que utilizan para la información de calle a los que comienzan, mientras que retiran hacia los puestos burocráticos, más cómodos, a los periodistas experimentados. Cuando González-Ruano volvió a la entrevista en la década de los cincuenta confesaba que «a mis años ponerme a hacer interviús no era, dentro del escalafón literario, un intento precisamente glorioso, y comprendí desde el primer momento que, si no lo hacía muy bien, era un retroceso para mí, casi ridículo en lo profesional» (cf. Gómez-Santos, s.a., p. 30).

textos, que los haga accesibles a un mayor número de lectores, público que en general no se caracteriza por su búsqueda de la profundidad. Como se ha dicho en alguna ocasión, la televisión ha llegado a España cuando los hábitos lectores no se encontraban asentados entre nosotros. Lo cual indica que se ha pasado directamente del analfabetismo funcional a una recepción pasiva de la información, obviando esa etapa de participación y de identificación con los medios escritos, que es lo que da un marchamo a los pueblos más cultos y formados.

Es precisamente este contexto el que hace que la entrevista se convierta en uno de los textos periodísticos de mayor aceptación. Es notable la calidez humana que ofrece y el acercamiento de los personajes que propicia, con lo que el número de entrevistas se halla en relación con la popularidad del medio. Pero debe tenerse en cuenta que no existe en España una diferencia abismal entre periódicos serios y periódicos superficiales y sensacionalistas. Por eso no hay grandes diferencias en el espacio que dedican a las entrevistas unos medios y otros, y en todos se aprecia una buena acogida.

La entrevista es un tipo de escrito muy digerible. Cuando están bien realizadas y se pregunta de forma adecuada a quien tiene algo que contar, el resultado suele ser excelente. En los mejores periódicos no se desperdicia espacio para encuentros por motivos futiles o para aquellos en que los resultados obtenidos no han sido los esperados. En este sentido hay una minusvaloración de la entrevista en algunos periódicos locales, donde se abusa de los diálogos improductivos o realizados por simple conveniencia de imagen, puesto que algunos personajillos se sienten halagados cuando se les solicita para este menester.

El desprestigio de la entrevista se hace entonces patente, más que por ineptitud del entrevistador (aunque puede que éste no obtenga todo el rendimiento que sería menester), por una recurrencia excesiva a un género que no se presta a vulgaridades o tópicos. «Abundan

como desecho periodístico las entrevistas vulgares, facilonas, llenas de adjetivos desprestigiados y motivadas por simple complacencia de un compromiso. Se registran con honores de excepción aquellas otras que responden a un motivo puramente periodístico, están realizadas con talento...», afirmaba Herraiz hace décadas (p. 94).

La entrevista se ha convertido en un medio privilegiado para la comunicación periodística, tanto la que se ciñe a la actualidad como la que profundiza en la trayectoria y pensamiento de algún personaje. Ambas —y me atreveré a suponer que especialmente la segunda— se leen con gozo, con mayor agrado que muchos otros escritos. Por eso no es extraño que proliferen tanto en los periódicos.

Si a veces los textos periodísticos son contemplados con suspicacia por historiadores y lectores actuales, la entrevista nos parece que goza de un aprecio por encima de otros géneros. Antes, en los estudios más profundos y abarcadores sobre escritores, sólo eran tenidos en cuenta los libros y artículos científicos que se les habían dedicado. Ahora, cuando se escribe sobre un autor de los últimos cien años, se incluye siempre una relación o selección de las entrevistas más importantes e, incluso, se reproducen por entero o fragmentariamente las más significativas.[2]

Un autor que estudia el valor de los textos memoriales en la literatura catalana (Llorenç Soldevila) ha destacado el papel de la entrevista, en unos momentos en que los epistolarios, al haberse impuesto el uso del teléfono, han entrado en una progresiva recesión: «De

2. Por ejemplo, en el tercer tomo de las *Obras completas* de García Lorca (edición de Arturo del Hoyo en Aguilar) se incluyen casi doscientas páginas de «Entrevistas y declaraciones», con medio centenar de ellas, firmadas por una extensa nómina de hombres ilustres en la literatura y el periodismo: Francisco Ayala, González Olmedilla, Giménez Caballero, José María Salaverría, Pedro Massa, Juan Chabás, Antonio de Obregón, Ángel Lázaro, Nicolás González-Deleito, Miguel Pérez Ferrero y Bagaría, entre otros. En nuestros días constituye un material inapreciable en el estudio de las grandes figuras de la cultura.

hecho, la conversación o interviú, un género nacido en pleno siglo XIX a caballo de la recreación literaria y el periodismo, ha acabado siendo en nuestros días un sustituto muy valioso e imprescindible de la información que, tradicionalmente, nos podía proporcionar el epistolario.»

Otro aspecto importante que no siempre ha sido tenido en cuenta es que en la entrevista se evidencia el poder social del periodista, no sólo para formular preguntas, sino sobre todo en su exigencia para que se dé respuesta a los interrogantes que presenta a los interlocutores. Naturalmente las preguntas no se efectúan con exclusividad para realizar las entrevistas, pero encuentran en éstas su aplicación más propia. «Sólo a los jueces y a los periodistas les es lícito el preguntarlo todo —aseguraba Rafael Mainar casi un siglo atrás—; pero el juez tiene autoridad para exigir la respuesta y el periodista ha de obtenerla por habilidad al preguntar» (p. 96). No es sólo cuestión de habilidad en el interrogatorio, sino capacidad para presentarse como intermediario entre protagonistas o testigos y el público que necesita conocer los hechos y las opiniones. Tampoco es que haya que deberlo todo a las dotes personales y profesionales de que se encuentre provisto, pues se beneficiará de la imagen y la prestancia que el medio al que representa tiene en el seno de la comunidad a la que sirve.

Todos no contemplan semejante posición preponderante con entusiasmo. Por ejemplo, el escritor checoslovaco Milan Kundera dedicó uno de los capítulos de su novela *La inmortalidad* a lo que califica como «El decimoprimer mandamiento», que no es otro que la exigencia de que el individuo diga la verdad a quien tiene poder para exigírsela. En nuestros días, quien está dotado de tales derechos ya no es tanto el juez o los Estados fascistas y comunistas, sino el periodista (ésta es su opinión).

La ironía que destila este capítulo parece traducir una actitud firme del novelista, poco amigo por cierto de

que lo entrevisten en los medios de comunicación. Su pensamiento queda reflejado en este párrafo, que contiene una dosis tan elevada de intuición como de provocación:

> El periodista comprendió que lo de hacer preguntas no era simplemente el método de trabajo de un reportero, que realiza sus investigaciones modestamente con una libreta y un lápiz en la mano, sino un modo de ejercer el poder. Periodista no es aquel que pregunta, sino aquel que tiene el sagrado derecho de preguntar, de preguntarle a quien sea lo que sea. ¿Acaso no tenemos todos ese derecho? ¿Y no es acaso la pregunta un puente de comprensión tendido de hombre a hombre? Quizá. Por eso precisaré mi afirmación: el poder del periodista no está basado en el derecho a preguntar, sino en el derecho a exigir respuestas (p. 135).

Los Estados totalitarios podían introducirse en los rincones más secretos y reservados de la vida y del pensamiento de sus súbditos, pero caídas en el desprestigio —que no en la práctica— aquellas formas de gobernar, se abrió paso el poder omnímodo del periodista, según la exageración de Kundera. Porque, claro está, lo que va describiendo no es un estado real del mundo, sino una deformación de ciertas actitudes: sensatas, unas; viciadas, otras. Ese poder para nuestro colectivo, según nos atribuye, no responde a una realidad o sólo lo intentan ejercer de esta manera cuatro iluminados que se creen que el bolígrafo o el micro les sitúa sobre la libre voluntad de sus conciudadanos. Sí es verdad, al mismo tiempo, que los periodistas ostentan un mandato de la comunidad a la que sirven como «perros guardianes de las instituciones», como gusta decir al profesor Martínez Albertos, que cita a varios autores, señaladamente a Lippmann.

«El reportero personifica el derecho del público a conocer determinadas cosas», asegura Bond (p. 132). No se tra-

ta de un poder omnímodo y de eso hay que convencer al mismo periodista, que «a veces cree que representa el derecho del público a conocer todo, pero hay ocasiones en que "todo" no concierne al público». Para Santamarina, la actividad del periodista en este campo es el «resultado y representación de la curiosidad general y legítima del público». Pensar en esta responsabilidad es lo que «debe sostener en su energía al buen reportero para no fracasar» (p. 33). González-Ruano dice actuar por el «deseo de satisfacer una lógica curiosidad popular. Soy el embajador del público, simplemente» (1930, p. 41).

Los políticos, por fuertes y encumbrados que se encuentren, ya no son destronados por las armas o las intrigas, sino —como quiere hacer creer Kundera— «mediante la mera fuerza de la pregunta» (p. 137). No cabe duda de que, en lo que atañe a la entrevista, hay aquí una confusión de raíz. Pedro Rodríguez (p. 66) habla del derecho a preguntar, pero «a quien se somete, libremente, al juego de los "por qué" de la curiosidad». Y es que nadie está obligado a aceptar estos encuentros, pero al mismo tiempo, si se accede —o se solicita, como ocurre tantas veces— no se pueden poner condiciones para ser preguntados exclusivamente por aquello que apetece responder.

El periodista no es un mero altavoz, transmisor de lo que le quieran contar, sino intermediario de las cuestiones que el público lector desea formular. Muchas veces éste, que puede identificarse con el pueblo o con el electorado, de alguna manera delega en el entrevistador las preguntas que le gustaría hacer al político o representante de un poder si le permitieran acercarse a él. No se le puede defraudar con apaños y componendas que hurtan ciertas realidades y opiniones poco gratas. «En la entrevista —con excepción quizá de esos intercambios triviales cuyo objeto es casi publicitario—, siempre se juega al descubrimiento de una verdad, una revelación que el diálogo, en alguna medida próximo a la indagación

detectivesca, ayudaría a descubrir», según Leonor Arfuch (p. 24).

Claro que a veces el interés de algunos periodistas por la entrevista no procede de los absolutos y sofisticados poderes que nos atribuye el escritor checo, sino de otros más prosaicos, pero no menos efectivos. No vamos a pensar que siempre ocurren situaciones como la que graciosamente cuenta Plinio Apuleyo Mendoza en uno de sus libros memoriales: «Camila, mi hija, en vez de soñar con Polanski, como soñaba yo con Ingrid Bergman, se empeñó en conocerlo. "Hazle una entrevista y preséntamelo", decía» (1986, p. 132). Es evidente que a través de tales encuentros se pueden obtener muchos beneficios y no sería el primer caso que el ejercicio de la entrevista ha llevado hasta el matrimonio, por ejemplo. Ahí está Marina Castaño, segunda esposa de Cela. Según un reportaje de Lola Galán en *El País*, del tiempo en que se divulgaron sus amores, «le hizo una primera entrevista, pero la verdadera fascinación por el personaje [...] no surgió hasta la segunda entrevista, esta vez en Santiago de Compostela ante los micrófonos de la radio. "Tenía miedo", escribe Marina en relación con su estado de ánimo ante la conversación, "porque tiene fama de ser un hombre áspero e inasequible. Pero ese fantasma se desvaneció a la primera pregunta". Hasta el punto de que la charla duró dos horas, algo más del tiempo programado».

Bromas y anécdotas aparte —aunque resultan reveladoras de la seducción que acompaña a todas las entrevistas en profundidad—, no es extraño que alguien plantee con buen sentido un encuentro o un conjunto de ellos con el afán de aproximarse a uno o varios personajes. Dicho así podría parecer que se trata de un aprovechamiento o comercio indebido, ajeno a los puros intereses espirituales que deben adornar el periodismo, pero a lo que nos referimos es a ciertas actitudes que no tienen nada de inconfesables.

Recordamos ahora que la malograda periodista cata-

lana Montserrat Roig llevó a cabo una serie de entrevistas con diversos autores en los comienzos de su carrera como escritora y más tarde confesaría paladinamente que lo hizo porque necesitaba interrogarles acerca del aprendizaje de la escritura, como una iniciación en el oficio al que aspiraba: «La verdad es que fui confeccionando el libro a partir de una posición egoísta.»

No es un caso único. Explica Vargas Llosa en un reciente libro de memorias (*El pez en el agua*) de qué manera influyó en su formación la serie de entrevistas semanales que realizó en su juventud para el suplemento dominical de *El Comercio* de Lima, que «fueron muy instructivas sobre la situación de la literatura peruana, aunque a menudo decepcionantes». Era la época en que, deslumbrado por la obra de Faulkner, vivía fascinado por la técnica de la novela y leía todas las que caían en sus manos observando atentamente la estructura interna y la disposición de sus elementos: «A todos los novelistas y cuentistas que entrevisté los interrogaba sobre la forma narrativa, sobre sus preocupaciones técnicas, y siempre me desmoralizaban sus respuestas» (pp. 344-347).

Ya se ve que este afán por aprender a través de las palabras de los entrevistados no es una desviación de los fines que un periodista debe procurar en su trabajo. Al contrario, se trata de una laudable práctica que ojalá se encontrara más extendida, porque la preocupación de un periodista en su mejora individual puede ser compartida por un gran número de lectores. Montserrat Roig (1975, pp. 12-13) admitía en una ocasión que todos los personajes entrevistados la habían ayudado mucho: unos con su grandeza intelectual, otros por su profundidad humana y el pequeño resto con la negación de todo lo anterior: «Ellos me han enseñado más que los libros.» Para Sainz Guerrero la «gran verdad» es que «la mejor forma de aprender es preguntar». Algo semejante concluía otro compañero: «Lo poco que sé lo he aprendido preguntando» (Arturo San Agustín, p. 11).

CAPÍTULO 1

QUÉ SE ENTIENDE POR ENTREVISTA

En los comienzos de esta panorámica conviene que precisemos algunas cuestiones básicas, para saber con exactitud de qué estamos hablando. Por ejemplo, ¿cómo definir la entrevista? ¿Cuáles son los elementos que la configuran y la diferencian de otros textos que suelen publicarse en los periódicos?

Hay que dejar muy claro desde el principio que no debe identificarse la entrevista, concebida como encuentro o interrogatorio para obtener información que se empleará más tarde en cualquier tipo de texto periodístico, con el diálogo que se mantiene con una persona con el fin de publicar sus palabras más o menos literalmente. Consideramos que la entrevista periodística es exclusivamente la segunda modalidad y que la primera no es más que conversación o demanda de datos a las fuentes como medio auxiliar para un texto periodístico. El término «entrevista» goza de tanta fortuna que está cobijando cada vez un número mayor de acciones y en la actualidad casi no hay más remedio que precisar cuándo nos referimos a la entrevista periodística. Tal confusión proviene de que la técnica de preguntas y respuestas está presente en gran número de actividades (medicina, enseñanza, ventas, empleo...) y en buena parte de los géneros que se escriben para los periódicos: de

hecho, «entrevistar e interrogar es virtualmente la célula del periodismo», como afirma Benítez (p. 136) y «la entrevista es la piedra angular del periodismo», como proclama Sherwood (p. 139).

No estamos de acuerdo con Graña, para quien la interviú es «una conversación para obtener noticias» (p. 303), que es justamente la definición que hace suya Acosta Montoro (t. I, pp. 98-99), aunque éste da un paso más hasta situarse en la posición correcta, pues considera que para llegar a la entrevista como género periodístico «es necesario que el periodista hable en primera persona, esté presente en la información y en su redacción; que el periodista reproduzca preguntas y respuestas de modo que el lector siga el hilo fiel de la conversación».

Es pertinente la posición de Agustín Pombo quien, después de asegurar que «toda información periodística proviene de una o varias entrevistas», distingue claramente las entrevistas transformadas en relatos noticiosos de aquella que responde genéricamente al nombre de entrevista o «interviú» (p. 1.386). También es correcto el punto de partida de Martínez de Sousa cuando afirma que es «un subgénero periodístico sólo cuando por sí misma constituye un artículo entero o su mayor parte» (p. 160). Si se la utiliza como porción o base para redactar una crónica o reportaje, entonces no es propiamente una entrevista. Es asimismo adecuada la apreciación de Gargurevich, por cuanto después de recoger la opinión ajena, en el sentido que forma parte de las técnicas de la noticia, añade que ésta no es la entrevista propiamente dicha, pues «recabar datos no es entrevistar»: «Hay, pues, necesidad de diferenciar para poder sistematizar las técnicas, estableciendo una *distinción* precisa en lo que es "interrogar para obtener datos" y "entrevistar"» (p. 69).

Estamos de acuerdo con ello, pero creemos necesario explicar que el término «entrevista» casi nadie lo utiliza en las redacciones españolas en ese primer sentido. En

cambio, no hay manual extranjero de los que circulan entre nosotros —preferentemente los que traducen textos de autores norteamericanos— que no pongan énfasis en tal aspecto. Los redactores de los periódicos españoles entienden claramente cuándo se les envía a efectuar una entrevista y cuándo se les pide que hablen con tal persona (no que la entrevisten) para obtener información. Quizá los teóricos deberían adaptar su lenguaje a esta realidad, que más vale respetar y no perturbar. Lo que no sabemos es si logrará mantenerse esta tendencia o terminará por imponerse la que sopla desde el área anglosajona.[1]

Los elementos de la noticia han podido ser obtenidos por medio de la conversación, lo mismo que los componentes del reportaje o de la crónica, pero es en la entrevista donde el valor y las posibilidades del diálogo brillan con todo su esplendor. La habilidad del interrogador permitirá que el entrevistado cuente los hechos que anhelan conocer los lectores o exponga las opiniones que ha forjado en su interior. Se tratará de una entrevista si tales hechos u opiniones se ponen en la boca del interlocutor, pero no lo será si se articulan de tal modo que forman una noticia o solamente se aprovecha alguna declaración aislada en el conjunto de un reportaje. La diferenciación práctica de cada uno de los textos periodísticos no presenta mayores problemas.

Consideramos entrevista la reproducción de un diá-

1. Esta diferencia —que para nosotros es evidente— también la perciben otros, como el escritor y ex ministro Jorge Semprún, que participa de la condición de entrevistador y entrevistado. Dice en uno de sus libros: «El rey Juan Carlos me había concedido audiencia, pero estaba convenido que no era una entrevista periodística. Podría tener en cuenta sus palabras, inspirarme en ellas o comentarlas, pero no citarlas entrecomilladas en la serie de artículos que estaba preparando sobre la transición democrática en España.» Sin embargo, el periodismo de investigación comienza a utilizar la palabra entrevista de forma desusada hasta el presente. Un libro realizado desde esta perspectiva periodística anuncia que «los autores, dos reconocidos especialistas en el tema, han realizado más de dos mil entrevistas». O sea, que han interrogado o conversado con todo ese cúmulo de personas, sin que necesariamente reproduzcan el diálogo, sino los datos de interés que merecen ser divulgados.

logo del periodista con alguna persona o incluso con varias, siempre que aparezca meridianamente la existencia de ese diálogo. En una noticia se aprovechan los datos recogidos en contacto con las fuentes, pero luego se ofrecen lo más desnudos posible de consideraciones, opiniones o circunstancias de recogida, aunque se admite que en un momento dado puedan insertarse declaraciones entrecomilladas, siempre en proporción muy pequeña respecto al total de la información.

En cambio, un reportaje presenta el tratamiento global de un problema, cuestión de actualidad, recuerdo o recreación, y para ello se emplea material de archivo, documentos, consulta a fuentes diversas, datos, juicios y propuestas, recogidos en ambientes cualificados o populares, pero difícilmente se puede calificar de reportaje el resultado de una charla con una persona sola, a no ser que sea el relato de una larga experiencia o de un complejo hecho sucedido, desarrollado tanto con las palabras del interlocutor como con las aportaciones del propio periodista. En el caso de la crónica pueden incluirse asimismo opiniones de peso sobre el tema tratado o juicios que se hayan podido recolectar entre quienes viven o padecen un problema o una situación. En cualquier caso se trata de aportaciones que ocupan poco espacio en el conjunto de la exposición.

Los tratadistas que se han ocupado de la entrevista, han relacionado con ella ciertas clases de textos y de aprovechamiento de las fuentes informativas de distinto carácter y que merecen un tratamiento diferenciado. En primer lugar, nos encontramos con la encuesta periodística, a la que dedicamos un capítulo, porque la consideramos una derivación de la entrevista, que ha quedado estereotipada en unas formas muy concretas y aprovechables en la oferta periodística.

Aunque algunos autores incluyan la conferencia o rueda de prensa como un tipo especial de entrevista, no somos del mismo parecer. No constituye una modalidad de texto periodístico, sino una forma reglada para que

las fuentes informativas se pongan a disposición del conjunto de los informadores. El hecho de que la información sea facilitada siguiendo la cadencia de pregunta-respuesta no debe prestarse a confusión. Eso es algo que ocurre en la conferencia de prensa y en el simple y cotidiano diálogo del redactor con sus fuentes. Lo que importa es el texto que se formaliza a partir de este contacto y la realidad nos enseña que el resultado de una rueda de prensa se presenta en forma de noticia o para ser añadida, como confesión de parte, en el conjunto de una información más amplia.

Ahora bien, si un redactor desea presentar el texto en forma de pregunta-respuesta y con la omisión de la presencia y participación de otros compañeros que también formulaban sus propios interrogantes, el resultado tendría toda la apariencia de una entrevista.[2] En cualquier caso es una excepción frente a la forma general de tratar estos textos.

En conclusión, los autores españoles de nuestro tiempo, que conocen el ejercicio profesional del periodismo y la terminología habitual de las redacciones, no utilizan el término entrevista para designar los contactos con las fuentes informativas, tendentes a obtener los datos indispensables para escribir los textos. No así algunos autores extranjeros, los de tiempos pasados o los que ignoran el vocabulario que se maneja en las redacciones.

Entre las definiciones que se manejan sobre la entrevista podemos espigar aquellas que pueden servirnos mejor para delimitar su contenido. Escuetamente la define Martín Vivaldi (1989, p. 664) como «un género informativo en el que se reproduce por escrito el diálogo mantenido con una persona» (pero lo desluce al expli-

2. Algunos periódicos prohíben esta práctica. En el libro de estilo de *El País* se dice que «cuando se trate de una entrevista efectuada por un grupo reducido de periodistas (no más de cuatro) y no exclusivamente por un redactor del diario, se hará constar en la entradilla, pues no todas las preguntas corresponden al periódico. Si el grupo es más amplio, se considerará conferencia de prensa y, por tanto, una información noticiosa» (p. 37).

carlo, porque no se puede decir que sea un «reportaje cuya fuente es el diálogo o la persona con quien hablamos»: así son todos los reportajes, no solamente las entrevistas). Rodríguez Betancourt habla del «diálogo que se establece entre una persona o varias (entrevistadores) y otra persona o varias (entrevistados) con el objetivo, por parte de los primeros y con conocimiento y disposición de los segundos, de difundir públicamente en un medio de difusión masiva, el contenido de la conversación por su interés, actualidad y relevancia» (p. 9).

El diccionario de Mota (t. I, p. 282) la presenta como «conversación de especiales características, en cuanto a su técnica, y que en su desarrollo periodístico expone las opiniones y noticias recogidas como respuestas a las preguntas formuladas o a los temas provocados». Halperín bromea cuando la califica de «conversación absurda en la que una persona (pública o no) es interrogada por un desconocido que le hace muchas veces preguntas íntimas o comprometidas esperando que él responda con revelaciones que normalmente les niega, incluso, a muchos de sus conocidos» (p. 9).

A nuestro juicio, la entrevista es la conversación entre el periodista y una o varias personas con fines informativos (importan sus conocimientos, opiniones o el desvelamiento de la personalidad) y que se transmite a los lectores como tal diálogo, en estilo directo o indirecto.

Con todo, no podemos quedarnos en los aspectos formales que identifican a la entrevista en el conjunto de los textos periodísticos. Cuando profundizamos en los elementos que la conforman nos encontramos con algunos puntos de interés. Mier y Carbonell han puesto de relieve que es mucho más que una forma dialogada, donde el entrevistado expresa lo que podría decir en un libro, artículo o declaración, sino que reflexiona a partir de las preguntas del entrevistador. No quiere decir por eso que va a expresar algo nuevo, pero sí que surge un pensamiento «distinto y original a lo que el entrevistado

expresaría —y aun desearía expresar— sobre los mismos temas, de no verse enfrentado con las preguntas que le son hechas y con la información que le es proporcionada en ese momento» (p. 28).

En el transcurso de la entrevista se le formulan preguntas, naturalmente, pero también se puntualizan algunos aspectos tratados, se piden explicaciones, se impugnan afirmaciones, se señalan contradicciones... En definitiva, «la entrevista es el resultado de una relación dialéctica entre entrevistado y entrevistador, que genera nuevas respuestas e interrogantes a propósito de algo, es decir, que genera conocimiento». No cabe duda que, contemplada de esta manera, aparece una visión distinta, enriquecedora, que hace progresar a los interlocutores y que, por tanto, está dotada de componentes que atraen y benefician a los lectores.

El secreto de la entrevista periodística consiste, según Benítez, en «lograr que cada lector reciba la impresión de que el entrevistado "conversa" con él directa y personalmente» y también en el valor del mensaje de aquel a quien consultamos, porque los acontecimientos, explicaciones y criterios «ofrecidos en la palabra de una persona que habla con autoridad, tiene un peso mayor que todas las afirmaciones que pueda hacer del asunto el propio periodista» (p. 137).

Lo que se pretende, en definitiva, es que el entrevistado exprese lo mejor de sí mismo en el transcurso de la conversación, incitado por las preguntas y obligado a reflexionar a partir de éstas. Y todo ello en función de los lectores a los que se dirige, a los que entrevistador y entrevistado deben sentir como presentes en el transcurso del diálogo.

Capítulo 2

UN GÉNERO PERIODÍSTICO

Analizaremos a continuación la entrevista en el contexto de los llamados géneros periodísticos. Hasta el presente la opinión dominante ha sido considerarla como una modalidad del reportaje. Su inclusión en este apartado (*quote story* o reportaje de citas) procede de Carl N. Warren (edición española de 1974, aunque la primera norteamericana es de 1934). Esta clasificación —que la sitúa junto al *fact story* o reportaje de acontecimientos y la *action story* o reportaje de acción— ha sido adoptada por Dovifat, Martínez Albertos y Martín Vivaldi, entre otros, en la sistematización de los géneros periodísticos.

Desde la aportación de quienes podríamos considerar pioneros, se han producido muchas tomas de postura que se dirigen en dos direcciones: a mantener la entrevista como una modalidad de reportaje y a independizarla, dándole categoría de género autónomo. Ambas tienen sus partidarios y sus razones para pensar de esta manera.[1] Sin embargo, la discusión no está cerrada y podemos seguir aportando pareceres, hasta concluir con el nuestro.

Martínez Albertos ha expuesto en repetidas ocasiones

1. Este debate se halla resumido en la memoria de licenciatura de López de Zuazo (1980) que documenta los criterios de clasificación de los géneros periodísticos que han sido utilizados a lo largo de los años.

(1992*a*, p. 280, por ejemplo) un esquema de cuatro géneros básicos, que son información, reportaje, crónica y artículo: «Dentro de cada género hay campo abierto para un ensanchamiento del espectro en subgéneros y otras variantes menores de estos cuatro pilares de la creación literaria en el periodismo escrito de nuestros días.» A esta propuesta se suman quienes piensan que no debe darse a la entrevista la condición de género independiente: Gaillard (p. 76), que la considera «como un tipo particular de reportaje»; Santamarina (p. 32), que le coloca incluso el nombre de reportaje y emplea indistintamente los dos términos; Martínez de Sousa, quien asegura que «el arte de la interviú es, o debe ser, una especialidad del reportero» (p. 219) y que «el método de obtener el contenido de la interviú pertenece al reportaje» (p. 178).

Son partidarios de independizarla del reportaje autores como López de Zuazo (1977, pp. 77 y 98), que habla de ocho géneros, cuatro de ellos informativos, que son la información o noticia, reportaje, entrevista y crónica, y en otro momento posterior afirma que «en cuanto a la entrevista, ha cobrado tal importancia desde el año 1960, que debe ser considerada como un género autónomo» (1980, p. 46). Xifra Heras (p. 88) eleva a ocho los géneros e incluye entre ellos la entrevista y la encuesta. Mota (t. I, p. 350) anota la noticia, el reportaje, la crónica y la entrevista entre lo informativo. Quesada (1994, p. 237) se muestra tajante al señalarla como «un género autónomo».

En la introducción de Gargurevich a su obra *Géneros periodísticos*, repasa las diferentes posiciones de los autores más divulgados. Anotamos que no la toman en consideración como género propio Jonhson y Harriss, Kayser y Dovifat; en cambio, la incluyen en pie de igualdad María Julia Sierra, Hohenberg, Mandel, Benítez, Rivadeneira y él mismo.

De la memoria de López de Zuazo (1980) son muchos los datos que podemos obtener y que se refieren a

la diferente atención que merece la entrevista, en pie de igualdad con los demás géneros: «Esta clasificación alemana respeta la triple división de Dovifat, pero considera como género o forma de estilo (*stilforme*) independiente la entrevista, el comentario...» (p. 52); «También entre los tratadistas italianos se aprecia una tendencia a establecer como nuevos géneros periodísticos la entrevista, el editorial...» (p. 54); «Tanto los brasileños como los italianos consideran que la entrevista debe considerarse como independiente del reportaje» (p. 63); «Numerosos escritores españoles e iberoamericanos han desarrollado la primitiva clasificación de cuatro géneros, admitiendo como géneros independientes la entrevista, el editorial...» (*ibíd.*).

A la vista de todo lo expuesto, terciaremos en esta polémica, donde ya hemos visto que se aprecia una evidente división de opiniones. En pocas palabras, en el momento presente no tiene sentido su adscripción al reportaje. Y ello por varias razones.

Primero: la entrevista ha llegado a un desarrollo conceptual y práctico que no tenía en el pasado. Su fuerza y presencia están muy por encima de las que ostentaba en décadas anteriores, por lo que es justo dotarla también de una posición conceptual que la ponga en pie de igualdad con otros géneros que se cultivan con la misma atención.

Segundo: quizá en el pasado se apreciara su dependencia del reportaje, pero no en nuestros días. Los lectores pueden establecer la relación que existe entre la columna y el comentario respecto del artículo, por ejemplo, pero difícilmente alcanzan a ver que la entrevista es una de las especies del reportaje. Una columna puede ser designada con el nombre de artículo, pero ¿alguien llamará reportaje a una entrevista?

Tercero: en un primer momento la entrevista fue contemplada como un texto uniforme, pero su desarrollo ha sido tan espléndido a lo largo de este siglo que apreciamos la existencia de varias clases y hasta derivaciones,

como la encuesta. La complejidad de esta clase de textos dialogales merece que la desliguemos del reportaje para darle atención particular.

Éstas son nuestras razones. Nos da la impresión de que, al compás de su presencia diferenciada y respetable en los medios de comunicación, se ha incrementado la consideración teórica y son muchos los autores que la van incluyendo ya como un género más, al lado de los que le han otorgado este trato desde los inicios de las clasificaciones académicas.

CAPÍTULO 3

CLASES DE ENTREVISTA

Es evidente que en el conjunto de las entrevistas se perciben unas diferencias que nos llevan a discernir distintas modalidades. Desde hace algunos años los estudiosos han ido afilando sus apreciaciones y señalando unas características que permiten que podamos hablar de grandes grupos que engloban las que observan una similar presentación, aunque todavía nos encontramos con manuales que llevan a cabo singulares y anárquicas divisiones sin fundamento.

La clasificación que goza de mayor fortuna es la que hace muchos años puso en circulación entre nosotros el profesor Martínez Albertos (1962, pp. 34-35) y que en líneas generales ha sido seguida por quienes se han ocupado de este tema con posterioridad a su propuesta. Fundamentalmente agrupa a las entrevistas en tres grandes espacios: la de declaraciones, de personalidad y de fórmulas establecidas. Por nuestra parte, creemos conveniente añadir la semblanza.

La de declaraciones es la que aporta información de un suceso, situación o proyecto con palabras textuales de un testigo, responsable o experto, quien acepta dar los datos que posee o los juicios que se ha formado para los usuarios de los medios de comunicación. El periodista se acerca a un individuo, que es conocedor de un

tema o especialista en alguna materia, para que nos ilustre sobre ella, generalmente en función de algún hecho de actualidad.

La de personalidad atiende, sobre todo, a la profundidad en la manera de ser y de pensar del individuo que tenemos delante. A través de nuestras preguntas manifestará su trayectoria, opciones presentes y anhelos más sentidos, a lo que intercalaremos la impresión subjetiva que nos produce: con la mezcla de ambas aportaciones el lector sacará sus propias conclusiones, y lo que se pretende es que, cuando termine de leerla, se haya formado una opinión, entera y fundamentada, sobre el entrevistado.

La semblanza es una forma de entrevista más abocada hacia la biografía, pero que se basa en los datos y opiniones que aporta el propio biografiado. A ello se añaden los testimonios ajenos y el material que se haya obtenido de las fuentes disponibles, hasta formar una especie de mosaico, en el que unas piezas encajan dentro de otras en hábil ensamblaje.

Por último, la de fórmulas establecidas responde a maneras estereotipadas y regladas por el uso, que se realiza como una especie de juego (cuestionario fijo, fingida e, incluso, la encuesta). Los resultados que se obtienen son mucho menos productivos que con las anteriores y por eso se observa un uso muy escaso en la prensa de nuestros días. Con todo, están dotadas de gracia y se encuentran a caballo entre el estilo informativo y el ameno. Podríamos decir que se trata de formas menores de la entrevista, si no fuera porque tal calificación implica un escaso aprecio que no sería bueno aplicar aquí. Por eso preferimos hablar de formas menos habituales, con una consideración de frecuencia que no de calidad. Frente a las anteriores, que están marcadas por su carácter informativo o psicológico, éstas se encuentran unidas por su cuota de amenidad en los contenidos.

Hablamos en general, porque los textos de las entrevistas no son realidades homogéneas que puedan ser

medidas todas ellas con la misma vara, sino que en unos momentos pueden inclinarse en un sentido y en otros contener elementos que nos lo hacen ver de forma distinta. Los géneros y subgéneros periodísticos son categorías teóricas que en algunos momentos pueden contagiarse de otras formas y darse noticias reportajeadas o artículos que tengan todas las trazas de un editorial: todo ello es positivo, porque el mestizaje siempre resulta enriquecedor.

Ésta es, en líneas generales (que ampliaremos en las siguientes páginas), la división de las entrevistas que podríamos considerar como más asentada y que nos servirá como punto de partida para examinar las propuestas que aparecen formuladas en los distintos manuales existentes.

Empezaremos por aquellas que nos parecen más curiosas. Herraiz (p. 93) afirma que sólo hay de dos clases: las fáciles, porque se conciertan con personas a las que les interesa la publicidad, y las difíciles, porque tratamos con individuos que no van a obtener nada con ésta. Pone el ejemplo de la diferencia entre abordar a un autor teatral en la víspera del estreno o pretender que nos reciba un torero después de una mala corrida (este contraste es absolutamente real y bien lo sabemos quienes entrevistamos con asiduidad, pero peca de superficial y poco académico al no ir más allá).

En su inclinación hacia las manifestaciones más entroncadas con la literatura, González-Ruano (1959) distingue entre «la que se limita a organizar preguntas que provocan y justifican unas respuestas» y la literaria, que es aquella en la que *intervienen muy directamente* las dotes personales de quien la realiza: «Observación, ambiente, creación y recreación, mundo de resonancias y de sugestiones, más prosa propia que ajena, dirección, en fin, de orquesta.» La primera sería la que sirve a un objetivo periodístico, mientras que la segunda es la más digna a su juicio, pues es todo un género de la literatura, como hemos visto en el capítulo anterior.

En la misma línea se sitúa Gómez-Santos (1969, p. VII), que distingue la que se ciñe a la pura misión informativa de la que se considera una pieza literaria. La primera observa varios puntos fundamentales: «La persona a quien interroga es protagonista única y absoluta; importan principalmente sus declaraciones y éstas han de recogerse de una manera fidedigna.» En cuanto a la segunda, «el entrevistado aparecerá instalado en su ambiente y los recursos que el escritor utiliza para conseguirlo no se diferenciarán de los que emplea el novelista». Lo curioso del caso son los términos con que denomina a cada una de ellas: *interview*, la primera; entrevista, la segunda (!).

Resulta didáctico el planteamiento de Benítez (p. 138), que viene a ser el siguiente: todas las formas que conocemos pueden ser clasificadas en dos grandes grupos. En el primero situamos aquellas en las cuales se dirigen muchas preguntas a una sola persona; en el segundo, cuando es la misma pregunta para varios individuos, que es lo que ocurre en la encuesta. En el primer bloque entrarían las entrevistas de actualidad, personalidad y biográfica, en la que prevalece el orden cronológico de la narración (lo que nosotros denominaríamos de declaraciones, de personalidad y semblanza).

A continuación nos referiremos extensamente a cada una de las formas que se desprenden de la clasificación que nos parece mejor fundada, que es la expuesta al comienzo de este capítulo.

1. Entrevista de declaraciones

La que podríamos denominar como entrevista de batalla en el periodismo es la de declaraciones. Es la más frecuente, la más sencilla,[1] la más breve y fácil de leer

1. «Apenas tiene dificultad y por ello suele ser el género con que se inician los alevines del periodismo», asegura Martín Vivaldi (1989, p. 665).

por su inmediatez, dinamismo y acercamiento a los hechos que conforman la actualidad. La de personalidad tiene un peso específico y una solidez que no permite que haya más de una o dos por número, mientras que ésta se halla dotada de ligereza y versatilidad. Unas veces contiene una noticia en sí misma; otras, explica, amplía o redondea la noticia —con un testigo o un experto en la materia— y entonces se coloca a continuación de aquélla o se ofrece en días sucesivos.

Aunque pensamos que la entrevista de declaraciones cubre un espacio homogéneo que no es indispensable trocear con subdivisiones, algunos autores descienden a matizar que en su seno coexisten dos apartados: la que se refiere a hechos y la que se explaya en cuestiones de opinión, lo que sin duda ocurre, aunque sea difícil de discernir. Efectivamente, se dan unos matices de diferenciación que pueden ser resaltados, porque no es lo mismo informar sobre un suceso que comentar una situación o una tendencia. Lo que no vemos tan claro es que a la primera se la denomine de noticia: todas provienen de lo mismo, porque tan noticia es el dramático accidente de un autobús como la bajada de tipos de interés o la actualidad del pensamiento de Zubiri.[2]

César González-Ruano expresaba al compañero Acosta Montero, que le interrogaba, su creencia en que «para hacer una entrevista en que no hubiera más que preguntas y respuestas no tenía necesidad de ponerse ante el personaje; le bastaba enviar al botones» (t. I, p. 100). Es una forma de hacer sentir, por parte de quien se dedicó durante mucho tiempo a la entrevista, sobre todo a la llamada «literaria», que ésta era la importante y que, en cambio, la de urgencia, la que sólo arrancaba unos conocimientos u opiniones sobre cues-

2. Ortego Costales (p. 35) destaca tanto la hipertrofia de la noticia en la entrevista (lo mismo hace Herraiz, p. 89), como la función que cumple en el campo de la exposición de ideas, hasta el punto que encuentra hondas semejanzas con el artículo de colaboración, «en cuanto ambos expresan una opinión individual».

tiones concretas, no pasaba de ser un formulismo impersonal al alcance de cualquiera.

«Simple diálogo sin matiz alguno; procedimiento facilón, especie de cliché [...]. El sistema se ha impuesto porque este procedimiento informativo es el de más fácil redacción de todos», dice Martín Vivaldi (1992, p. 359). «Apenas requiere especiales conocimientos técnicos», había escrito en otro lugar (1989, p. 665), pues basta con saber reproducir todo lo que el entrevistado diga de interesante y merezca ser divulgado. Y ello se articula en un texto que no debe ir necesariamente en forma dialogada («fácil expediente de las preguntas y respuestas», según este autor), sino que puede resumirse en estilo indirecto.

También otros autores tienen palabras despectivas para la rutina de estos trabajos. Por ejemplo, éstas de Acosta Montoro (t. I., p. 115):

> Hay entrevistas estereotipadas en que nunca cambia la construcción, sino las palabras, las respuestas. Estas entrevistas sólo dependen de la agudeza del entrevistador o de lo sensacional de las respuestas. Los entrevistadores vulgares expertos no necesitan siquiera esquema alguno, ya que llevan años haciendo sus entrevistas de la misma manera. No precisan más que unos datos sobre el personaje, escasos y relativos, y encontrarle; su agudeza y expectativa hacen el resto. Después de ocho o diez preguntas, el periodista vuelve a la redacción y no tiene más que traducir aquello a lenguaje periodístico. Lo más que hará alguna vez que otra es ordenar de distinta forma el material, hasta llegar a un desenlace que puede ser siempre una «gracia» del entrevistador. Este estilo tiene muchos seguidores.

Con frecuencia «nos alejamos de la información actualizada para entrar en la divulgación» y, al decir de Gaillard (p. 77), la entrevista es para ello un instrumento eficaz. Alguien podría objetar que mejor sería eliminar al intermediario para que el pensamiento del erudi-

to o del investigador llegara directamente al lector, pero es que aquéllos están poco acostumbrados a explicar sus hallazgos a un público ignaro, a contar lo que les ocupa en pocas líneas y con lenguaje sencillo: por eso el papel del periodista —que tienda un puente entre las dos orillas— resulta imprescindible.

Esta función es la que se realiza por medio de la entrevista: «Sabrá plantear las preguntas para proyectar luz sobre el tema; luego relatará los hechos o las ideas, tras haberlas asimilado, en un lenguaje inteligible al gran público.» La valoración que debe realizarse sobre lo que escuchamos es la misma que se aplica a las noticias, según Warren (p. 218): «La entrevista será importante o insignificante conforme a su proporción de inmediatez, proximidad, rareza y los restantes elementos de la noticia.»

El juicio de Martínez Albertos (1992*a*, p. 311) también es muy crítico respecto a esta modalidad. Afirma que «propiamente no es una entrevista, sino una *información* o un *reportaje* —normalmente de acontecimiento— que se presenta en forma dialogada, tal vez porque el periodista intenta eludir la responsabilidad de reducir a sus propias palabras el pensamiento del entrevistado». Añade después que «otras veces hay que buscar la explicación de estas falsas entrevistas en ciertas modas conformistas o amaneramientos profesionales de los periodistas».

Nos parece que, en general, se trata de unas posiciones excesivamente duras en relación con unos textos que, si bien no suelen destacar por su brillantez ni profundidad, no por ello desmerecen de su calificación de entrevistas. Es cierto que algunas son elementales y facilonas, pero no todas. Tampoco desmerecen porque se efectúen por cuestionario o vía telefónica. Lo que importa es si son útiles para la comunicación y si son leídas con gusto por el público. También la cirugía comprende los trasplantes de corazón y las apendicectomías: que los primeros sean vistosos y complicados no signifi-

ca que las segundas no salven vidas. Hay reportajes de batalla y otros de gran altura, pero ambos cumplen su función.

Dentro de la entrevista de declaraciones podemos situar un tipo de aquella que se ha convertido en habitual, tanto en nuestro tiempo como en el pasado: nos referimos a la que podría ser denominada como «la entrevista del día». Constituye una sección fija con personalidad propia que muchos periódicos publican cada jornada. Puede ser realizada siempre por el mismo redactor o se van turnando los componentes de una sección. Puede ocupar cada vez el mismo espacio del medio o ir colocada en lugares distintos, según corresponda por el tema tratado. En cualquier caso se trata de un texto breve, que es presentado siempre de la misma manera para resaltar el aspecto de continuidad que es consustancial en ella.

No es algo exclusivo de nuestros días. Ahí está el caso de Manuel del Arco, que realizó esta tarea de forma semejante, en varios periódicos barceloneses, durante más de un cuarto de siglo. Lo mismo hicieron otros compañeros. «Tras nuestra guerra floreció en España la entrevista breve, nerviosa, de puro diálogo telegráfico, de la que fueron pioneros y maestros Manuel del Arco y Santiago Córdoba» (Pedro Rodríguez, p. 72). Enrique de Aguinaga «se inventó una fórmula de minientrevistas con la firma y rúbrica del personaje al pie, y con un sistema lacónico y casi militar de preguntas y respuestas». Jaime Campmany añade que «era como un examen de urgencia o como un *ripalda* de problemas menores de la teología municipal o de campanario», ya que «descubrió el teléfono y la pregunta breve y a quemarropa».

Cuando Yale alude a cómo fueron sus comienzos en el periodismo cuenta que intentaba entrar en la redacción de un diario barcelonés y el director le exigió que demostrara sus dotes para las tareas que le esperaban:

> Me inventaba las entrevistas, «La abuela más joven de España» y cosas así. Iba a *La Prensa*, entregaba mi trabajo y el conserje me despedía con las mismas palabras: «Ha dicho el director que traiga más original.» Y yo seguía llevándole inventos. Hasta que un día don Antonio me recibió en su despacho: «Bueno, has demostrado que eres capaz de hacer una entrevista diaria. Desde mañana comenzaremos a publicarlas» (p. 15).

O sea, la entrevista como aprendizaje y la publicación diaria como premio.

No sería la única vez que realizara una tarea de este tipo. Cuando se traslada a Madrid y desea ser admitido en el diario *Informaciones* recurre al mismo trámite: «El caso es que me voy a ver a Cerezales y, como estaba atravesando una etapa *mística,* le presento un proyecto de entrevista diaria. Mi primer personaje es un cura, no sé por qué ni recuerdo a santo de qué, pero era un cura, eso seguro. Cerezales lee la cosa y me dice que sí, que adelante. Me pagan 750 pesetas al mes —ni para pipas— por un trabajo diario. Ya estoy embalado» (p. 24).

En ocasiones la entrevista de declaraciones puede reducirse a la mínima expresión, hasta el punto de que se balancea entre ella y la información noticiosa. Pedro Rodríguez nos recuerda un caso famoso, cuando «en Cuba, durante un desfile, un corresponsal extranjero se le acercó a Fidel Castro y le hizo una sola pregunta: "¿Estaba usted al tanto del complot para asesinar al presidente Kennedy?" Fidel contestó: "Sí lo sabía." Esta entrevista tiene un gran valor noticiable». Pero, ¿quién presentaría un texto de esta factura como entrevista? El esquematismo es tal que se pierde su condición de diálogo.

Escribir una entrevista diaria, cuando se trata de un texto corto, donde no se puede profundizar y para la que bastan muy pocas preguntas, no es una tarea ingrata para un periodista experimentado. Lo más difícil es encontrar a ese personaje que es actualidad y con el que a todos les gustaría hablar. Cuando le preguntan a Santia-

go Córdoba si necesita esforzarse mucho para llevar a cabo sus diálogos responde que no, que «el único esfuerzo lo supone la localización de la figura del día». Cuando atendamos a los comentarios de Manuel del Arco sobre su trabajo nos encontraremos con el mismo tipo de respuesta. Algo parecido afirma Valera Cases, que se refiere a la dificultad de «conseguir el personaje diario, teniendo en cuenta que en muchas ocasiones quien es noticiable no quiere hablar y quien quiere hablar no es noticiable. Ello obliga a seleccionar; porque en este oficio sólo se sabe de aquellas ocasiones en que hubo diálogo y nada de tantas y tantas ocasiones en las que no fue posible el diálogo» (p. 8).

Es la única dificultad que vislumbra Martín Vivaldi, cuya opinión poco apreciativa de este tipo de entrevistas hemos reproducido antes. Aquí nos encontramos con que remacha el clavo: «Para la entrevista vulgar y corriente, para esa encuesta-estándar en la que no hay personaje, sino unas preguntas con sus correspondientes respuestas, para este tipo de trabajo facilón y rutinario, apenas si hacen falta dotes especiales... salvo las personales de conseguir que tal o cual señor nos reciba» (1986, p. 68). En cambio, Pedro Rodríguez (p. 72) dedica un homenaje a «esa legión de esforzados, oscuros y nunca bien admirados hombres que sirven la entrevista rápida, fugaz, quizá sin brillo, pero indispensable en el periódico de cada mañana».

Dos posiciones difícilmente conciliables, pero si hubiera que tomar postura nosotros nos inclinaríamos por esta última. No hay tarea despreciable ni humilde si se realiza con dignidad.

2. Entrevista de personalidad

Llegamos de esta manera a la explayación sobre lo que es y debe ser la entrevista de personalidad, la forma plena de comunicación interactiva entre el periodista y

el personaje para información, enseñanza o deleite del lector. «La verdaderas entrevistas —las únicas que están plenamente justificadas— son aquellas que denominaremos entrevistas de personalidad; es decir las que se centran en una persona, no en sus declaraciones», ha escrito Martínez Albertos. Otros autores se han manifestado en el mismo sentido.

Mainar, por ejemplo, explicaba a principios de siglo que la entrevista ha de ser algo más que «un rato de escritura al dictado» y que la «verdadera interviú» es aquella en la que «el periodista empieza por situar a su interpelado, recogiendo el ambiente, describiendo el lugar y el momento. Después no ha de limitarse a reflejar las palabras como un fonógrafo, ha de señalar el gesto, subrayar la intención, detallar la modalidad, con que fueron dichas, y, contra la costumbre de muchos, no omitir la fórmula de la pregunta, porque esto podría cambiar el verdadero significado de la respuesta» (p. 102). ¿Qué se describe aquí si no es la entrevista de personalidad, tal como la consideramos todavía en nuestros días? Pues ésa es para él la «verdadera interviú». Manuel Graña (p. 181) descubre en los años treinta que, «como la interviú tiene por objeto obtener de alguna persona por medio de la conversación opiniones o hechos, puede a veces tener lugar con individuos cuyo tipo, historia, carácter, etc., se preste a un *tratamiento* literario. Entonces la interviú pasa a otra forma de redacción muy distinta de la corriente».

La entrevista de semblanza o personalidad es, para Mier y Carbonell (p. 29), «el representante del género en su más alta expresión», y para Pedro Rodríguez (p. 71), «una gran entrevista, en extensión y profundidad, es un lujo para los periódicos de hoy». Busca transmitir la personalidad del entrevistado, «aquello que tiene que ver con su historia particular, o al menos, las sensaciones y observaciones que el periodista tuvo e hizo cuando realizó la entrevista».

Ni que decir tiene que, al hablar de entrevista de personalidad, no queremos señalar que abordamos a una persona notable, por su cargo, patrimonio o estudios. Puede ser cualquiera, con tal de que tenga algo que comunicar a los demás. La palabra «personalidad» se aplica al conjunto de la persona y no a su proyección exterior. Desde la óptica marxista, Benítez explica que no es indispensable, para entrar en este epígrafe, que el entrevistado sea un actor internacional o un intelectual renombrado: «En el socialismo, un obrero es una personalidad, por lo que puede comunicar a los lectores o porque su pensamiento o sus criterios pueden constituir un ejemplo a seguir» (p. 146). Está claro que nosotros empleamos el término «personalidad» en otro sentido.

Quesada la llama entrevista de creación o literaria, «aunque no sea más que para indicar con el nombre que en ella el periodista-entrevistador incluye más de su propia personalidad que si fuese un simple informador y también porque en su forma de narrar la entrevista va implícita una mayor capacidad creativa o literaria». En ella se aprecia la función de informar y el centrarse en el personaje, «tomándole a él como objetivo informativo», pero sobre todo intenta ofrecer al público un *producto estético acabado*. Además, una actitud esencial en ellas es la subjetividad «como mediador de la información para, a través de la utilización de un lenguaje narrativo y de creación, ofrecer al lector una multiplicidad de interpretaciones, una pluralidad de lecturas» (1984, p. 12).

2.1. Conversación tranquila

Naturalmente, una entrevista de esta hondura lleva su tiempo. Lo cual se contrapone con la rapidez y la actuación, casi a salto de mata, que es habitual en las entrevistas corrientes. Graña caricaturiza estas situaciones porque, a su juicio, «los novatos suelen tener de la in-

terviú una idea "romántica"». Para éstos «ha de haber un personaje, un diálogo solemne, un ambiente interesante; y en ese ambiente, codeándose con el personaje, ha de aparecer el reportero en todo el apogeo de sus elevadas funciones. ¡Vanidad de vanidades periodísticas!». Los encuentros tienen un aire muy distinto: «Sin que alguna vez deje de suceder así, para consuelo de tantas interviús penosas, desagradables o fracasadas, la prosa del oficio es muy distinta» (p. 303). La entrevista de personalidad está claro que necesita al menos de un cierto sosiego, porque de lo contrario no se puede llegar muy lejos en nuestra comprensión del personaje. Es una exigencia que aceptan la mayoría de los entrevistados, aunque lo más molesto suelen ser las interrupciones y la falta de atención por llamadas o tareas que no pueden posponerse.

Tamaña dedicación es lo que lleva, según Hohenberg (p. 312), a que sean pocos los periódicos que están en condiciones de permitir que sus reporteros dediquen a esta labor la atención que precisa, más propia de revistas semanales y mensuales. Por ello asegura que «las entrevistas de personalidad que se publican en los diarios suelen carecer de la profundidad, la perspectiva y el interés humano que caracteriza a muchas semblanzas publicadas en las revistas» (cita el caso del periodista John Hersey que escribió un retrato del consejero de muchos presidentes, Bernard M. Baruch, en *New Yorker*, después de haberse instalado durante semanas en la casa de éste: «En consecuencia, Hersey produjo un relato nuevo, brillante, polifacético, acerca de un norteamericano famoso.» ¡Ya podría!).

En el periodismo americano a veces las entrevistas duran días. Sherwood cuenta el caso de un redactor de *Playboy* que voló a Suiza para hablar con John Kenneth Galbraith, que se encontraba de vacaciones en Gstaad: la entrevista se desarrolló en períodos de una o dos horas, durante siete días consecutivos. «Otros reporteros se han dado

a conocer por su costumbre de acompañar a las celebridades durante un día o dos», añade. Para este autor no se deben aceptar encuentros de un tiempo menor a una hora, ni tampoco más de dos horas y media, ya que en el primer caso no se pueden plantear todas las preguntas y en el segundo se termina divagando. En contraste con lo anterior, véase la queja de Montserrat Caballé ante la presencia de Rosa Montero: «Si yo lo llego a saber antes; yo no he hecho nunca, nuuunca, una entrevista de una hora. La más larga que he dado ha sido de veinte minutos. Una hora, ¿dónde se ha visto? ¡Ni tan siquiera estuve tanto tiempo con los del *Reader's Digest*!» (1982, p. 243).

2.2. Semanarios y suplementos

Poco a poco este tipo de entrevistas —propias de las revistas y de los suplementos dominicales— se han ido introduciendo en las páginas de los diarios, aunque sea en las que presentan un aire más arrevistado. Y es que tales textos siguen siendo propios de los semanarios, que no de los periódicos cotidianos. Sin embargo, matiza el profesor Martínez Albertos (1992*b*, p. 16) que tales entrevistas, incluidas en los diarios en épocas de sequía informativa, con apariencia de ser de aquellas que llamamos de personalidad, no tienen la calidad de tales en cuanto se procede a un análisis riguroso: «Se descubre enseguida que no son entrevistas de personalidad, al modo de los textos de fin de semana incluidos en los respectivos *magazines*, sino más bien *entrevistas de declaraciones* (es decir, reportajes informativos desarrollados en forma de diálogo).» El aumento del prestigio de que gozan las entrevistas de personalidad está llevando al incremento de éstas y a su extensión en áreas que antes las ignoraban.

Nadie ha señalado la obligatoriedad de que las entrevistas de personalidad tengan que aparecer en los suplementos dominicales y los semanarios, pero la realidad nos está mostrando que es donde mejor acomodo han

encontrado y, con la tranquilidad de saberse apreciadas en este contexto, se han desarrollado y echado raíces en ellos.

De la misma opinión es Pedro Rodríguez cuando explica que estas entrevistas («de nueve a diez folios en la que se retrata a un personaje a través de dos horas, por lo menos, de conversación») son un lujo que los periódicos no se pueden permitir, sino sólo los semanarios y revistas: «Primero, porque los periódicos españoles están condicionados por el espacio y, segundo, porque creo que hay unas estadísticas por ahí, de las que yo nunca me fío, según las cuales el español medio destina siete minutos a leer un periódico al día. No puede uno obligarle a dedicar media hora a leer una entrevista.» Este «arte refinado» también lo contempla Mandel (p. 335) como más propio de revistas, ya que no lo «alcanzan fácilmente los periódicos diarios, pues éstos tienen que escribirlas con el tiempo medido». De entonces acá, y coincidiendo con la potenciación de los suplementos dominicales, han derivado hacia éstos. Los periódicos locales y regionales, que no disponen de uno propio (porque se lo sirven en cadena), tratan de mejorar la oferta propia de los domingos con tales entrevistas, la mayor parte de las veces a personajes de su entorno.

2.3. Actitud del entrevistador

La solicitud de ánimo con que se enfoca la realización de una de estas entrevistas tiene que ser bien diferente a la habitual del reportero que demanda unas declaraciones, por lo general apresuradas. No debe limitarse a recoger lo que quieran contarle (si es que en alguna cabe actitud tan pasiva), sino esforzarse en llevar la iniciativa en la conversación y situarse en una posición creativa a la hora de ponerla por escrito. Lo expresa Oriana Fallaci con rotundidad: «Yo no me siento, ni lograré jamás sentirme, un frío registrador de lo que escucho y veo.» Y explica su punto de partida con palabras

que es posible que no caigan bien a los defensores del objetivismo a ultranza: «Sobre toda experiencia profesional dejo jirones del alma, participo con aquel a quien escucho y veo como si la cosa me afectase personalmente o hubiese de tomar posición» (1974, p. 9).

Para llevarlas a cabo en condiciones adecuadas es indispensable profundizar y no tiene que importar el tiempo: si no basta una sesión, no hay que dudar en solicitar una segunda cita para redondear la conversación. Cuando se quiere ahondar en las vidas ajenas con esta finalidad no se pueden escatimar las horas, so pena de quedarnos en visiones superficiales que nada muestran, sino que disfrazan.

Ya no se puede limitar uno a recoger palabras, porque una entrevista de personalidad tiene que ser mucho más que una sucesión de preguntas y respuestas, que se alternan para aprehender el pensamiento del interlocutor. Importa la persona, sobre todo, y ésta es plural y contradictoria. Se manifiesta en los enunciados, por supuesto, pero también en los silencios, gestos, risas o llantos, tono de la voz, dudas o tartamudeos, impaciencia o tranquilidad, actitudes, relaciones familiares o sociales... El entrevistador no puede estar pendiente tan sólo de lo que se dice, sino también de lo que se hace, de los sentimientos que se manifiestan o de la carencia de ellos, de lo que se muestra y de lo que se esconde... Al contar su experiencia, González-Ruano anota: «Yo me encariñé desde el principio con esta empresa delicada, con estas visitas en las que lo que se pregunta y lo que se contesta acaso no es lo más importante.»

Lo que señala García Márquez sobre la forma de entrevistar en profundidad es «aprehender una manera de expresarse, atrapar una actitud, registrar un timbre de voz, observar unos gestos. Además, en una entrevista uno trata de volcar una imagen que le parece adecuada, de explicitar lo que es implícito» (Sorela, p. 135). Para alcanzar éxito como entrevistador, Sherwood indica que es necesario «es-

cuchar con un tercer oído». Para ello «debe oír algo más que las palabras que pronuncia el entrevistado. Debe captar sus sentimientos ocultos, sus reacciones no expresadas. En muchos sentidos esta forma de escuchar es contemplar. Porque debe observar los movimientos de la cabeza, los parpadeos de los ojos y los gestos de las manos que, a menudo, dicen más sobre los auténticas reacciones del entrevistado que las palabras que pueda estar pronunciando» (p. 87). Las reflexiones de González-Ruano le llevan a la siguiente afirmación: «De la entrevista se puede decir que la observación es mucho más importante que la palabra. Interesa saber mucho más si un señor se come las uñas o no se las come. Lo que no interesa preguntar es cuántas uñas tiene» (Gómez-Santos, 1964, p. 239).

Todo el trabajo, toda la estrategia que despliega el periodista va destinada a forjar un retrato del entrevistado, «más aún, un "autorretrato" provocado por el entrevistador, quien debe saber cuáles son los rasgos reveladores en el caso del que se manifiesta tanto como en el del que se oculta. La máscara es tan denunciadora como el rostro, aunque de otra manera», asegura Torrente Ballester. «Los periodistas-entrevistadores ponen siempre especial atención en reflejar la individualidad del entrevistado a partir de sus manifestaciones emotivas y humanas y referenciando especialmente sus aptitudes creativas en sus aficiones y en sus deseos más profundos», apunta Quesada (1984, p. 27), que añade: «El objetivo temático de la entrevista se resume en presentar una nueva imagen del entrevistado, trazar su retrato como *persona*; es decir, intentar una aproximación al individuo privado que se oculta tras el personaje público que representa.»

Cuando deseamos describir exactamente cómo es el personaje que hemos tenido delante, podemos tener tendencia a calificarlo por nuestra cuenta, rompiendo el principio de neutralidad u objetividad en el que nos aconsejan que nos situemos. «Si queremos reflejarlo tal y como es, procuremos que sea el propio entrevistado

quien se defina, a través de sus palabras y gestos, de tal manera que, sin decir nosotros nada, el lector descubra por sí mismo los vicios y virtudes de la persona a quien le presentamos», propone Martín Vivaldi (1992, p. 362). «Creo que debe transcribirse todo —afirmaba Miguel Veyrat—: los que dicen tonterías se definen a sí mismos. En ocasiones, no hace falta decir que un personaje es tonto. Basta con reproducir sus palabras.»

Saber recoger todo este cúmulo de impresiones es un arte, como también lo es el interpretarlo correctamente. Es posible que lo que nosotros juzguemos de un signo determinado, tiene un carácter bien distinto. Y eso ha podido ocurrir porque consciente o inconscientemente nos ha engañado el entrevistado, pero también porque nosotros no hemos sabido verlo de la forma apropiada.

Lo fundamental es saber conversar y en ese sentido deberíamos considerar la profunda diferencia que existe con el interrogatorio. Si éste puede ser útil para un personaje remiso o que huye de compartir sus conocimientos a instancia del periodista, no lo es para la mayoría de los casos, donde da mejores resultados el intercambio sencillo, sincero y cordial. Sobre todo en este tipo de entrevista de personalidad, en la que no se trata por lo general de obtener palabras a la fuerza, sino de lograr que voluntariamente proceda a una apertura de su ser (de su mente y de sus sentimientos) para que podamos acceder a su intimidad.

2.4. Agresividad

Hubo un tiempo en que estuvo de moda el investirse de una pose agresiva como la mejor manera de que el entrevistado se viera interpelado en sus creencias y comportamientos y saliera en defensa apasionada de ellos. Se configuraba como una provocación controlada que daba buenos resultados si el oponente se prestaba al juego y aceptaba las sacudidas que le infligía el entrevista-

dor; pero que podía acabar mal (el rechazo a continuar el diálogo, por ejemplo) si se nos iba la mano y no lográbamos mantener el enfrentamiento dentro de ciertos límites.

El estilo *agresivo* es uno de los tres que pueden darse, a juicio de Cavarico (p. 94), cuyos practicantes «convierten sus intervenciones en algo así como un interrogatorio oficial». Los otros son el *tímido* («lamentable») y el *participativo* («los dos personajes se identifican con el tema; comparten criterios y discuten posiciones; se apoyan, se respetan, hay intercambio y enriquecimiento mutuo. Se logra sólo cuando somos eruditos en el tema, buenos relacionistas humanos, ágiles de pensamiento»). La autora considera que el estilo más recomendable es el primero, practicado juntamente con el último, o sea, participativo y agresivo al tiempo. Hace algunos años hubo entrevistadores —muchos de ellos relacionados con el *new journalism*— que se caracterizaron por realizar con asiduidad este tipo de diálogos.

Otros han practicado este estilo por su cuenta y riesgo (a veces, no pequeño) y entre ellos ha destacado la periodista italiana Oriana Fallaci. De todas maneras hay quien piensa que tal posición es consustancial con este tipo de textos, pues «no se puede olvidar que toda entrevista, sobre todo las de personalidad o retrato, supone una especie de enfrentamiento» (Rodríguez Betancourt, p. 140).

De Rosa Montero se ha dicho en alguna ocasión que practicaba el acoso y derribo de los entrevistados, pero ella siempre se ha defendido de esta acusación:

> Es que me parece absurda esa crueldad tan fácil, me parece injusta. Es que una entrevista es realmente una hijoputada, porque llega una señora conociendo tu vida y milagros, con las preguntas más o menos preparadas, y el entrevistado ni siquiera te conoce y empiezas a exigir que se defina en mil cosas, lo que es injusto [...]. Así que tú estás en una posición de fuerza. Diga lo que diga el entrevistado, tú puedes luego manipular esa entrevis-

ta, incluso sin cambiar nada de lo que te ha dicho, y dejarle como un absoluto trapo, fortificada en el poder de tu máquina de escribir (Aznarez, 1978).

Unos años después insistía en las mismas ideas: «Yo no pienso que sea agresiva, de verdad, soy más bien irónica. Además el periodista *enfant terrible* me cae como una patada en los ovarios. Yo creo que agresiva no es la palabra, de verdad, si me dan pena casi todos, en serio. Me dan pena en el sentido de que tú tienes en la entrevista el papel de fuerza siempre y me parece un abuso de poder destrozar a una persona» (Mañas, 1981).

En otras ocasiones la agresividad —casi siempre dialéctica, por fortuna— nos la encontramos sin buscarla, porque el entrevistado tiene especial animosidad a la profesión, al medio, a la sociedad en general o a un periodista en particular. Le ocurrió a Ana María Moix, cuando publicaba unas entrevistas en *Tele/eXprés*, que luego se transformaron en libro (1972), y tuvo que ir al castillo donde residía Dalí. Éste iba hablando de una de sus «geniales» teorías y de repente se detiene para espetarle: «Pero no sé si hablar de ellas, porque usted como todos los periodistas debe ser imbécil» (p. 24). Y más adelante insiste: «Pero usted como periodista que es, es imbécil y no entenderá lo que le digo.» Hemos leído textos de entrevistadores agresivos, que lo eran por la rudeza o intencionalidad de las preguntas, pero nunca hemos tenido ocasión de ver que el periodista insultara a su interlocutor. Y esperamos que tal no suceda jamás.

A veces se trata de personajes conflictivos o que hacen gala de un despotismo desmedido. El caso del político Manuel Fraga —estemos de acuerdo o no con sus posiciones públicas— es sintomático en este sentido. Su comportamiento en las entrevistas suele ser avasallador, como los compañeros que pasan por este trance ponen de manifiesto en sus textos. «En las entrevistas —dice uno de ellos— sigue siendo el que fue. Inicia las respuestas sin esperar el final de la pregunta. No dialoga,

dictamina...» «Fraga sigue siendo el mismo —afirma otro—, una máquina de acción y de palabras, sigue interrumpiendo al entrevistador como siempre y tiene las ideas más claras que nunca. Es tajante hasta el cuchillo [...], cuando contesta a una pregunta con "eso es simplemente una bobada".»

Cela es de los que no se dejan pisar la cresta y, cuando se topa con un periodista que le enseña los dientes, él se tira directamente a la yugular. Véase el tormentoso encuentro con un compañero argentino, cuando asistía a un Congreso de Escritores Iberoamericanos en Santiago de Chile (1970):

> *Periodista.* ¿Qué opina el pueblo español de la sucesión de Franco en el príncipe Juan Carlos de Borbón?
> *Cela.* Yo no soy el pueblo español. Soy un español.
> *P.* ¿Su viaje se lo ha pagado Franco?
> *C.* Mi viaje no me lo ha pagado ni Franco, ni el Soviet Supremo, ni la CIA, ni Fidel Castro, ni el semanario que usted representa.
> *P.* ¿Es usted oligarca?
> *C.* No, pero me gustaría serlo para financiar un semanario y enseñarles a todos ustedes cosas que deberían saber y desconocen.
> *P.* ¿Tiene usted automóvil?
> *C.* Tres; le puedo decir las marcas, pero las matrículas no las recuerdo.
> *P.* ¿Qué opina usted de la Inquisición?
> *C.* Las crueldades de la Inquisición han sido ampliamente superadas por el canibalismo.
> *P.* ¿Qué me dice usted de las crueldades de Pizarro?
> *C.* ¿Qué nacionalidad tiene usted?
> *P.* Soy argentino de origen alemán.
> *C.* ¿Esto me lo pregunta usted como argentino o como alemán?
> *P.* Como argentino de origen alemán.
> *C.* Opino que Pizarro fue menos cruel que Hitler y menos estúpido que Perón.
> *P.* Yo no soy peronista.
> *C.* Lo celebro. Citaba a Perón sólo como un personaje conocido en Argentina (Ruiz Quintano, p. 115).

Sherwood pide que no se hagan preguntas sucias, que para él son «aquellas que están vacías de propósitos serios y que están encaminadas, directamente, a poner en un aprieto a la persona a quien va dirigida sin ninguna razón para ello». Taxativamente afirma que «las preguntas de este tipo no hacen bien a nadie y menos a la reputación del periodismo» (p. 58). Cuenta que en una ocasión entrevistaron por televisión a Randolph Spencer Churchill, el único hijo varón de Winston, y en un momento dado le preguntaron por una hermana suya que había sido arrestada por borrachera y escándalo. La respuesta se las trae: «Yo no me molesto en mirar lo que ha hecho su hermana o quién fue su padre. Ni siquiera sé si ha tenido usted un padre o si sabe quién fue.» En cualquier caso hay que tener en cuenta que «la entrevista periodística no es una pelea de fondo, aunque a veces pueda tener ingredientes de ella. Y cuando un entrevistado se enoja, no necesariamente dice la verdad; simplemente arroja, enceguecido, la primera andanada que se le ocurre» (Halperín, p. 113).

Naturalmente, tan desagradable como la agresividad innecesaria y fuera de lugar resulta la descarada adulación (incluso diríamos que nos causa mayor fastidio, una especie de vergüenza ajena que nos hace pasar la página, mientras lamentamos que se den estas situaciones entre nosotros). Lo señalaba antes González-Ruano y bien merece un toque de atención esta actitud, que no siempre es repudiada como se merece. Muchos personajes, acostumbrados a las alabanzas desmedidas, parecen no aceptar de buena gana esta postura de sobriedad expresiva, pero es lo más a lo que el periodista debe llegar al contar tales encuentros. Estas actitudes dignas suelen producir disgustos, sobre todo en los periódicos locales.

Si un entrevistador está lo suficientemente preparado y sabe conducir el diálogo de una manera adecuada, tarde o temprano obtendrá sus frutos. Y éstos no son otros que el desnudamiento de las actitudes reales o los

pensamientos auténticos del entrevistado. Por supuesto, no tienen por qué ser negativos, pues el periodista recoge con la misma ansia cuanto responde al verdadero espíritu de aquél, sea del signo que sea.

Esa eficacia comunicativa se percibe con los trabajos de cualquier profesional que profundiza en este tipo de conversaciones y de textos. Lo podemos comprobar en cada uno de los encuentros que son realmente espléndidos. No los de circunstancias; no los rutinarios, en los que se pregunta por compromiso y por cumplir una tarea que no entusiasma a ninguno de los interlocutores, sino aquellos en que se va a la busca y captura de la personalidad de un individuo y no se está dispuesto a dar por terminada la cita hasta haberla encontrado. Son aquellos en los que se ha logrado una compenetración, una seducción mutua que lleva a que el diálogo transcurra con una facilidad grande, como ocurre en la vida cotidiana cuando establecemos «buenas vibraciones», como se dice ahora, con una persona. En otras ocasiones la entrevista se convierte en una confesión laica, con individuos que han decidido desahogarse con el periodista y aceptar su oído —total o parcialmente, de buena fe o con segundas intenciones, de grado o a la fuerza— para verter penas y suspiros.

Esa intimidad que se crea entre el periodista y su personaje es lo que con más frecuencia van buscando los lectores. A través de la entrevista se llega a un acercamiento que éstos no podrían alcanzar nunca de forma individual y lo que se desea es que el redactor formule aquellas preguntas personales y reveladoras que permitan desvelar lo que siempre se mantiene oculto a los extraños. «El éxito de algunas revistas gráficas radica en el elevado tanto por ciento de páginas dedicadas a presentar declaraciones verdaderas y exclusivas de personajes famosos, que hablan como en confidencia a los selectos lectores de esta única y privilegiada publicación», escribe Martínez Albertos (1992*a*, p. 310), lo cual produce una serie de efectos catárticos, «sobre todo a través de

la ficción ya admitida que consiste en establecer una especie de corriente confidencial entre el ídolo multitudinario que cuenta sus cosas más o menos íntimas y los receptores particulares situados dentro de una sociedad tecnificada».

2.5. El tono de cada cual

Con todo, debemos andar con mucho ojo para no dejarnos influir por nuestras posiciones previas. La persona que es muy religiosa tenderá a explicarlo todo desde esta perspectiva que está marcando su vida, de la misma manera que un ateo o anticlerical coloreará con este matiz la mirada que proyecta sobre los demás. Algo semejante puede enturbiar la visión del que es conservador o revolucionario, feminista radical o machista irredento, «merengue» o «blaugrana». O simplemente hacemos hablar al entrevistado con nuestro propio lenguaje, sin caer en la cuenta que muchas veces lo que dota de valor a nuestros trabajos es la capacidad de que aquél se haga oír con su propia voz.

Se trata de personajes conocidos, de los que no basta transmitir sus ideas, sino que es importante todo, hasta perseguir su forma de entonación, las pausas y las vacilaciones. Difícil es trasladarlo a la lengua escrita, sin duda, pero en ello reside la habilidad del periodista.[3] «El

3. Un ejemplo muy bien logrado: el fragmento de una entrevista de Lola Díaz a Jesús Hermida, publicada en *Cambio 16* (1991), en la que parece que le estamos oyendo hablar por televisión:

> —*Tu imagen es la del triunfador al que le han ido bien todas las cosas en las que se ha embarcado.*
>
> —¡Pero eso no es verdad, no es verdad, no lo es, no lo es, te juro que no lo es...! Comprendo que sería distinto si yo te *dijera* que como todo me ha salido muy bien doy gracias a la suerte. Pero, insisto en que no es verdad, que no es verdad... Uno es hijo de la vida y de las obras.
>
> —*¿Qué quiere decir eso?*
>
> —¡Pues que no es verdad! ¡Oiga, es que yo me he tenido que venir a Madrid a buscar trabajo; oiga, que yo he sido albañil; oiga, que a mí mi padre me desapareció en la mar cuando más le necesitaba! Es que la gente me ve así, como un triunfador, y «así será, si así os lo parece», que decía Shakespeare...

respeto hacia el "idioma" del interlocutor ha de ser absoluto —apunta Pedro Rodríguez (p. 70)—. Los personajes se definen, ante el lector, por su manera de hablar. Todavía hay entrevistadores "estandarizados", cuyos trabajos son absolutamente simétricos.»

Con frecuencia los propios interesados no son conscientes de las anteojeras con que contemplan el mundo. Bingham y Moore describen un experimento realizado para medir la influencia que pueden ejercer los entrevistadores sociológicos sobre los individuos cuyas opiniones recaban. A varios de ellos —entre los que se encontraba un fervoroso partidario de prohibir el alcohol y un marxista militante— se les encomendó la tarea de llevar a cabo una encuesta sobre causas de malestar social. Al disponer de los resultados, se comprobó que el primero había topado con una proporción de individuos, mucho más alta que el resto de los entrevistadores, que atribuían todos los males a la ingestión excesiva de bebidas de alta graduación, mientras que el segundo había hablado con sujetos que mayoritariamente se quejaban de la viciosa distribución de las riquezas. La conclusión de estos autores es que «cada entrevistador transmitió su propia tendencia a la persona entrevistada por medios sutiles, pero no por ello menos efectivos, cuya naturaleza aún no se ha llegado a definir con precisión» (p. 15).

También Sherwood alude a este problema e intenta convencer a sus lectores de que no es un riesgo intrascendente. Aporta varios ejemplos —de dentro y fuera del periodismo— para concluir que «la falta de objetividad es un peligro del que los buenos reporteros deben guardarse» (p. 27). Aconseja a continuación que los entrevistadores atiendan «con gran cuidado la redacción de sus preguntas a fin de evitar cualquier muestra de parcialidad y prevenir que la gente pueda sentirse forzada a contestar en determinada forma». Por ello es preciso que «evite hacer preguntas capciosas. Cuanto menos educada e inteligente sea la persona a quien entrevista,

más apta será para decirle aquello que usted desea oír, lo cual puede no ser ni la verdad ni su opinión verdadera» (p. 53).

Esta deformación no es tan fácil que ocurra entre periodistas que llevan a cabo con seriedad estas entrevistas, pero no estamos libres de presentar a los personajes bien o mal según se acomoden o se alejen del patrón ideal que llevamos en la mente. «Cuando el periodista es malo o demasiado influido por prejuicios, adversos o favorables, nos da una "imagen" convencional, socialmente impuesta, vigente, que nada agrega a nuestro anterior conocimiento del entrevistado», escribía Aranguren (1975).

Por eso hay que arriesgarse y ofrecer una visión propia. El inquieto filósofo se inclina por la «invención» del personaje: «El gran entrevistador es "novelista" de su personaje», proclama. A continuación describe las etapas que, a su juicio, ha recorrido la gran entrevista y que, de forma resumida, son las siguientes: la primera intentaba que el entrevistado se expresara con amplitud, porque lo importante era escucharle. La segunda tenía a poco esta mera repetición de ideas mil veces dichas y quería mostrarlo como es; había que «verlo» y lograr que el lector lo «viera» también, para lo cual se daba mucha relevancia a la entradilla, que era una presentación como la de los personajes novelescos. Vino más tarde el salir de la pasividad para «discutir con el entrevistado, mostrar su disconformidad, burlarse más o menos abiertamente de él, incluso atacarle».

La culminación del género llega, según Aranguren, a través de «la visión personal del entrevistado por el entrevistador»: es su «invención». Por eso lo mejor es encontrarnos con un personaje que se pone a disposición de ser descubierto y ser inventado, mejorando incluso la realidad: «Que para tal redondeamiento meliorativo haya que atribuir de cuando en cuando al entrevistado cosas que no llegó a decir, porque no se atrevió, o porque ni siquiera se le ocurrieron, no tiene la menor

importancia.» Nunca podemos llegar a saber cómo es «el otro» y para ello nuestra visión y lo que él puede decir de sí mismo y de su pensamiento no son definitivas. De «interpretación» habla Martín Vivaldi (1989, p. 665), ya que un profesional no puede reducirse a ser una combinación de cinta magnetofónica y cámara tomavistas: «Todo periodista, en cuanto hombre, selecciona siempre y, aunque no juzgue, sólo en el modo de enfocar, llevar y desarrollar la entrevista está interpretando lo sucedido. Todo escritor (y el reportero lo es, debe serlo), aun el más objetivo, es siempre un intérprete de la realidad.»

Aranguren insiste en su exposición por medio de otro artículo en 1982. Remarca el contraste entre dos tipos de entrevista. Por una parte conocemos aquella que es «una práctica equidistante tanto del puro forcejeo como de la sintonización: entrevista objetiva, puro registro o grabación de la palabra del entrevistado». Por otra, la que nos da la imagen del personaje inventándola, creándola y narrándola, es decir, novelándola. Ni que decir tiene que el veterano catedrático de ética se inclinaba por la segunda, que a su juicio es la que más aporta al género y, por tanto, a los lectores (si está lograda, incluso al propio entrevistado, que tiene la oportunidad de descubrirse a sí mismo a través del retrato que se le pone delante).

Este planteamiento coincide a grandes rasgos con el de González-Ruano expresado en 1959. También con el de Cueto, que no quiere limitarse a contemplar la entrevista como mero acto periodístico, sino que la instala plenamente en el podio de la literatura. Casi podría decir que o es literatura o no es nada: «La entrevista es el arte de la comunicación imaginaria, el colmo del simulacro, la quintaesencia de la fantasía narrativa. La única voz que se escucha en las entrevistas es la del narrador —cuando la tiene— y todas las demás son patrimonio de la representación o artificios del lenguaje.»

Y más adelante vuelve a la carga:

> Tampoco la entrevista de periódico escapa a esta fatalidad literaria, a pesar de la intensa vigilancia del redactor-jefe, la tiranía de la actualidad y la disuasión creadora que instaura el libro de estilo. Poco importa que el diálogo sea en las escalerillas del avión, en los vestuarios del campo de fútbol, en los entreactos del estreno de moda o a la salida de un consejo de ministros. Al final, todo será un fingir la conversación a través de la vía literaria. La diferencia está en la voz del narrador, y no en la fidelidad del registro dialogal o en la objetividad para referir lo charlado (cf. Vicent, 1982, pp. 6-7).

«Un trozo de biografía y de novela», considera Martín Alonso que es la entrevista (t. I, p. 490), propia de un reportero escritor, también en una línea de literaturización muy considerable. En esa perspectiva se sitúa Torrente Ballester, pues «en medida no liviana, el buen entrevistador participa en algunos de los procedimientos del novelista. Y por este lado es por donde la entrevista puede ser una pequeña obra de arte. El hecho de que concurran en ellas circunstancias estrictamente "periodísticas" no estorba, sino que completa. Me refiero a la oportunidad, a la actualidad y a la novedad principalmente» (p. 9). Eso ya lo intuía Manuel Graña en 1930, pues afirma que «el interés humano y el elemento personal son en este caso el verdadero material o contenido de la interviú; las citas se intercalan en la acción y descripción; la observación del reportero con las manifestaciones de su interlocutor; en una palabra, se trata ya de un trozo de novela y el reportero pasa a ser escritor» (p. 181).

Para unos, pues, lo que se da es una novelización del personaje. Para otros, en cambio, una conversión a la realidad. Es el caso de Acosta Montoro (t. I, p. 101), que escribe:

> Un entrevistador, periodista-escritor, es además un hechicero que puede descubrirle al despreocupado lector de periódicos la auténtica sustancia de que está hecho el

> ser que, por regla general, camina por el mundo en cuerpo de su imagen estereotipada. El ambiente, la voz, los brazos, la cabeza, el signo, el reflejo nervioso, la ira, la dulzura, cuanto rodea al personaje, deben estar en la entrevista, sea brevemente, para que el lector pueda vivir el momento, recrear la escena, como en una novela, pero a sabiendas de que el personaje es sólido, de carne y hueso, al que un día puede pellizcar si gusta, o simplemente dirigirle una mirada atravesada.

Aquel ser que parecía de cartón piedra delante del público, el periodista ha conseguido que tomara forma humana, que alcanzara el estatus de persona real y viviente.

2.6. La importancia del diálogo

Esta actitud de globalidad en relación con la persona que se quiere presentar ante los lectores se ha visto potenciada por las aportaciones del «nuevo periodismo». Wolfe (pp. 49-52) explica algunos procedimientos que tienen fácil aplicación al arte de la entrevista. Cuando se habla de «registrar el diálogo en su totalidad», el «punto de vista en tercera persona» o esa relación de gestos cotidianos y detalles que pueden existir en el interior de la escena, estamos incidiendo en una serie de aspectos que, no de una forma mimética, sino casi espontánea, se han ido extendiendo en algunos casos a los textos que comentamos.

Los resultados prácticos de este movimiento no están en consonancia con el alboroto producido por sus libros y manifiestos y aquí se percibe este hecho de forma meridiana. Sin embargo, sea por esto o por otra causa, se ha incrementado la libertad formal en la escritura y eso es algo que percibe de forma inmediata quien estudia textos de hace dos décadas y los pone en relación con los producidos en estos últimos años.

El diálogo sigue siendo muy importante, sea repro-

ducido como tal o sea contado por el periodista con el empleo del estilo indirecto. Es importante lo que se ha llegado a captar de la persona y de su entorno, pero sobre todo lo que el individuo dice. Por ello se pone énfasis en la *conducción* y desarrollo del diálogo. Si antes las preguntas tenían un papel de mera obtención de las respuestas, aquí ya no se concibe una buena conversación si ambos interlocutores no la llevan a cabo con igual animación y hasta brillantez.

Ni siquiera es preciso que sean sólo preguntas lo que lanza el entrevistador, porque caben las *afirmaciones* propias, que a veces son más sugeridoras que aquéllas. En su actitud debe verse estímulo e incitación, cuando conviene, para poner en claro la verdad de las posiciones contrarias o la auténtica personalidad del entrevistado (puede comprobarse en las entrevistas más relajadas de Oriana Fallaci). En estos casos casi sobran los comentarios, que se limitan a lo imprescindible para el correcto entendimiento y la complementación del diálogo que precisa de una completa transcripción magnetofónica o taquigráfica.

Tal desarrollo bebe en las fuentes del diálogo teatral, al que asisten los lectores como si de espectadores sentados en su butaca se tratara. Los comentarios del periodista quedarán como apostillas al texto, que sirven para poner en pie la representación o *imaginarla* cuando no es contemplada, sino leída. Aranguren, en su artículo de 1975, habla de «acotaciones dramáticas», que «establezcan el nexo entre lo que dice y *cómo*, con qué gesto y voz lo dice». También Torrente Ballester emplea el término «acotaciones» con el mismo sentido.

2.7. Títulos e ilustraciones

Los títulos que se suelen colocar en las entrevistas de esta presentación son de carácter informativo, porque en

la conversación siempre se deslizan frases breves y contundentes que, llevadas a la cabecera, son capaces de enganchar al lector. Por ejemplo: «Julio Caro Baroja: "La pasión en política sólo sirve para degollarse"»; «Teresa Berganza: "La ópera está llena de críticos corruptos y divos mafiosos"»; o «Manuel Vicent: "Ser rico empieza a resultar una cosa despreciable"». Las semblanzas suelen llevar una titulación más sintética.

Naturalmente, los títulos se pueden cruzar y el sintético puede ir al frente de una entrevista dialogada, mientras que el informativo no desdice de una semblanza. En algunos casos se llega a un exceso de despego respecto a la información que deben proporcionar los títulos. En ese caso se considera imprescindible la existencia de un subtítulo que contenga la carga informativa que no se hace evidente por medio del título exclusivamente. Por ejemplo: «Prisionera del Nóbel» es el título que lleva como apoyo «La activista guatemalteca Rigoberta Menchú, harta de compromisos, quiere casarse y tener hijos».

Con todo, se ha avanzado notablemente en la búsqueda de un llamativo encabezamiento de las entrevistas, que es lo primero en lo que se fija el lector y que llevará en gran medida a que detenga sus ojos en estas páginas o a que pase de largo en busca de textos que ejerzan una mayor atracción sobre él. En otros tiempos se podían encontrar títulos vulgares, anodinos o que no suministraban ninguna información, como no fuera el escueto nombre de quien era entrevistado: una entrevista de *Blanco y Negro* (1898) lleva como escueto titular «Echegaray». Eso era todo.

Digamos, por último, que la entrevista periodística de personalidad, cuando se ofrece a los lectores en las páginas de un diario o revista (en ese suplemento dominical o semanario que resulta más propio, según hemos convenido), necesita ir acompañada de ilustraciones. Las fotografías refuerzan la imagen —objetiva, descubrimiento, invento o recreación— que deseamos transmitir y, por tanto, completan el texto. Pocos autores han

prestado atención a este aspecto relevante de la información (fotografía, dibujo, caricatura) que, a estas alturas, ya se considera imprescindible.

Quizá las únicas referencias sean las de Pedro Rodríguez (p. 71), para quien el fotógrafo es el que debe buscar «el símbolo del personaje, su circunstancia», ya que «una buena foto vale por una entrevista»; Rodríguez Betancourt (p. 209), que destaca el que «las fotografías constituyen un elemento integral de la entrevista periodística», y la de Manuel del Arco (1960, p. 414) que lo califica de «accidente complementario». En uno de sus libros cuenta éste cómo es el proceso que sigue para dibujar a los entrevistados:

> Lo hago generalmente sin que se enteren. Si el personaje es de Barcelona y conoce mi sección, entonces trazo unos apuntes advirtiéndoselo; pero la verdad es que lo observo mejor mientras charla. Porque para el caricaturista no hay nada peor que la pose. Ésta es la razón por la cual preferimos la sorpresa y pillarlos desprevenidos (1948, p. 11).

Lo que nos interesa es destacar cómo la caricatura o la fotografía (incluso las dos) ayuda a formarnos una idea del personaje cuyas palabras nos están llegando a través del texto. Cuando sólo se ofrece éste parece como si nos llegaran desnudas; las fotografías las visten y adornan.

2.8. Descripciones

El hecho de publicar entrevistas de esta envergadura, con un acompañamiento gráfico considerable, parece que nos desliga de la obligación de describirlo para nuestros lectores. No debería ser así. El retrato que deseamos presentar no puede estar desnudo de rasgos físicos, ni de una cierta incursión sobre comportamientos y cualidades (la prosopografía y etopeya de la retórica clá-

sica), aunque no pongamos el mismo énfasis que antes era habitual. Para Quesada, «el rasgo prioritario del lenguaje de la entrevista literaria es la *descripción*. Mediante el uso abundante de descripciones el autor traza la semblanza del entrevistado e informa no sólo de su apariencia física y psicológica, sino también de su entorno y de su ambiente. Por regla general, las descripciones suelen ser muy minuciosas, cuidadosamente elaboradas con breves pinceladas coloristas y en ellas destaca por su presencia persistente el ritmo ligero de frases siempre cortas» (p. 20). A lo largo de su ensayo sobre la entrevista, la misma autora se ocupa de forma metódica y lograda de estas descripciones que acompañan al texto puramente conversacional.

Antes se llevaban a cabo descripciones físicas y morales minuciosas. Ahora quizá no se realizan las de este estilo, tan pegadas a la realidad. Imperan las que llevan una mayor carga de intencionalidad. Por ejemplo, Rosa Montero presenta a la ex primera ministra inglesa Margaret Thatcher de esta manera:

> Si no fuera por su aspecto un tanto ortopédico, por el peinado de acero batido, el perfil impasible, los rígidos trajes de señorona y las perlas inevitables, que más que un adorno parecen remaches del blindado mecanismo de su persona, Margaret Thatcher sería una mujer bastante atractiva. En sus fotos de juventud está guapa: buenos pómulos, buenos labios, un rostro fuerte y original encendido por una mirada voluntariosa. Hoy el azul de sus ojos está un poco aguado por la edad y su cutis sonrosado es el de una abuela bien cuidada. Una abuela coqueta y dura de pelar, matriarca de una familia numerosa. Antes de dejarse retratar se pasa revista a sí misma de arriba abajo: los zapatos, las perlas, las manos, la postura. Se recoloca la falda con unos tironcitos (dominical de *El País*, 9 de enero de 1994, p. 12).

Hay una intencionalidad evidente en la mirada o en la pluma de la periodista cuando se explicitan determinados elementos o se le aplican adjetivos concretos.

Una descripción que aúna los dos conceptos antes expresados (lo exterior y lo interior, por decirlo de alguna manera) es la que lleva a cabo Manuel Vicent en sus entrevistas, con el añadido de metáforas atrevidas e inesperadas. Es una forma más libre y literaria, que Vicent emplea siempre con éxito.

La entrevista de personalidad es la que mayor importancia y calidad está alcanzando en los últimos tiempos. No se conforma con ser una derivación extensa finamente presentada, sino que aparece adornada con una serie de cualidades, con lo que ha conseguido ser valorada por los profesionales y por los lectores. Por una parte, ocupa lugares de honor en las publicaciones más demandadas (como los suplementos dominicales y los semanarios); por otra, se encarga esta tarea a los periodistas bien preparados o que demuestran una especial habilidad para llevarlas a cabo. Hubo una época en que los que se dedicaban «a hacer interviús es "porque no sirven para otra cosa"» (Sarto, p. 20). En nuestros días este tipo de trabajo es para los mejores.

3. Semblanzas

Las posibilidades que ofrece la entrevista de personalidad son inmensas y en parte todavía no han sido exploradas del todo. Y es que, en este campo, hay una tendencia a pensar en la sucesión de preguntas y respuestas, tan sólo interrumpida por las apostillas o comentarios del periodista que trata de ofrecernos sus impresiones, contar algunos detalles sobre su manera de expresarse o describir elementos del entorno, que nos ayuden a formarnos una idea global del entrevistado. Sin embargo, no hay ninguna obligación de que el texto resultante sea presentado de esta manera.

Podemos encontrar entrevistas de personalidad compuestas de muy diversas formas. Una de ellas, que también es utilizada con frecuencia, es la que optamos por

calificarla como semblanza o perfil (aunque manifiestan notables diferencias, algunos autores las identifican y hablan indistintamente de entrevista de personalidad o semblanza). En un principio se trataría de una derivación de aquellas que, con el paso del tiempo, han logrado encontrar su propia manifestación y ya pueden articularse con unas características singulares que las definen.

Se trata de ofrecer un retrato del personaje no tanto a través de unas respuestas que ocupan la mayor parte del texto, sino con una dosificada combinación de comentarios nuestros, rasgos que hemos obtenido de otras fuentes y opiniones suyas que se intercalan en el resto del escrito, sin que apenas aparezca la formalidad de las preguntas (en la mayoría de las ocasiones no hay interrogaciones directas).

Martínez Albertos (1992*a*, p. 311) alude a los *reportajes biográficos*, cultivados por las revistas gráficas y suplementos de los diarios, como una modalidad de la entrevista de personalidad: «Se trata de unos géneros narrativos de gran extensión —a veces en forma de serial por entregas—, con abundante acompañamiento fotográfico, que se proyectan sobre la vida del entrevistado. En la marcha del reportaje se utiliza alternativamente la narración y el diálogo.»

A ella se refiere García Luengo en un artículo:

> La entrevista ofrece destellos autobiográficos que interesan sobremanera. Y quien la lleva a cabo necesita de dotes psicológicas y, en general, del arte literario que le permita captar y expresar un mundo espiritual. La entrevista así linda con la semblanza, género difícil, con las más amplias y sutiles posibilidades de creación y de ilustre tradición literaria. Algunos retratos literarios son perdurables, en efecto, y a través del tiempo nos han conservado multitud de personajes. Pero en lo moderno la entrevista va a la zaga de la semblanza y he podido comprobar que libros en que se recogen las hechas por escritores del pasado reciente y con personalidades de la

época mantienen su valor o quizá se vea acrecentado por el tiempo.

Vigil Vázquez señala que la semblanza «requiere un cierto talento literario además de una perspicacia informativa, siempre imprescindible» (p. 153).

Estos retratos son incluso más creativos y, desde luego, más laboriosos, puesto que obligan a un esfuerzo de ensamblaje de las distintas piezas para ofrecer un cuadro del entrevistado que se parece más a un mosaico que a un óleo. Algunos preferirán la visión lineal que no tiene aristas, sino una continuidad sin fisuras; otros, en cambio, se sentirán atraídos con más fuerza por ese retrato que trata de reproducir una imagen con colores y materiales dispersos: contrastes y matices dificultosamente aportados y que ha sido necesario encajar de forma que el resultado sea armónico y reconocible.

Podemos encontrar ejemplos abundantes de esta manera de presentar las entrevistas. Montserrat Roig, pongamos por caso, gustaba de articular muchas de las suyas de esta manera (en *Serra d'Or* fueron apareciendo durante años) y todavía podemos repasar contenidos y forma en alguno de los volúmenes donde las recopiló (1975). Otros las han recreado directamente en semblanzas literarias, escritas expresamente para formar parte de un libro: así Plinio A. Mendoza (1984) reúne en una entrega las correspondientes a García Márquez, Botero y Cepeda Samudio, entre otros. Nativel Preciado llevó durante mucho tiempo una sección de esta naturaleza en las últimas páginas del semanario *Tiempo*: después reunió buena parte del material en un volumen que tituló *Fuera de tiempo* (1991).

El peligro de la palabra «semblanza» es su equivocidad, ya que puede dar lugar a unos retratos que no se basan en conversaciones ni en palabras textuales del personaje, sino que es posible componerlos con elementos que se conocen de su personalidad o trayectoria y con aquellos que hemos

podido recoger de fuentes diversas. Quede bien claro que no estamos hablando de biografías —como aparecen en las necrológicas o en la presentación de un individuo al que se nombra para un cargo—, sino de una entrevista que se desliza en forma de semblanza.

En estos casos el periodista no se limita a transcribir la larga charla que ha sostenido, sino que añadirá todo aquello que enriquezca el encuentro y dote a las meras palabras de un sentido pleno en función de la comprensión global del entrevistado. No se trata de recabar unas declaraciones, como es evidente, sino de abarcar la personalidad, que es siempre multifacética y compleja, de ese individuo. Y en esas situaciones el redactor, aun permaneciendo en un segundo plano, se tiene que hacer notar.

> El periodista, una vez que cuenta con el material, es decir, con la transcripción del diálogo, lo recrea. En esa recreación selecciona lo que le parece más importante periodísticamente, lo ordena en función de la claridad y la comprensión, lo reescribe [...]. Al recrear, interpreta y orienta, nos da una visión de la realidad a propósito de ciertos temas y de una persona determinada. La entrevista, finalmente, se independiza del entrevistado y sólo le debe fidelidad.

Ésta es la opinión de Mier y Carbonell (p. 29), que insisten en la obligación de respetar lo que se ha escuchado a lo largo de la conversación, pero también de construir un bello texto que nos ayude a comprender todas las facetas de una personalidad. Los mismos autores señalan que esta recreación debe ser efectuada con exquisita prudencia, «ya que muchas veces aquello que se atribuye a la personalidad del entrevistado, o son lugares comunes aplicables a casi cualquiera, o son recursos que el periodista usa sin que abiertamente guarden relación con el protagonista y que por lo mismo son mera especulación».

En parecida línea se sitúa Martín Vivaldi (1989, p. 665), pues «el arte de la buena entrevista de carácter reside en conseguir un retrato vivo sin necesidad de que el periodista haga demasiados juicios valorativos». O sea, que es el personaje el que se retrata a sí mismo por *lo que dice*, por *lo que hace* o por *cómo* dice o hace: «Describir un gesto de nerviosismo indominable (un tic) es periodísticamente más eficaz que tildar de nervioso.»

Ya hemos dicho que la forma de presentación de las entrevistas de personalidad dependerá de la voluntad del redactor, pero las semblanzas tienen una manifestación muy definida. Siempre ha parecido que la mejor forma de retratar una personalidad se conseguía a través de unos textos que utilizaban las respuestas del entrevistado en la medida en que ayudaban a situar su voz entre las impresiones e intuiciones del entrevistador. Con frecuencia se huía de la pregunta-respuesta, para ensamblar sus palabras en un conjunto de laboriosa composición. Según la capacidad y las ganas de trabajar del redactor se obtendría un producto en el que contara más o menos la reproducción literal de aquéllas, pues casi se consideraba que cuanto más se aplicara el periodista, menos espacio se dejaría para las frases literales del personaje, ya que lo fácil era anotarlas en elevada proporción. En nuestros días se considera esta forma como altamente aprovechable y estamos viendo que se la utiliza en multitud de ocasiones.

En cuanto a la forma de titular las semblanzas, resulta más atractiva la utilización de frases lapidarias que intenten sintetizar en pocas palabras la personalidad del entrevistado, como si se quisiera aprehenderla de forma quintaesenciada. Es el caso de los títulos como «Maldades, ternuras y otros duendes de Luis Calvo»; «Miguel Mihura: un burgués... con espíritu de *clochard*»; o «Carlos Mata, galán a su pesar». En estos casos se acompaña con frecuencia de un subtítulo de carácter plenamente informativo.

4. Cuestionario fijo

Hace un siglo, cuando la entrevista se había consolidado en la prensa occidental, comenzaron a desarrollarse algunas variantes: unas han desaparecido, porque eran exclusivo producto de tendencias momentáneas; otras, en cambio, han tomado carta de naturaleza en los medios de comunicación, por más que su utilización sea esporádica. Aquí se sitúan las de fórmulas establecidas y, entre éstas, la que se ha convenido en llamar «entrevista de cuestionario fijo».

Nos referimos a un tipo de texto periodístico que se cataloga en la especie de las entrevistas, pero que cuenta con una personalidad propia, por lo que merece ser descrito aparte de los tres grandes bloques existentes. Consiste en un interrogatorio basado en preguntas prefijadas que se formulan invariables a diversos individuos. Aparece por lo general con la misma presentación tipográfica y los sujetos de tal diálogo suelen ser personajes famosos.

Este tipo de entrevistas ha sido descrito en contadas ocasiones. La explica Martínez Albertos como «una especie de test psicológico que puede servir para revelar la personalidad de quien contesta. Es interesante, por consiguiente, que no se omita ninguna de las preguntas, puesto que, en principio, actúan todas en bloque como un sistema completo y cerrado en sí mismo. Para que este cuestionario tenga dinamismo y atracción es preciso que las respuestas sean sumamente escuetas, mejor de una palabra que de cuatro o cinco» (1974, p. 110). De estos cuestionarios, aunque no en abundancia, podemos encontrar algunas muestras en periódicos actuales. En ellos se pone de manifiesto cómo estas fórmulas no están periclitadas, sino que todavía se les puede extraer un gran provecho.

El cuestionario más conocido es el que lleva el nombre de Proust, por lo que lo citaremos en primer lugar. Esta preferencia responde a que ha sido el que acuñó el

nombre y la estructura. Nació de una forma casual: un día (allá por la década de los años sesenta del pasado siglo) las hijas de Karl Marx, Jenny y Laura, propusieron a su padre una serie de preguntas, más bien inocentes, en lo que consideraron un entretenido juego de sobremesa. Las respondió el filósofo y escritor alemán a vuelapluma.

No se sabe cómo, pero aquel cuestionario debió trascender, porque unos treinta años más tarde la jovencita Antoinette Félix-Faure, hija del que fue presidente de la República francesa, lo había reproducido en su álbum para proponérselo a una serie de amigos y amigas, también como una especie de juego que le ayudara a conocerles mejor. Esta normal curiosidad de una adolescente que se abre a la vida, que tanto se parece a la que —ya en plan profesional— alancea al periodista, halló su réplica en un joven de veinte años llamado Marcel Proust. Le acercaron el álbum y quiso bromear con su propietaria, respondiendo a la relación de preguntas que allí aparecía. Aquel entretenimiento tuvo lugar cuando el célebre autor francés tenía unos veinte años. A partir de entonces se popularizó tal cuestionario y saltó a los periódicos de todo el mundo, que lo han venido utilizando con profusión durante décadas.

Así, al desgaire, hay quien deja caer: es «más tópica que el cuestionario Proust hace treinta años» (Goñi, p. 10). A Manuel Fraga le pregunta Cela:

> —¿Has respondido alguna vez al cuestionario de Proust?
>
> —Sí, claro. Todos los españoles hemos respondido alguna vez al cuestionario de Proust: el principal rasgo del carácter, la cualidad que se desea, la principal virtud, el principal defecto..., es muy socorrido el cuestionario de Proust (p. 198).

A estas alturas la repetición parece excesiva, como también se piensa de la misma manera sobre la longitud

y hasta la redacción tiene un aire cursilón que, en su reproducción textual, da la impresión de estar pasado de época. De ahí vienen los retoques que se han efectuado para presentarlo en la actualidad.

Porque lo primero que llama la atención en nuestros días es que el «cuestionario Proust» ha desaparecido de todos los medios de comunicación, después de haber estado presente mucho tiempo en diversos periódicos. Existe constancia de que, en versión original o con retoques, lo han ido publicando a lo largo del tiempo y desde finales del siglo XIX multitud de diarios y revistas (en Francia, como es lógico, ha tenido muchísimo arraigo en la prensa). En nuestra época circulan una serie de recreaciones que no son sino calco de aquella fórmula inicial.

En la actualidad hay un suplemento dominical que publica, en cada una de sus apariciones, un cuestionario de este tipo. Se trata de *Blanco y Negro*, que se entrega los domingos con el diario *Abc* (también hay algo parecido en *El Mundo*; hasta hace poco se encontraba presente en el *Suplemento Semanal*, que lo es de una serie de diarios regionales, y *El País* viene publicando una «Radiografía» cada domingo que contiene elementos en esta línea).

El de *Blanco y Negro* lleva por título «Declaraciones íntimas». Ocupa una plana entera, entre fotos del personaje elegido y una caricatura, siempre con la misma presentación tipográfica y de diseño. Se compone de veinte preguntas y concluye con un pequeño recuadro biográfico, más la firma del entrevistado.

Cada pregunta figura en una línea y se colocan puntos suspensivos hasta completar el espacio. Es precisamente en esa línea de puntos donde el entrevistado ha tenido que anotar las respuestas de forma autógrafa, que así se reproducen, lo cual impide las contestaciones largas: la configuración gráfica obliga a lo que parece consustancial con este tipo de cuestionario, que es la respuesta directa y concisa.

Veamos la redacción de las preguntas. Para comparar sólo tenemos que ir colocando cada cuestión planteada por el que en adelante llamaremos «Blanco y Negro» (BN), paralelo al que figura en el conocido como Proust (PR).

BN Rasgo principal de mi carácter.
PR ¿El principal rasgo de mi carácter?

BN Cualidad que prefiero en el hombre.
PR ¿La cualidad que deseo en un hombre?

BN Cualidad que prefiero en la mujer.
PR ¿La cualidad que prefiero en una mujer?

BN Mi principal defecto.
PR ¿Mi principal defecto?

BN Ocupación que prefiero en mis ratos libres.
PR ¿Mi ocupación preferida?

BN Mi sueño dorado.
PR ¿Mi sueño de dicha?

BN Para estar en forma necesito dormir.
PR

BN Mis escritores favoritos.
PR ¿Mis escritores preferidos en prosa?
PR ¿Mis poetas preferidos?

BN Mis pintores favoritos.
PR ¿Mis pintores predilectos?

BN Mis músicos favoritos.
PR ¿Mis compositores preferidos?

BN Mi deporte favorito.
PR

BN Mis políticos favoritos.
PR

BN Héroes novelescos que más admiro.
PR ¿Mis héroes de ficción?

BN Hecho histórico que prefiero.
PR ¿Mis héroes de la vida real?
PR ¿Mis heroínas históricas?
PR ¿Qué caracteres históricos desprecio más?
PR ¿Qué hecho militar admiro más?

BN Comida y bebida que prefiero.
PR

BN Lo que más detesto.
PR ¿Qué detesto más que nada?

BN Reforma que creo más necesaria.
PR ¿Qué reforma admiro más?

BN ¿Cómo quisiera morirme?
PR ¿Cómo me gustaría morir?

BN Estado actual de mi espíritu.
PR ¿El estado presente de mi espíritu?

BN Faltas que me inspiran más indulgencia.
PR ¿Hechos que me inspiran más indulgencia?

De la comparación que hemos llevado a cabo se desprende la dependencia absoluta del cuestionario «Blanco y Negro» del de Proust. Se aprecia un acortamiento del número de preguntas, más acorde con el dinamismo actual, trasladado como no podía ser menos a la vida periodística; la actualización llevada a cabo para incluir preguntas de mayor interés actual (políticos y deportes); la supresión de las interrogaciones, con una sola excepción, y el cambio de orden respecto al cuestionario original.

La entrevista de cuestionario fijo no se reduce necesariamente al de Proust. En alguna ocasión hemos conocido otros que son distintos de éste y que también se repiten invariables, como el cuestionario Auden. Lo encontramos, por ejemplo, como recuadro en una entrevista más amplia a que es sometido el escritor y periodista Jiménez Lozano por parte de Gustavo Martín Garzo (en *Cambio 16*). Lo reproducimos íntegramente para

conocimiento de esta original manera de indagar en el espíritu ajeno:

> *Paisaje*: Árboles y agua, pero también la niebla sobre un páramo.
> *Clima*: Más bien frío.
> *Origen étnico de los habitantes*: Cuanto más vario, mejor.
> *Lenguaje*: Cuantos más lenguajes, mejor.
> *Pesos y medidas*: Me es indiferente.
> *Religión*: Que cada cual tenga su ánima.
> *Dimensiones de la capital*: Pequeña, que se pueda recorrer a pie.
> *Forma de gobierno*: Una sociedad muy plural, un gobierno estrictamente sometido al derecho.
> *Actividades económicas*: Las estrictamente necesarias para una vida bienestante para todos.
> *Medios de transporte*: No demasiado rápidos. Excepto los correos.
> *Arquitectura*: A medida humana, de casas más bien bajas, con grandes espacios en torno.
> *Fuentes de información pública*: Las viejas gacetas y periódicos.
> *Monumentos*: Pocos y hermosos, como el *David* de Verrocchio, o de Miguel Ángel.

Pero hay más. La entrevista periodística ha encontrado una acogida muy favorable en el mundo editorial y abundan los libros que han sido compuestos por haces de diálogos periodísticos, ya sea porque han sido divulgados en los medios de comunicación, ya porque reproducen la estructura o la intencionalidad de aquéllos. Aunque no sean los más numerosos, hemos encontrado algunos ejemplos de libros compuestos por entrevistas de cuestionario fijo.

Lluís Permanyer estuvo cultivando durante años esta modalidad de diálogo, tanto en el semanario *Destino* como en el diario *La Vanguardia*, allá por los años sesenta y setenta. Fruto de esta dedicación son dos libros que recogen las respuestas de cuarenta y tres es-

critores catalanes que contestaron para el primero y algunos intelectuales más que lo hicieron entre los años 1978-1980 para el segundo. En la introducción de ambas obras podemos enterarnos de dónde le viene la afición a su autor, así como los avatares que le ocurrieron en su preparación y edición periodística, en los años en que la censura campaba a sus anchas en nuestro país.

Estos dos libros mantienen una completa fidelidad al cuestionario Proust, pero a partir de este principio podemos registrar la existencia de otros libros que se basan igualmente en entrevistas de cuestionario fijo y que muestran una dependencia menos estricta de aquél. Por ejemplo, uno de Julián Cortés-Cavanillas, que recoge una serie de diálogos que el autor venía manteniendo semana tras semana en el diario *Abc.* No propone preguntas invariables, sino que hay una adaptación a cada uno de los entrevistados, pero el tipo de interrogatorio y algunas cuestiones que proceden de aquel tronco común hace que debamos incluir su obra en este capítulo.

Algún otro libro está compuesto por preguntas invariables y se aprecia una recurrencia explícita al cuestionario Proust. Sin embargo, los resultados son decepcionantes. En nuestra opinión, porque un cuestionario de preguntas invariables no es el instrumento más adecuado para llegar al fondo de un entrevistado. Para ello está la entrevista de personalidad, que se enfrenta al personaje con tiempo, paciencia, dirigiendo el rayo láser de la curiosidad allá donde se estima que hay un material que la disección pondría de relieve. De este tipo de conversación sí cabe extraer toda clase de datos, opiniones, pensamientos o confesiones.

Ello no es posible con el cuestionario fijo. Fue inventado con otra finalidad y tradicionalmente ha sido utilizado en una línea muy diferente. Hasta cierto punto es un juego.

Tanto que puede tener vida propia, al margen de su origen y utilización periodística. Véase el siguiente texto de la escritora María Jaén:

> Es justo la misma tristeza que sintió al separarse de las amigas de diez años largos de escuela religiosa. Enciende el primer cigarro del día y recuerda que en las largas noches de convivencias, lejos de los padres, sentadas en círculo, jugaban a pasarse una cerilla encendida. La que se quemaba o soplaba para no quemarse se veía obligada a ser sincera y responder a las preguntas del resto del grupo «¿Has besado a un chico alguna vez?» «¿Cuál es tu mayor defecto?» «¿Y tu mayor virtud?» «¿Qué cualidad prefieres en un hombre?» ¡Cómo deseó que le hicieran esa pregunta! Cuando por fin le tocó responderla, sin saber por qué y olvidando todas las posibles respuestas que había preparado, dijo: «¡Que sepa bailar el tango!»

Con el tiempo, el cuestionario Proust y sus adaptaciones hasta pueden convertirse en uno de esos juegos de mesa como el *Trivial*.

Tiene ligereza porque intenta acercarnos a una personalidad no de manera directa, sino por medio de círculos concéntricos. Abundan las preguntas que iluminan por comparación y por aproximación: el color, la flor, el pájaro, el héroe que yo prefiero... Después, lo que a mí me gustaría hacer, vivir, cambiar... Sólo en último extremo llegan las preguntas más directas e íntimas, como el estado de mi espíritu, mi afán o la forma como me gustaría morir.

Pero, además, hay que tener en cuenta lo que se espera del entrevistado. No amplias y profundas respuestas, sino la gracia, intencionalidad, rapidez, concisión y agudeza de quien improvisa las contestaciones y es capaz de definirse con un adjetivo certero. Eso es lo que se consigue a través de los cuestionarios que hemos descrito y que se publican en la prensa española. Pretender

otros fines es buscar lo que el cuestionario fijo no puede darnos.

La *entrevista de cuestionario fijo* pervive todavía, a pesar de haber sobrepasado los cien años. Y eso no es poco. Ha tratado de adaptarse al tiempo presente y lo ha hecho con soltura y decisión. Por todo ello merece ser tenida en cuenta cuando abordamos el estudio de la entrevista.

5. Fingida

Existe otra modalidad de entrevista periodística que ha tenido una tradicional aceptación en la prensa escrita y, pese al tiempo transcurrido, continúan apareciendo muestras inteligentes y vigorosas que ponen de manifiesto su asentamiento y su adaptación a los tiempos presentes.

Nos referimos a la entrevista fingida: aquella que podría ser real, pero no lo es; la que toma las formas de esta clase de textos y está dotada de una verosimilitud que la hace creíble, pero en verdad no ha tenido lugar y en algunos casos es imposible que tal suceda. El personaje elegido, la indicación con que se encabeza o el espacio donde aparece, declaran paladinamente que nos encontramos ante una apariencia de entrevista. Se trata, pues, de un escrito que pertenece al estilo ameno y que pretende ilustrar o divertir, pero no informar en sentido estricto.

Si la entrevista periodística declara de alguna manera la dependencia y derivación cronológica de los diálogos literarios,[4] es la entrevista fingida la que, abiertamente, toma elementos de aquellas conversaciones demoradas, adaptándolos a la presentación que la prensa realiza de los interrogatorios y contrastes de opinión. Con lo cual viene a ser una síntesis lograda de unas y de

4. Éstos cuentan con una formidable y antigua presencia en las letras españolas. Los hemos puesto en relación en un trabajo reciente (Cantavella, 1995).

otros. La entrevista fingida tiene una larga tradición entre nosotros. Y, por fortuna, continúa viva.

Cuenta asimismo con un sólido prestigio literario, refrendado por la utilización que se hace de ellas en una novela como *Gog* (1930), de Papini. A lo largo de sus páginas desfilan una serie de personalidades como Gandhi, Einstein, Freud, Lenin, Edison (también los españoles Ramón Gómez de la Serna y un desconocido duque Almagro Hermosilla de Salvatierra), que dialogan con el protagonista y narrador. Tales conversaciones se producen en un contexto novelístico, no de periódico, pero el resultado son unos textos que pueden ser equiparables a las entrevistas fingidas que conocemos.

El periodista palmesano Juan Bonet afirmaba haberse inspirado en *Gog* para componer los diálogos que luego reunió en su libro *Entrevistario*: en este caso ya no existe una ilación narrativa, sino que son puros textos periodísticos, nacidos para la revista de humor *Don José* y continuados, al cierre de ésta, en el diario *Baleares*.

No hemos conocido los tiempos en que estos diálogos irreales cubrían páginas enteras de los periódicos, porque el número de noticias era muy reducido, el valor que se otorgaba a la información era menor o porque prevalecía la función formativa de los impresos. Era entonces cuando las columnas podían ser ocupadas con una aparente entrevista realizada al cuadro del prócer que fundó el hospital, la estatua del general que defendió la ciudad de mil asechanzas, el fantasma de un popular borrachín o el diablo cojuelo que levanta tejas y conoce interioridades.

Nos han llegado los ecos de semejante profusión de ejercicios, literarios más que periodísticos. Los podemos percibir en unas palabras de Herraiz (p. 96), quien afirma que «han quedado anacrónicas..., en el terreno imaginativo, aquellas repetidas entrevistas a las estatuas».[5]

5. La revista *Blanco y Negro* publicó una serie de entrevistas fingidas en 1892 que llevaban como antetítulo «Lo que dicen las estatuas». En otros medios aparecían secciones semejantes.

El fastidio y la monotonía, por una parte, y las alas que iba tomando la información, por otra, propiciaron que acabara tal recurrencia.

Sin embargo, en el contexto del periodismo del siglo pasado o de principios de éste, tenía cierta gracia la inventiva, agudeza, originalidad y doble intención de algunos de tales coloquios. No hay más que ver los que escribía Ginés de Pasamonte en la revista *Blanco y Negro*, allá por 1898. Los supuestos interrogados eran personajes como Juan Palomo, la estatua de la Libertad o el cerdo de San Antón.

Naturalmente, el siglo transcurrido hace que hayan perdido garra muchas de las preguntas y respuestas, pero todavía se percibe el tono desenfadado con que están escritas y el regocijo con que debían ser leídas por cuantos conocían las alusiones e indirectas que se deslizan en los escritos. Parece cosa de hoy, pero de allí sacamos esta definición de periodista: «Un ser al cual buscan los políticos cuando están en la oposición.» Es una frase que se publicaba hace casi un siglo.

Este tipo de entrevistas se presta también a los desahogos. Ahí está como una muestra modélica la que el insigne compañero Manuel del Arco escribió después de «conversar» con su hija el mismo día del nacimiento de ésta («por excepción, es la única que he inventado»). La titula «El personaje en casa» y es una maravilla de humanidad y ternura, pues le permite desnudar sus sentimientos a propósito de tal acontecimiento familiar (1960, pp. 413-414).

También en la radio hay huellas de su cultivo. En el programa *Cabalgata Fin de Semana* (primero en Radio Madrid y luego en La Voz de Madrid), se emitían unos graciosos diálogos a principios de los años cincuenta. Llevaban por título «Auténticas entrevistas falsas» —con lo que se descubre que la serie de Víctor Márquez Reviriego en *Tribuna de Actualidad* ha tomado prestado el título, sin él mismo saberlo— y tenían más de miniespacio de humor que de entrevista propiamente dicha. To-

maban algún tema de la actualidad deportiva y lo convertían en charla fingida con alguno de los protagonistas. Parece ser que gozaban de un gran éxito, lo que llevó a que se publicara un volumen con una selección de los mismos (Oberón), aunque leído a estas alturas no se aprecia el interés o la gracia de que podían estar dotados. Pero la tenía, sin duda —probablemente gran parte del mérito se focalizaba en la acción de los humoristas que la escenificaban ante el micrófono—, porque de otra manera no habrían pensado en imprimir los guiones.

La entrevista fingida ha evolucionado con el paso del tiempo. En nuestros días ha continuado su vinculación con el humor, pero quizá ha derivado en proporción considerable hacia la verosimilitud. Se busca hacer creíbles las palabras que se ponen en boca del interrogado, aunque remarcando los aspectos risibles de su pensamiento o de sus conocidas actitudes. En cierto modo es como una caricatura no gráfica, sino en letra impresa.

En la actualidad, el caso más notable es el que configuraba la sección «Auténticas entrevistas falsas» que ha ido saliendo en la revista *Tribuna de Actualidad* desde el año 1989. El autor es Víctor Márquez Reviriego y las inició a causa de su cansancio, después de muchos años de escribir entrevistas reales en el semanario *Triunfo* y en otros diferentes medios. Pensó que el conocimiento que tenía de los personajes populares de nuestro país —protagonistas de la actualidad política, económica, cultural o del espectáculo— le permitían imaginar con fundamento lo que dirían en una entrevista real. Naturalmente, no trataba de acertar en sus declaraciones, sino de caricaturizarlos a través de las respuestas esperables.

Así se inició esta sección que guarda una estrecha relación con los temas y los nombres de la actualidad. Procuraba ocuparse de individuos diferentes en cada ocasión, pero algunos se repitían por su papel preponderante en la sociedad española (por ejemplo, Felipe González o Alfonso Guerra han salido varias veces). A

unos les conocía tanto que podía escribir el texto directamente; respecto a otros, necesitaba documentarse sobre su trayectoria o tipo de respuestas más comunes en las entrevistas reales: «Más o menos como ocurre cuando me preparo para hablar con ellos.»

En todos los casos los presenta con los datos de la rigurosa realidad y les atribuye unas respuestas que cualquier lector, medianamente conocedor de su personalidad, daría por buenas: «Por ejemplo, me ocupé de Benito Floro, cuando le acababan de fichar como entrenador del Real Madrid, y sus contestaciones eran sosas, como siempre suelen serlas; o de Antonio Gala, cuando ganó el premio Planeta, y respondía de una forma brillante, porque eso también es habitual en él; o de Miguel Roca Junyent y en ese caso eran ambiguas, porque así responde siempre.»

Ninguno de los personajes elegidos ha protestado por las respuestas que les atribuye, puesto que bien ostensiblemente se declara la condición de falsas. «Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones —nos cuenta Víctor Márquez— se han tenido que sentir muy identificados con lo que les hago decir. A Gala, por ejemplo, le pregunté: "¿La Academia de la Lengua le quita el sueño?" para que respondiera: "Más bien me lo da."» Una respuesta brillante, que podría emplearla si se lo preguntan, porque está muy en su línea.

Son ironías que podrán gustar más o menos a los supuestamente entrevistados, pero no tienen más remedio que tragárselas sin rechistar: «Yo no puedo decir de un presidente del Tribunal Constitucional que es un conocido ladrón u homicida, porque son calificaciones que, al ser inciertas, no se le pueden aplicar ni en broma, pero sí ponía en su boca unas declaraciones contra la prensa, porque no sólo respondían a su pensamiento, sino que eran incluso expresión literal, ya que las había tomado de entrevistas que se le han hecho.»

De la misma manera que el caricaturista acentúa los rasgos más expresivos y peculiares de una cara, la en-

trevista fingida caricaturiza el personaje no con los trazos con los que dibuja un rostro, sino a través de las palabras que sería esperable que dijera en una entrevista periodística. Para ello es evidente que necesita destacar la carga de brillantez, agresividad, sosería o ambigüedad del personaje: pero el lector, cuando lo lee, tiene que reconocerlo a través de estas palabras colocadas en su boca. Ésta es la forma como realiza su trabajo nuestro interlocutor, Víctor Márquez Reviriego.

Así pues, y como resumen de lo que acabamos de exponer, la entrevista fingida se presenta en una doble dirección, siempre dentro del estilo ameno, que ya se encuentra bien definido en lo que respecta a los contenidos periodísticos. Por una parte, como texto que divierte y hace pasar un rato agradable a los lectores; por otro, con la finalidad de formar, educar, ofrecer conocimientos útiles o placenteros. En cualquier caso no se trata de información de actualidad, sino entretenimiento, que si está bien conseguida siempre es de agradecer.

6. Encuesta

El estudio sobre las formas menos usuales de la entrevista lo cerraremos con la atención que merece la encuesta. Encuesta periodística, claro está, puesto que el sustantivo, por sí mismo, hace referencia más directa a un método de investigación que se utiliza en las ciencias sociales. No sabemos si fue antes o después cuando se implantó en los periódicos (más bien creemos que antes), pero en nuestros días es un procedimiento de uso regular, que se halla bien arraigado en ambos campos.[6]

6. La definición de «encuesta» en el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua* (20.ª ed., 1984) es lo suficientemente genérica como para que pueda aplicarse a las dos actividades, aunque más a la sociológica que a la periodística. La mayoria de los diccionarios o enciclopedias (por ejemplo, la *Gran Enciclopedia Rialp*, 1989, 6.ª ed.) sólo atienden al primer aspecto.

La encuesta periodística no parece derivar de la sociológica, sino de la entrevista: las preguntas ya no se concentran en una sola persona, sino en varias, procurando que ostenten algún tipo de representación, aunque sea del ciudadano medio. En cierto modo se halla a mitad de camino entre la entrevista y el reportaje. A la primera le une el interrogatorio directo, aunque repetido en varios individuos, que se publica en forma de pregunta y respuesta; al segundo, el método de obtener opiniones, puesto que la formulación de preguntas a personas representativas constituye un material básico, aunque no único, para la redacción de tales textos. Sin embargo, la más extendida opinión se inclina a adscribirla a la entrevista, por semejanza formal y de planteamiento.

Viene de lejos esta consideración, pues ya Rafael Mainar (p. 104) habla de la *enquête*,[7] «una como derivación de la interviú» y «algo parecido a la interviú, con las diferencias de ser más concreta que ésta y variar mucho la presentación de las opiniones, que han de ser muy concisas y que se piden, generalmente, escritas». Señala dos defectos en que pueden incurrir: por una parte, que es «propensa a la monotonía», cuando al público lo que le gusta es la variedad; por otra, que el exceso en ofrecer opiniones ajenas puede hacer pensar que el periódico no las tiene propias o no se atreve a manifestarlas.

Es curioso constatar cómo Mainar sugiere el aprovechamiento de la *enquête*, «hábilmente presentada» y «orientada con cuidado», para apoyar y robustecer «cualquier campaña sensacional que el periódico haya emprendido» (p. 105). En la práctica común de la prensa española esta actitud es bien conocida y, si bien puede parecer que nos

7. Por aquellos años era denominada con el término francés, del que tardaríamos en desprendernos. Todavía en 1928, cuando Julio Camba publica su libro de artículos *Sobre casi todo*, habla de las *enquêtes* y apostilla: «La pluma se me niega a escribir la palabra *encuesta*» (p. 186).

hallamos ante una manipulación detestable, cuando se trata de que un periódico alce la bandera de la mejora, que es beneficiosa para la comunidad, habría que aceptarlo como un servicio más de los que prestan los medios de comunicación. Claro que otras veces se le ha dado un fin bien distinto: por ejemplo, la serie de entrevistas a senadores y representantes en Washington (la encuesta, por tanto) que llevaron a cabo los periódicos de Hearst para inclinar a los Estados Unidos a la guerra contra España para la independencia de Cuba (Bermeosolo, p. 42). Gargurevich manifiesta que no es partidario de esta técnica, ya que «es la mayormente susceptible de manipulación; todo depende del tipo de pregunta y la forma cómo se haga» (p. 93). Herraiz se muestra renuente, «porque este género de reporterismo, también usado con prodigalidad, puede oscilar entre la estúpida frivolidad y la máxima importancia» (p. 97). Después hablará de «la endeblez de la mayor parte de las encuestas que se publican».

En un principio aleteaba una desconfianza sobre su método y efectividad, que todavía no ha desaparecido del todo. Lo vemos en el artículo que le dedica Camba (pp. 186-187), donde emplea buenas dosis de humor e ironía. Ya que los periódicos hacen tantas *enquêtes*, sobre todo al llegar el verano, ¿por qué no llevar a cabo una sobre las propias *enquêtes*? Ésta «no demostraría mucho más de lo que demuestran las otras; pero lo demostraría de un modo palmario y de una vez para siempre. Demostraría, queridos colegas, que las *enquêtes* no demuestran nada».

Viene a decir que, sin elegir una muestra representativa, no tienen valor los porcentajes que resultan. Y, por otra parte, tampoco los consultados aportan graves opiniones, sino que se dedican a hablar de sí mismos. Todo lo cual le trae al fresco al periodista, porque lo que le preocupa a éste es «reunir un abundante original literario sin la menor onerosidad administrativa». De esta consideración negativa participa Acosta Montoro (t. I, p. 108), quien afirma que «es el tipo de entrevista más

burocrático, insincero y pedante que existe, lo que no quiere decir que a veces no sea necesario».

Las explicaciones sobre la forma de realizar las encuestas se hallan presentes en muchos manuales de periodismo. Se ocupa de ello Herraiz, para quien la encuesta «consiste en una sola pregunta hecha a varias personas con el propósito de coleccionar las respuestas». Será para algo más que para coleccionar las respuestas y él mismo lo explica cuando destaca «la posibilidad de una tarea importante y de trascendencia como expresión de opiniones selectas en temas vivos y de interés general» (p. 96).

Para Gargurevich, «son entrevistas cortas que se hacen a un grupo de personas, independientemente, para recoger opinión pública sobre un tema determinado». No sabemos por qué, pero este profesor ecuatoriano sólo le otorga validez «cuando se trata de una tema ya conocido por el público y sobre el que se supone existe ya opinión formada» (p. 93). Sería aceptable esta indicación si se refiriera a un tema popular con interrogados de esta extracción social, pero es que la encuesta se puede utilizar para toda clase de temas y con una procedencia amplísima de interlocutores. «Encuesta informal» la llama Hohenberg: aunque haya sido criticada «por su carácter no científico, por ser poco representativo y porque hiere la sensibilidad de los sociólogos que prefieren la estadística». Ya se sabe que no se trata de una técnica científica, pero «es un medio rápido de conseguir reacciones interesantes y a veces hasta reveladoras por parte del público» (p. 351).

Frente a estas indicaciones de escaso peso, Martínez Albertos (1992*a*, pp. 316-317) explica tanto la importancia y utilidad de estos textos como los aspectos menos positivos que comportan y la forma de realización en el periodismo actual.

Las encuestas pueden ser efectuadas de muchas maneras, atendiendo al tipo o procedencia de los consultados: se puede acudir a los expertos o personas repre-

sentativas a la hora de enjuiciar un problema; se puede preferir a personas del pueblo para que, sin mayores conocimientos ni responsabilidades, nos ofrezcan su opinión; o se puede optar por una mezcla de ambas procedencias. La prensa escrita tiene especial predilección por la primera fórmula, como se pone de manifiesto en los diarios españoles que mantienen una *encuesta todos* los días sobre los temas más diversos.

La presencia de la encuesta en los periódicos viene de antiguo. A principios de siglo ya se encontraba con regularidad en los medios. González-Ruano la practicaba también, pues cuando muere Blasco Ibáñez, en 1928, «el joven reportero hace para el *Heraldo* la clásica encuesta a los escritores famosos acerca del escritor muerto» (Gómez-Santos, 1964, p. 223). Por cierto, que aquella encuesta provocó un incidente. Uno de los consultados fue Valle-Inclán, quien vino a decir que el fallecido era un burro. Salieron a relucir libros que aquél le dedicó afectuosamente a don Vicente, llamándole maestro y otras lindezas, que al descubrirse aseguró con desparpajo que eran apócrifas. No lo eran, según demostró el periodista, y Valle-Inclán quedó francamente mal. Días después se encontró con González-Ruano a la puerta de un café y éste le cedió el paso. No consentía el maestro en pasar, por más que se lo rogara: «Ande, angelito... —le dijo por fin el escritor gallego—. *Paze* usted primero, no me vaya a *zacudir* encima un leñazo.»

Los medios audiovisuales —que también utilizan con frecuencia esta modalidad periodística— se inclinan por la recurrencia popular. Estamos muy acostumbrados a presenciar cómo *las cámaras* salen a la calle para recabar opiniones de ciudadanos corrientes a los que se les consulta sobre los problemas más diversos. Las dificultades que esto entraña por el tiempo disponible, falta de costumbre o de preparación de los encuestados y las limitaciones en su forma de expresarse, ha llevado a un cierto desprestigio de la encuesta radiofónica y, sobre todo, televisual.

Por eso se practica menos en nuestros días y hasta se satiriza este tipo de consultas populares. Hace poco, en la cadena Antena 3, el grupo Gomaespuma ofrecía un espacio entre programas que se basaba en caricaturizar la encuesta de televisión. Con un micrófono en la mano el supuesto periodista formulaba preguntas absurdas que sorprendentemente recibían respuestas de lo más serias y este contraste es el que producía la risa.

Hemos presenciado interrogatorios como el siguiente: «¿Qué le parece la iniciativa de nuestro canal de emitir a partir de ahora durante cincuenta horas al día?» La gente que sale en la pantalla —no se emiten las respuestas de las personas que responden con lógica y sensatez, que debe haberlas— conte[illegible] que le parece muy bien, que cuantas más horas, mejor para todos. La apariencia de los individuos presentados hace pensar que muchos de ellos no razonan con normalidad, lo que sin duda constituye una burla indebida a las personas con tales taras.

En alguna ocasión hemos conocido libros que están configurados por una encuesta. Es el caso de las obra de Gironella, *Cien españoles y Dios*, o de Borrás Betriu, *Los que no hicimos la guerra*, dos autores que encaminaron su trabajo en este sentido. Les fue bien con este planteamiento y más tarde unieron sus fuerzas para otra publicación, que tuvo asimismo una buena acogida, *Cien españoles y Franco*. En todos los casos son presentadas a los consultados las mismas preguntas, de seis a ocho, que son respondidas con una cierta extensión por la mayoría de los individuos. En la última de las obras citadas los autores explican que enviaron un cuestionario que constaba de seis preguntas comunes para todos y dos individualizadas, según la biografía del destinatario. En todo momento se refieren a su trabajo calificándolo de encuesta.

El alargamiento del número de preguntas es lo que hace que en algunos casos la encuesta pueda confundirse con la entrevista de cuestionario fijo. Normalmente la

encuesta se compone de una o dos preguntas (tres o cuatro como máximo), si tiene diez, ¿qué diferencia mantendría con ese tipo de entrevistas? ¿Por qué a los libros de Gironella o Borrás, que hemos citado, los calificamos como encuesta, mientras que otros, el de Carol, por ejemplo, lo incluimos entre los compuestos con entrevistas de cuestionario fijo?

La diferencia no estriba en el número de preguntas, aunque la encuesta tiene pocas y tales entrevistas, muchas. La distinción, que cualquier profesional avezado descubre de inmediato, viene determinada por la clase de cuestiones que se proponen. Las encuestas solicitan la opinión sobre cualquier problema o tema de actualidad que interesa a los lectores. La entrevista de cuestionario fijo se dirige, sobre todo, a descubrir la intimidad del individuo y que se defina ante los lectores en su manera de ser o de actuar, en sus gustos y aficiones. No suelen tocar problemas capitales o, si lo hacen, parece que se acercan con una sonrisa en los labios: casi siempre las podríamos incluir en un estilo ameno. En la encuesta no se atiende tanto a las actitudes vitales como a las opiniones. Estas diferencias se comprueban meridianamente, pero se diluyen un tanto cuando aparecen en los libros, al efectuar un uso distinto de sus virtualidades.

La encuesta es otra modalidad de texto periodístico que se ha trasladado a los libros, adoptando una serie de formas que, como en el caso de las recopilaciones y conversaciones reunidas en volúmenes, son la derivación natural de las cultivadas en el campo periodístico.

Este cultivo en los medios y su extensión a otros campos es lo que nos hace pensar que la encuesta periodística goza de una gran presencia y fecundo aprovechamiento en nuestros días (aunque solamente sea como distracción y participación de los lectores). Las cualidades de que está dotada llevarán a que esta utilización continúe durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 4

PROCESO DE REALIZACIÓN

Hasta ahora hemos entrelazado los aspectos teóricos de la entrevista con los más prácticos, pero ahora debemos centrarnos en estos últimos, ya que pueden resultar de interés por la condición de manual que tiene el libro. La entrevista presenta una serie de *variantes* y de derivaciones, propias del auge que ha tomado en los últimos tiempos; expresión también del sello personal que le imprimen los profesionales que la cultivan con asiduidad, afición y talento.

La realización de la entrevista tiene tres momentos claramente delimitados: la preparación, la ejecución y la escritura, y cada uno de ellos exige una serie de condiciones para que el resultado final sea lo más brillante posible. De los tres debemos ocuparnos, atendiendo tanto a las consideraciones que hemos podido encontrar en los libros como a nuestra propia experiencia de miles de entrevistas realizadas en más de veinticinco años de ejercicio profesional.

Entre los autores que citaremos en las páginas siguientes, bueno será tener en cuenta a todos aquellos que ofrecen una relación de consejos útiles para los que están aprendiendo los rudimentos de esta técnica, por ejemplo Mandel (pp. 337-341), que aporta un decálogo, cuyo déci-

mo mandamiento hace referencia a que nunca debe olvidarse el sentido del humor: sin duda es conveniente y útil que lo practiquen los entrevistadores.

Lo que no deseamos es entrar en la casuística que implicaría el limitarnos a examinar casos concretos. La entrevista periodística muestra ahora el suficiente arraigo y extensión para que nos encontremos con técnicas, modalidades y disposiciones que no acabaríamos de observar y anotar si las atendiéramos con precisión de entomólogos. Es mejor elevarnos a las cuestiones generales, intentando establecer líneas de actuación provechosas para quienes estudian lo esencial de esta actividad.

No podemos manifestarnos tan radicales como para afirmar que no existen reglas fijas para la entrevista. Manuel del Arco (1960, p. 403) asegura que, después de muchos años de ejercicio de la entrevista, no ha encontrado la fórmula, de lo que deduce que ésta no existe: «Cada persona, cada tema, cada actualidad y cada momento son distintos.»

Gargurevich señala cómo los periodistas explican la técnica empleada: «La mayoría privilegia su método sobre los de los demás, denotando así que la entrevista es un género muy personal, tanto como podría ser la columna o el artículo.» Sin embargo, añade en seguida que «hay reglas comunes a todos los estilos, pasos que el periodista debe seguir obligatoriamente para obtener un resultado final en forma de entrevista» (p. 79). Martínez Albertos (1992*a*, p. 312) afirma que «de la misma manera que no existen normas de validez universal para entablar una conversación, tampoco pueden existir normas generales para hacer y escribir una entrevista». Sin embargo, ofrece unas consideraciones que pide se entiendan como consejos orientadores. Lo mismo hace José Francisco Sánchez (p. 17), después de señalar que «resulta bastante inútil intentar definir una serie de técnicas aptas para cualquiera de las casi infinitas posibles formas de entrevista».

Ya sabemos que cada entrevistado hay que encararlo de una manera distinta, porque diferentes son los problemas o situaciones que se plantean, pero existen unas condiciones mínimas y comunes a todas ellas: que el entrevistador conozca bien el tema sobre el que debe preguntar; que esté informado sobre la persona con la que dialogará y que considere la conversación como medio para obtener información u opiniones, pero no para el lucimiento personal.

En cualquier caso es verdad que se trata de «un arte que nunca se aprende del todo» (Graña, p. 302), puesto que la disparidad de situaciones, individuos y problemas que se presentan, tan diferentes entre sí, lleva a que debamos mantenernos alerta para salir airosos y aprender con esta acumulación de experiencias. Dado que «los más veteranos se encuentran siempre con circunstancias nunca vistas», pues «cada individuo exige un procedimiento nuevo», es necesario contar con una buena predisposición y desarrollar una serie de habilidades.

1. **Preparación**

Una cuestión en la que insisten todos los manuales, con absoluta unanimidad, es la necesidad de preparar previamente el encuentro que el periodista aspira a mantener. Cuando se ha recibido la indicación de entrevistar a un personaje hay que proceder a la tarea de documentarse a fondo hasta hallarse en condiciones de afrontar la prueba. De esa manera no haremos el ridículo cuando estemos en su presencia ni nos limitaremos a formular preguntas tópicas que no pueden conducir sino a un resultado también adocenado.

Todas las reglas tienen sus excepciones y en este caso el discrepante se llama Torrente Ballester. Asegura —será por intuición, ya que no puede ser por experiencia— que «ir preparado, saber algo de él (o mucho) no ayuda gran cosa,

como creen los principiantes. Una persona viva no es igual a su reputación, a su fama, a su obra. El instinto del entrevistador coincide en algo con el de los médicos antiguos, aquellos magos del *coup de vie*» (p. 10). A nuestro juicio, el ir preparado a un encuentro de esta naturaleza no desmerece, sino ayuda, al ojo clínico. Cuestión distinta es acudir sin prejuicios, sin opiniones previas que condicionen nuestra charla y el texto resultante.

Como es natural, no se exige la misma preparación cuando se trata de unas simples declaraciones (aunque, al menos, tendremos que conocer el tema sobre el que vamos a interrogar) que si nos han solicitado que mantengamos un diálogo más profundo y personal. Pero si aun del primer caso se trata, tendremos que dominar el asunto sobre el que vamos a recabar una opinión. Ya no digamos del segundo, para el que es fundamental recurrir no sólo al archivo del periódico, libros y recortes, sino a los amigos o al testimonio de los compañeros de la redacción que hayan tenido ocasión de dialogar con el personaje.

Desde la experiencia personal expone sus planteamientos Nativel Preciado (p. 7):

> Elegí los que despertaban mi curiosidad y durante un tiempo me dedicaba a observarlos, leía cuanto se había escrito sobre ellos, hablaba con la gente de su entorno y cuando completaba una especie de historia clínica me iba a verlos. Muchos lograron ocultarme sus defectos o hacerme creer en virtudes que no poseían, pero la mayoría de las veces mi curiosidad quedaba satisfecha.

No habíamos visto que nadie aconsejara el estudio de la fotografía del sujeto, pero lo hace Benítez (p. 139). Alega que es «la forma más directa de identificarlo» y que el «estudio de su fisonomía puede revelarnos algunos aspectos de su personalidad».

Todo, menos preguntar elementalidades al propio entrevistado, porque se llega a la cita para conocer las opi-

niones del interlocutor, pero nunca a que nos documente él mismo sobre su persona y obra: ésa es una tarea que ya debemos tener realizada para entonces. Por desgracia, algunos principiantes acuden a estos encuentros con una ignorancia escandalosa.

Agustín Pombo destaca la necesidad de familiarizarse lo más posible con el entrevistado, y a este aspecto atribuye el éxito del encuentro: «Aparte de la habilidad dialéctica del periodista, el tener un profundo conocimiento de cuantas cosas afectan al entrevistado, el estar en posesión de los más pequeños detalles de su vida, sitúa al periodista en un plano de ventaja indiscutible» (p. 1.387). Al menos nos hallaremos en un plano de igualdad para conversar, porque es evidente que la ignorancia da inseguridad o clara desventaja. Además, existe otra razón de peso: cuanto más completa sea la preparación que poseamos, menos susceptibles seremos de que nos manipulen. A un ignorante se le puede torear, pero no a una persona que ha tratado de informarse y, por tanto, no admite que le den gato por liebre.

Quesada resalta la necesidad de «documentarse», para que el entrevistado no repita, por enésima vez, «la historia de su vida ya estereotipada en anteriores entrevistas, sin encontrar en el periodista un interlocutor válido». Otra finalidad es «la de dar homogeneidad temática a la entrevista» y evitar «las posibles disfunciones de la conversación» (cambios bruscos de tema, silencios excesivos o demasiada verbosidad). En definitiva, «el periodista documentado está en mejor predisposición para dirigir la entrevista hacia los temas que le interesan y eludir los tópicos ya publicados sobre el entrevistado» (1984, p. 79).

Hay una referencia muy pertinente en la novela *Memorias borbónicas* de Francisco Umbral, periodista antes que fraile. La escena se desarrolla en la casa de una duquesa, que ofrece la cena con que se despide de amigos y compromisos antes de salir de veraneo. Un periodista ha sido invitado:

> —¿Es verdad que su antepasada posó desnuda para Madrazo?
>
> —Váyase usted a la mierda, estudie un poco de periodismo y de Historia de España, y luego vuelve.
>
> Su amigo Eugenio d'Ors, ya difunto, hizo lo mismo cuando un reportero inició la entrevista preguntándole qué libros había escrito. D'Ors le pasó a su biblioteca, le mostró su obra numerosa y le dijo:
>
> —Cuando haya usted leído uno solo de estos libros, joven, vuelve y me entrevista.
>
> Eso hace la duquesa desde que su amigo y maestro D'Ors le enseñara la fórmula. Los periodistas es que no paran, andan siempre por en medio y dan mucho el coñazo... (p. 33).

A García Lorca le ocurrió algo semejante, según contó él mismo en una entrevista que le hizo José S. Serna en 1933, donde le explicaba su cariño hacia Falla:

> No ha muchos días recibí a una señorita puertorriqueña que quería llevarse bajo el brazo una flamante interviú. Había apretado ya un par de cuartillas de una letra ágil, pequeñita, cuando se me ocurrió nombrar a Manuel de Falla. Hizo un gesto de extrañeza. Aunque no creí —¿cómo pensarlo, amigo mío?— que oyese aquel nombre por vez primera, la miré estupefacto. Un segundo. Porque, rápidamente, inquirió: «¿Falla?» Sin responder cogí las cuartillas y, lentamente, las hice pedazos. Yo no podía, no quería decirle ya nada. Sin una sola palabra me fui al piano, que, abierto, parecía reír. Y luego, ya en la puerta, sus ojos llenos de lágrimas me pidieron perdón. ¡Ella sabía ya quién era Falla! Yo no sé si la he perdonado.

Dura nos parece la actitud de Lorca, porque si cada vez que hemos alegado ignorancia nos hubieran despachado de esta manera, nos habríamos vuelto de vacío en más de una ocasión. Pero ello nos debe impulsar a no descuidar la formación permanente y el estudio ante una cita concreta. Marqués se muestra escéptico sobre la preparación de los periodistas: «En las entrevistas para prensa sueles ir vendi-

do. Nueve de cada diez veces el periodista confunde sus notas y mezcla tus declaraciones con la lista del supermercado y la crónica del nacimiento de una cabra con ocho patas en Cuévanos del Inquisidor, de modo que apareces en letra impresa diciendo insólitas barbaridades.» Álvaro Pombo asegura que «la mayor parte de las veces el entrevistador no ha leído o sólo ha hojeado, pongo por caso, mis novelas». Pero éste es uno de los escasísimos personajes que es crítico con sus propias declaraciones: «Si me culpo a mí mismo de la inanidad de las entrevistas, descubro, por ejemplo, que mi preocupación dominante no es casi nunca decir la verdad sino causar una sensación [...]. ¿Será posible vencer también la tentación de querer siempre decir algo brillante y gracioso, en vez de verdadero?»

1.1. Guión previo

Muchos de nosotros cuando preparamos un encuentro de esta naturaleza redactamos un guión con las preguntas que *a priori* pueden constituir el armazón de un diálogo que, en todo caso, somos nosotros los que debemos dirigirlo. Tampoco es que esas preguntas nos vayan a condicionar la charla, pero podremos apreciar su utilidad en el momento en que ésta decaiga o no sepamos por dónde llevar la conversación, al agotarse los temas que se tratan.

Sherwood (p. 52) aporta su método personal de llevar escritas a máquina todas las preguntas que se propone formular, incluso en el mismo orden. A su juicio, tiene la ventaja de no olvidar ninguna y mantener el curso correcto de la conversación (aunque después el entrevistado pase a contestar la veintisiete cuando le hemos planteado la séptima, siempre es más fácil volver al curso inicial). José Francisco Sánchez afirma que no se puede prescindir de un cuestionario mínimo, aunque sea mental, sobre todo en el caso de los principiantes:

> El cuestionario escrito da seguridad, por dos razones fundamentales: porque quita el miedo a quedar en blanco y no saber cómo continuar la entrevista y porque evita que a uno se le olviden asuntos relevantes. Pero también puede presentar el riesgo de que el periodista esté más pendiente de su cuestionario y de tomar bien las respuestas que de lo que de hecho le están contando (p. 30).

Ningún daño puede proporcionar el llevar anotaciones. Ya veremos luego si las usamos. En todo caso, un cuestionario no es para seguirlo a pies juntillas, sino para tener un apoyo en el instante preciso. ¿Quién, en un momento dado, no se ha quedado en blanco, sin saber retomar el hilo después de una respuesta desconcertante?

Es indispensable documentarse sobre la persona con quien vamos a conversar. Para ello hay que buscar información en el archivo, debemos hablar con quienes le conocen a fondo. Algunas otras personas nos podrían aportar datos de interés para nuestro trabajo. Sherwood alude a un periodista que trabajó para *Playboy*, Alex Haley, quien en la fase de preparación de una importante entrevista «no dudaba en invitar a un aperitivo o a cenar, en regalar flores o perfumes a la secretaria del futuro entrevistado, en especial si se trataba de una mujer mayor que hubiera estado ocupando tal cargo durante un largo número de años. No esperaba que aquellas secretarias le contaran secretos de Estado. Pero afirmaba que conocen los más recónditos recovecos de sus jefes y pueden a menudo indicar la mejor forma de aproximarse a ellos, señalar aquello que, en otras palabras, les hace asequibles» (p. 49).

Rodríguez Betancourt también sugiere que se hable con algún enemigo, con el fin de «conocerlo con mayor plenitud» (p. 141). Lo que debe entenderse es que no debemos presentarnos sin una información completa, porque de otra manera podemos ser víctimas de un engaño.

1.2. CONSEGUIR LA CITA

Pero no basta con que queramos entrevistar a un individuo, porque queda una tarea que, si bien en la mayoría de los casos no presenta dificultades, en otros se convierte en imposible. Tiene que recibir nuestra llamada y aceptar la cita. «La mejor forma para conseguir una entrevista es solicitarla. A pesar de lo obvio que es, resulta sorprendente con cuánta frecuencia gente interesante que desearía ser entrevistada no es requerida», traducimos de Downs (p. 279).

Cuenta el caso de un condenado a muerte que fue entrevistado por una cadena de televisión, mientras se hallaba sentado en su litera, con los pies en alto y fumando cigarrillos sin parar. «Los reporteros que cubrían el caso declararon más tarde que nunca pensaron que podrían entrar en la cárcel o que el individuo accedería a hablar; así que nunca se molestaron en solicitar una entrevista. El reportero de televisión que consiguió la entrevista relató que él nunca supo si podría hacerse, pero decidió que lo preguntaría.»

Hay personas completamente reacias a mantener contactos con periodistas, incluso famosos cuyo trabajo e ingresos dependen de la popularidad que les aclame (aceptaron a los periodistas cuando no les conocía nadie, pero una vez que el éxito les alcanza ya les estorban todos los efectos negativos de éste: ahí es donde incluyen a los entrevistadores). Contra algunos se estrellarán todas nuestras tácticas de acercamiento; con otros lo conseguiremos a base de insistencia, sagacidad o por la seriedad de nuestra relación anterior. «Es tarea de muchísimos pasos y de interminables esperas», según Del Arco (1960, p. 404). En un libro de entrevistas de María Mérida, Ricardo de la Cierva escribía en el prólogo que se trata de «una mujer irresistible; no conozco a un solo presunto entrevistado que se haya atrevido a rehusar una entrevista». Debe disponer de especiales dotes de convicción, porque la mayoría de nosotros hemos reci-

bido varias negativas irreductibles en el ejercicio de nuestra profesión.

A veces hay que hilar tan fino como lo que sugieren estas palabras: «A un Cela hambriento nadie debe acercarse y menos con una lista de preguntas en la mano. ¡Cuántas entrevistas han sido un desastre y cómo algún periodista ha tenido que correr escaleras abajo sin obtener más que gruñidos de respuesta!» (García Marquina, p. 94). «En caso de duda, lo mejor es ir con algo por delante como: "Don Camilo, vengo a traerle este queso", "Pruebe usted estas croquetas de mi señora", "¿Qué opina de esta cecina de León?"» (p. 192).

Hay quien, ante las dificultades que se le presentan opta por el engaño (hacerse pasar por otra persona, por ejemplo), lo que le asegura toda la información disponible, al menos la que se pueda facilitar por teléfono Downs (p. 279) cuenta el caso de un periodista de Chicago, Harry Romanoff, quien llevó esta técnica al extremo y creó escuela, hasta el punto de que era imitado por los jóvenes reporteros. El fracaso más sonado lo tuvo cuando fue herido un policía y, para conocer su estado llamó al hospital y se hizo pasar por el comisario. El caso es que, quien tomó el teléfono, fue el auténtico jefe de policía que le conocía y le espetó que estaba esperando su llamada.

Son situaciones y actitudes excepcionales. Afortunadamente la mayoría de las personas a las que hemos tenido que recurrir en todo este tiempo han sido amables para permitirnos que les interroguemos, algunos de ellos con una cordialidad que hace que les recordemos con tal respeto y cariño, que ha llegado a convertirse en amistad. Incluso a los que hemos debido proponer una entrevista de urgencia. Porque no siempre hay tiempo y lugar para llevar a cabo la preparación que hemos señalado y que consideramos imprescindible. El periodista sabe que en algún momento se encuentra de sopetón y

propicio al personaje que todos andan buscando y cuyo diálogo con él es todo un triunfo. O se presenta la oportunidad de formular unas preguntas a bocajarro a la figura esquiva que no es posible conseguir que se ponga al teléfono. ¿Cómo vamos a olvidar nuestro oficio, por más que no sea un tema de nuestra sección ni haya sido encargado a nuestra responsabilidad?

Naturalmente no cabe en esos casos un estudio de la persona o la cuestión que se halla planteada; a veces ni siquiera resulta factible aislarnos para reflexionar durante unos minutos sobre cómo vamos a dirigir la conversación. La profesionalidad nos tiene que hacer salir del apuro, si no con brillantez, al menos con dignidad. La preparación inmediata no es posible, pero siempre debemos ir bien arropados con esa formación remota que nos proporciona la lectura atenta de diarios y revistas y por el seguimiento de la actualidad que nos brindan la televisión y la radio. Después, es cuestión de oficio, de iniciar cordialmente el diálogo y escuchar, porque sus respuestas nos darán la clave para las preguntas siguientes. Una respuesta conduce a otra pregunta y así sucesivamente hasta que hallemos saciada nuestra curiosidad.

Hay presuntos «videntes» que son capaces de revelar intimidades de quienes les consultan, no porque tengan carisma adivinatorio, sino porque conjugan con sutileza los datos que inadvertidamente les facilitan. Esta misma habilidad debe ejercitarla el periodista y descubrir lo que teme el interlocutor por lo que calla, lo que le halaga por la placidez de su rostro y lo que odia por la virulencia con que pronuncia ciertas palabras. ¡Cuestión de psicología!

En cualquier caso es importante la actitud mental con que decidimos enfrentarnos a nuestro trabajo. La humildad, por ejemplo, es una virtud que no está reñida con la osadía, a la que pronto nos referiremos, ni con la firmeza de que en ocasiones debemos hacer uso. Sainz Guerrero resume su experiencia con estos consejos:

> Hay varias maneras de sentarse, cuartilla en mano, antes, y magnetófono ahora, ante el personaje al que se desea interrogar. La del que desprecia al entrevistado, la del que cree saberlo todo, la del que se hace la entrevista a sí mismo, la del discrepante sistemático; todas son formas de soberbia, probablemente uno de los más graves pecados periodísticos.

Cita a continuación algunas cualidades que producen frutos excelentes: tenacidad, calculada candidez, entusiasmo, paciencia, minuciosidad con que se documenta para preguntar y la oportuna sagacidad con que lo hace.

Para Sherwood todo va bien cuando se toman las debidas precauciones: «Si se ha preocupado por elegir con cuidado a la persona a la que entrevistar, si se ha familiarizado razonablemente con el tema sobre el que va a tratar y si ha preparado sus preguntas con precisión, deberá normalmente conseguir una buena entrevista sin que importe con quien hable» (p. 28). Es una esperanzadora conclusión, que responde a la generalidad de los casos y que resalta la necesidad de efectuar la preparación con rigor y profesionalidad. Y es consecuencia también de la postura de la que parte este autor y que se resume en estas palabras: «Nada es más importante para el éxito de la mayoría de entrevistas que su preparación previa» (p. 47).

2. Ejecución

El punto más difícil de una entrevista no es la preparación ni escribir el resultado de la plática, sino los minutos o las horas que transcurren frente al personaje para intentar llegar al fondo de las cuestiones que se plantean y, sobre todo, al fondo de él mismo. De «noble duelo» califica Herraiz (p. 94) el enfrentamiento entre el entrevistador y el entrevistado, que no es cruento ni

ofensivo, sino que forma parte de una especie de juego, conocido y aceptado por ambas partes.[1]

Por eso debe esforzarse el periodista en desarrollar su cometido de la manera más sagaz y provechosa posible, porque a no ser que nos hallemos ante un santo, que es capaz de pasar sobre preguntas tópicas, ignorantes o malintencionadas, y esforzarse en responder lo mejor que sepa, lo normal es que el diálogo se establezca en un plano de igualdad. A lo vulgar se replica con insulseces y a lo inteligente con lucidez. Por ello es indispensable nuestro esfuerzo por elevar el tono de la conversación, por si es posible convertirlo en brillante para disfrute de los lectores.

En líneas generales el diálogo se inicia con la pregunta del periodista y prosigue siguiendo el interrogatorio que éste lleva a cabo. «Una pregunta debe conducir a otra, y la entrevista debe desarrollarse en una conversación informal», indican Johnson y Harriss (p. 199). «Como algo natural, lógico en su progresión y adecuado a un ritmo atractivo», apunta García Núñez (p. 54). Lo fundamental es «crear en el entrevistado, desde el primer momento, un clima de cordial comunicatividad», señala Castelli (p. 44), que añade:

> La conversación debe fluir en una situación de mutua simpatía, o al menos de cordial respeto; por ello no debe olvidarse el reportero de aludir inicialmente a algún aspecto circunstancial o personal, que permita abrir el diálogo en un tono más íntimo, anecdótico, e incluso risueño. No debe tampoco preocuparse si en los primeros minutos se encauza en torno a temas intrascendentes o laterales.

Es importante que desde el primer momento causemos una buena impresión; que logremos establecer una

1. «Una diestra esgrima de preguntas», a juicio de Juan José Pradera, director del diario *Ya* por entonces (cf. Córdoba, p. 13). Pedro Rodríguez duda antes de realizar la entrevista hasta «saber cómo va uno a plantear lo que puede ser un combate de esgrima, o una lucha, o un largo monólogo...».

corriente de simpatía, porque ello nos facilitará enormemente nuestra tarea. Según Warren, «para establecer una atmósfera cordial y hacer que su entrevistado se sienta cómodo, conviene mencionar, al principio, algo en lo que él tenga un interés personal (...). Luego, guíelo hacia el tema que le interesa a usted. No deje que las anécdotas y cumplidos se prolonguen demasiado y le alejen de su objetivo» (p. 217).

Para lograr la buena impresión inicial, Graña desciende a detalles inusuales, quizá por su condición de manual para los primeros alumnos de una Escuela de Periodismo:

> El aseo personal y una desenvoltura cortés predisponen el ánimo del interlocutor. El reportero que se presentase ante una persona inteligente o de categoría desaliñado, sin afeitar, tímido o con modales extraños a la buena educación, poca probabilidad tendría de sacar adelante su interviú. Hay una cierta simpatía espiritual que no proviene precisamente de la belleza física ni tampoco de la indumentaria, sino que es «un efluvio» del alma. El reportero debe preocuparse de hallarla en sí mismo y cultivarla, como se cultivan todas las buenas cualidades innatas (p. 304).

A esa indicación sobre el desaliño o la falta de rasurado, Fernández Asís apostillaba: «¡Cómo cambian los tiempos!»

2.1. Una conversación fluida

A nuestro juicio es mejor la entrevista que aparenta una conversación normal, que no aquella en la que hay un constante salto de unos temas a otros. La fluidez es fundamental, puesto que más vale que se parezca a un diálogo cordial que no a un interrogatorio. Cuando hay que tratar varias cuestiones debemos procurar que venga bien el pase, dirigiendo las preguntas de tal manera que no parezca que vayamos agotándolos y tengamos

que recurrir a una abrupta transición. Consideramos que no está bien llevado un diálogo en el que a cada punto hay que decir algo así como «Dejemos esta cuestión y vayamos a esta otra».

Hemos tenido ocasión de leer algunas entrevistas de Enriqueta Antolín y nos ha parecido que tiene una especial habilidad para encadenar las preguntas de tal manera que da la impresión de una secuencia única que se desarrolla a lo largo de todo el texto, y eso que no se trataba de textos cortos.

Permítasenos que tomemos un fragmento del diálogo que mantiene con María Moreno, esposa del pintor realista Antonio López (*El País*, 17 de octubre de 1992):

> *P.* Pero no me hable sólo de lo que le interesa a su marido. Dígame lo que opina usted.
>
> *R.* Pues a mí me pasa lo mismo. Ahora estoy empezando a pintar un árbol, y hasta que no das con su estructura secreta no puedes pintarlo. Cuando entiendes al árbol el cuadro te sale solo.
>
> *P.* ¿Y con los retratos pasa lo mismo?
>
> *R.* Lo mismo. Yo no puedo hacer el retrato de una persona que no conozco; tiene que ser alguien con quien he convivido.
>
> *P.* Usted, además de árboles, pinta flores. Hace falta valor, sobre todo siendo mujer.
>
> *R.* Claro que se necesita valor para pintar eso y pintarlo sin ningún sentido literario. La literatura es una maravilla, pero para pintar el lenguaje es otro. La pintura es un lenguaje mudo.
>
> *P.* Su obra se conoce poco.
>
> *R.* Es que mi vida es completamente accidentada.
>
> *P.* Me parece que ha asumido varios papeles: ama de casa, mujer de famoso y artista.
>
> *R.* Es cierto, y cada uno de esos papeles requiere una vida. Así voy yo, descolocada, perdiendo oportunidades. Siempre incompleta.
>
> *P.* Seguro que a Antonio no le pasa lo mismo.
>
> *R.* Mira, he tenido muchas conversaciones sobre esto con mi marido y ahí no nos entendemos.

P. ¿Dónde está la discrepancia?
R. Él dice que la culpa es mía.
P. ¿Qué culpa?

Se observará que son varios los temas que se tocan, pero en todo momento apreciamos una cadencia pregunta-respuesta, perfectamente encadenada. Unas cuestiones llevan a otras, muy bien trabadas todas ellas, sin que se den cambios bruscos que podrían malograr el efecto de la conversación exploratoria e íntima que da muy buenos resultados en la entrevista de personalidad. Aunque referido a la radio y la televisión, Fernández Asís sugiere que se escuche con atención la respuesta a la primera pregunta y «a continuación haga (y lo mismo cada vez sucesivamente) la pregunta que el *oyente* (si estuviera presente) haría como desarrollo lógico o consecuente a la respuesta que acaba de darse» (t. I, p. 305).

El peligro de este tipo de diálogos es que puede conducir a callejones sin salida, porque quizá suceda que no se sepa por dónde continuar. La habilidad del periodista se manifiesta en no llegar a tales extremos o tener la destreza de sortearlos para que, cuando se agota una línea de pensamiento, haberla enlazado oportunamente con otra más prometedora.

En otras ocasiones conviene ceñirse de forma estrecha al plan que uno se ha prefijado y no permitir que las sugestiones de la conversación te aparten de él, puesto que en ese caso faltaría la sistematización que se juzga necesaria. Es una contingencia que se presenta más en los libros de conversaciones que en las entrevistas puramente periodísticas. Si uno se ciñe al guión es evidente que está despreciando otras posibilidades conversacionales no menos productivas. Lo cual ni está bien ni está mal: lo interesante es que responda a una intencionalidad para conseguir los beneficios del camino emprendido.

En conclusión, cuando el periodista efectúa una entrevista no debe soltar de sus manos las riendas de la

conversación. Con ellas en su poder, puede optar por mantenerse fiel a la línea que se había fijado en un principio o dejarse llevar por el ritmo del diálogo y formular las preguntas que sugieren las respuestas. Ambas posturas tienen sus pros y sus contras. El que es fiel al guión se pierde la riqueza y la versatilidad de la conversación, aunque siempre es posible anotar lo que llama la atención para introducirlo en otro momento o recapitular al final. El que sigue el hilo de las respuestas se puede ver conducido por el entrevistado más lejos de lo que quería o a lugares de los que no se sabe salir, aunque tiene la ventaja de que se logra un producto muy vivo y nada encorsetado.

«Conductor de la entrevista» llama Martínez de Sousa al periodista: «Él elegirá el tema, creará la atmósfera y carácter de la entrevista, le conferirá un ritmo y un tono. Todo ello dependerá en gran medida del entrevistado, pero el periodista debe evitar que la entrevista se le vaya por derroteros no deseados, tratando siempre de ceñirse a su plan» (p. 160). Tubau pide que no olvidemos dos principios básicos de la entrevista. «Primera: el entrevistado (no el entrevistador) debe protagonizarla. Segunda: el entrevistador (no el entrevistado) debe dirigirla» (p. 128). «En todo caso —afirma Graña— el reportero no tiene más remedio que llevar el agua a su molino; él debe encauzar hábilmente la conversación y no dejar que le extravíen» (p. 306).

2.2. Preguntas productivas

Las preguntas deben ser formuladas de manera que podamos obtener el máximo rendimiento. Hay que huir, por ejemplo, de aquellas que se prestan a un «sí» o un «no» escueto que resulta muy poco productivo en una entrevista, a no ser que se trate de una asunción de responsabilidades o negativa contundente en un tema grave. En otros casos, no debemos conformarnos con el monosílabo, sino lanzar inmediatamente un «¿por qué?»

que le obligue a explicarse. Lo que importa, pues, es que nuestra pregunta provoque en el otro una respuesta aclaratoria en todos los temas, sin una verbosidad excesiva y cansina. De la misma manera no hay que lanzar varias preguntas seguidas, a no ser que sean retóricas y demanden lo mismo desde otra perspectiva, porque ofrecemos al entrevistado la posibilidad de escapar de aquellas que menos le complacen o simplemente las olvidará al concentrarse en una de ellas.

A veces no hay más remedio que efectuar preguntas tópicas: si al entrevistar a un famoso, de esos que prácticamente cada día habla con uno de nosotros, pretendiéramos proponerle cuestiones originales y no holladas por los demás, sería una tarea imposible. Pero si la conversación transcurre por buenos derroteros y hemos sido capaces de crear un clima de intimidad, aún es posible extraer buenas respuestas. Es imprescindible, sin embargo, ser exigentes con nosotros mismos para no caer en lo manido y, si nos esforzamos, lograremos encontrar aspectos y matices que los demás no han tenido en cuenta.

«El hecho de que exista gran similitud en las *interviews* significa en cierta manera una condenación de la falta de facultades y recursos imaginativos de los repórters», aseguran Porter y Luxon (p. 368). Aquel que «posea sentido de la originalidad y sea al mismo tiempo ambicioso en su profesión, trazará siempre preguntas que darán un aire distinto a la *interview* y no incurrirá en una simple repetición de algo que la persona en cuestión vino diciendo durante tres o cuatro días seguidos».

También este problema se le presentaba a Cela, porque en un encuentro con don Manuel Machado leemos:

> —Ya lo sabe usted todo; lo sabe todo el mundo...
> —Pero una vez más ha de repetirlo usted.

Hay que intentarlo todo, menos dejarnos llevar por la rutina y redactar textos de esos que ofrecen la penosa

impresión de *déjà vu*, como si el periodista no tuviera otras cuestiones que proponer y su oponente no pudiera variar de alguna manera las respuestas. No debe empedrarse de tópicos la charla.

Cuando González-Ruano efectúa una entrevista a la novia del dictador Primo de Rivera, una de las que más le ayudaron a darse a conocer, se desarrolla el siguiente diálogo:

> —Entonces... ¿cómo conoció usted al presidente?
>
> Ella ríe. Es, bien mirado, una manera como otra cualquiera de empezar.
>
> —¿Pero usted sabe que yo me he negado a toda interviú?
>
> —Y ha hecho usted muy bien. ¡Qué mal suelen hacerlas! Yo le prometo solemnemente no preguntarle esas cosas abominables de qué hubiera usted querido ser de nacer hombre, de cuál fue el día más feliz de su vida... Vamos, dígame cómo conoció al presidente. Se trata de servir a un tópico que es, como usted comprenderá, inevitable (1930, p. 74).

Con todo, más vale presentar cuestiones desgastadas por el uso que no embrollos sin sentido que desconciertan a nuestro interlocutor y que, en el caso de ser reproducidos, constituirían el hazmerreír de los lectores. Preguntar por preguntar puede ser una fórmula para salir del paso, pero no conduce a ninguna parte. Por desgracia, no estaba ausente en las décadas pasadas —como muestra el siguiente ejemplo—, ni tampoco ha desaparecido del momento presente.

Veamos la entrevista-relámpago que caricaturizaba un director de periódico (Vázquez Prada, p. 4), de ésas en las que «se habla con la misma alegría del problema que presentan las investigaciones para encontrar el origen del cáncer, como el de la W-M en el fútbol». Y es que, al decir de aquél, «el periodista y el entrevistado parecen enredados en un ping-pong de preguntas y respuestas que, a veces, conducen a un completo desastre»:

—¡A ver! ¿Cómo se llama usted?
—Antonio.
—¿Por qué se llama Antonio?
—¡Hombre...!
—No piense. ¿Le gusta el nombre?
—Le gustaba a mi padrino.
—¿Es usted ingeniero?
—Sí, de Minas.
—¿Cuántas toneladas de carbón hay debajo de esa montaña?
—Aún no se ha hecho el estudio. Eso lleva mucho tiempo.
—Tenga en cuenta que el periódico sale dentro de un cuarto de hora y el lector debe saberlo. Conteste... ¿Tiene usted novia?
—No.
—¿Se va a casar con ella?
—Le he dicho que no tengo novia.
—¡Ah...! Es igual. Adelante. Si usted es ingeniero, ¿quiere decirme las minas de cok que tiene su empresa?
—Mi empresa no tiene minas de cok.
—¡Caramba! Es extraño. Debe ser una empresa pobre...

García Luengo se queja de aquellos compañeros que asaltan con preguntas dispares e inesperadas:

¿Cómo se pueden, en efecto, contestar a esas preguntas en que se demanda la opinión sobre el mundo, la vida, la sociedad, el futuro, el amor, en un revoltijo de abstracciones, a las que, cualquiera que sea la persona objeto de la entrevista, hay que oponer una serie de reparos y distingos y echar mano de frases dilatorias y defensivas del estilo de: «Hombre, verá usted... Vayamos por partes... ¿Qué quiere que le diga?... Así, de repente... Habría que considerar el problema con mayor amplitud... Si usted quiere decir... ¿Qué quiere usted decir verdaderamente...?»

¡Incomprensible e inaceptable! Pero siempre puede alegarse que se trataba de interrogatorios a bocajarro y

sin haber tenido tiempo de prepararlos. Contrariedades que no parecen haberse producido en una supuesta entrevista televisiva del director de un periódico madrileño con el ministro de Asuntos Exteriores, que es asimismo caricaturizada por Arturo San Agustín (p. 161), quien juega aquí con ese estilo propio de algunos periodistas muy «enterados» que se han contagiado de las peores lacras del lenguaje administrativo y de los políticos.

> —Ya sé, señor ministro, que no es usted optimista o que no acostumbra serlo. Sé también que usted opina (me consta que debió hablar usted de este tema con el presidente) que en Bruselas no interesan excesivamente los aspectos concretos de este debate, aunque yo precisaría que sí interesan, porque del mencionado conflicto ya se han producido algunos efectos irreversibles. Es decir, yo creo que si hubiera un consenso internacional —y en eso sí que no quiero entrar— la solución llegaría tarde.
> —¿Y cuál es su pregunta?
> —Creo haber sido suficientemente explícito, ministro. Mi pregunta es... Mi pregunta es que yo creo que esos aspectos concretos del debate sí interesan.
> —Perdone, pero no sé de qué me está hablando [...].
> —Del debate.
> —Pero, ¿de qué debate? Perdona, pero te has liado.
> —No sé. Puede que tengas razón. Yo quería preguntarte si veremos alguna fragata española en Groenlandia.
> —Pues pregúntame eso.

«Eso» debía parecerle demasiado elemental al ilustre compañero y esa elementalidad (ese esfuerzo de acercamiento al lector) la consideraba un error en el que creía firmemente que no debía incurrir un periodista que se encuentra al tanto de lo que se cuece en los ambientes de la alta política. ¿Será verdad, como insinúa el autor del que hemos tomado la cita anterior, que en un periódico o emisora «a todo aquel que no sabe hacer nada lo nombran entrevistador»?

2.3. Preguntar y escuchar

Hay que saber preguntar y esto sólo se consigue conociendo los temas en profundidad y pensando luego sobre la manera de planteárselos a nuestro interlocutor, porque según cómo le interroguemos estimularemos unas respuestas consistentes para que cuente lo que sabe y lo que siente o le desanimaremos con nuestra actitud. «Saber preguntar —explica Calvo Hernando— no es abrumar al interrogado, sino llevar el diálogo hacia los puntos de real interés. Es necesario hablar sólo lo suficiente, lo justo, para que brote el diálogo noticioso natural, en un clima de confianza del que hayan sido excluidos el temor, la sospecha y la artificialidad [...]. La pregunta inteligente y oportuna no es la de apariencia docta, sino la sencilla y sincera» (p. 244). Naturalmente, cuando se aparenta saber mucho no nos responderán en términos elementales, sino elevados y doctos, con lo que se corre el peligro de que muchos lectores se queden sin entenderlo.

Además, algunos entrevistados se quejan de que no les presentan aquellas cuestiones por las que realmente se encuentran interesados. Hay mucha tontería al respecto, sobre todo por parte de intelectuales tan exquisitos que uno nunca sabe por dónde cogerlos. No es el caso de Marguerite Yourcenar, auténtica escritora de notable inteligencia, pero también se lamenta de que «los periodistas hicieran siempre las preguntas que les interesan a ellos, sin jamás preocuparse por lo que le interesa al escritor que tiene enfrente».

La forma de preguntar es preferible que se incline a la amabilidad y la cordialidad que no a la agresividad (aunque en otro lugar nos hemos referido a ésta como táctica premeditada). El entrevistador no obtendrá, por lo general, mejores resultados si se comporta como un fiscal que señala con el dedo acusador que si emplea suaves maneras, que no están reñidas con la firmeza y la insistencia, cuando la ocasión lo requiera.

Además de saber preguntar, hay que saber escuchar. En la vida ordinaria todos apreciamos la existencia de numerosos sujetos con los que resulta difícil comunicarse, pues se nota ostensiblemente que «van a lo suyo» y no atienden a lo que se les dice: interrumpen, contestan a lo que no se les demanda y hacen lo contrario de lo que se les indica, no por mala voluntad, sino sencillamente porque tienen la mente cerrada a los demás u oyen lo que desean oír.

Aunque parezca imposible, eso también ocurre en el campo de la entrevista. El nerviosismo, el estar pensando en otras cuestiones, cerrar la mente a cuanto está sucediendo conduce a que reciban una respuesta y cambien de tema, como si no tuviera importancia lo que se les ha dicho. O preguntan dos veces exactamente lo mismo (no por verificar la respuesta, sino porque no se han enterado de que tal aspecto ya ha sido comentado). Si la entrevista tiene que parecerse a una conversación inteligente, ésta semeja más bien aquellos «diálogos de besugos» que leíamos en los tebeos de nuestra infancia. *Sensu contrario*, hay quien se reconoce preparado porque no cae en este defecto: «Creo que voy a hacer bien las entrevistas porque siempre me ha gustado mucho escuchar», afirmaba el cantante y presentador de televisión Coque Malla.

Tampoco es hablando mucho como conseguiremos estimular a nuestros interlocutores. El periodista tiene como misión escuchar y las preguntas sólo se dirigen a provocar las palabras más expertas, hondas y sentidas. Si nos enzarzamos en exposiciones propias, entonces nos puede ocurrir como a Emil Ludwig cuando quiso entrevistar a Henry Bordeaux: que se puso a charlar sin pausa para animarle a que expresara su propia posición y, al cabo del tiempo, vio reproducida la conversación en una revista. El entrevistado había sido él.

«No es el reportero el que debe exponer su saber, sino quien encauce el diálogo hacia la libre y más expansiva expresión del entrevistado», enseña Castelli

(p. 42). Debemos hacer caso de Hohenberg cuando aconseja que «bajo ninguna circunstancia el entrevistador debe dejarse llevar, hasta el grado de enfrascarse en una animada discusión en la que él sea el que más hable y el entrevistado se convierta en simple interlocutor, un tanto aburrido. Las personas no conceden entrevistas para escuchar las opiniones de los reporteros [...]. Ningún reportero demasiado locuaz ha podido nunca hacer una buena entrevista» (p. 314). Gaillard esboza una síntesis:

> El entrevistador debe precaverse contra dos defectos opuestos. El primero consiste en imponerse sin medida, discurseando y apabullando al entrevistado, mientras que el segundo es un exceso de prudencia, dando rienda suelta a la facundia del entrevistado. La regla consiste en que el reportero domine constantemente el diálogo y en que sus intervenciones sean breves y precisas (p. 78).

«Sea natural», podríamos concluir con Warren:

> Ni la arrogancia ni la humildad impresionarán favorablemente a la persona que debe suministrarle información. Recuerde que todo entrevistador representa a un periódico responsable, que merece su lealtad, y que por lo tanto no se trata de un mendigo que implora limosna. Usted no tiene que ser humilde cuando solicita una declaración. A la vez, procure no ponerse pesado. No ejerza presión sobre su hombre, ni discuta sus argumentos. La cortesía, la firmeza y cierta curiosidad inteligente son las armas básicas de un buen entrevistador. Manténgase atento a su entrevistado. Mírelo a los ojos: esto forma parte del arte de la conversación. Muéstrese interesado en cada palabra que él pronuncia. Nada resulta tan desagradable como un periodista que no disimula su aburrimiento (p. 218).

De lo que se trata es de obtener el máximo rendimiento del encuentro que lleva a cabo el periodista con su personaje y, ante cada uno de ellos, hay que estudiar

la manera de dirigir la conversación para que se manifieste con la mayor profundidad posible. Si es preciso recurriremos a «engañarle», aunque explicaremos lo que queremos decir. Lo haremos con palabras de un compañero con experiencia, González Cano, quien aconsejaba —aunque parezca sorprendente— que se ponga cara de tonto: cuando «este hombre está convencido de que tiene frente a sí a alguien muy tonto, hacerle repetir lo que ha dicho en las últimas veinte entrevistas, que es lo que mejor se sabe el señor, entonces está seguro de que tiene enfrente un tipo bastante fácil. Luego se le pone cómodo y se le deja hablar».

2.4. Preguntas comprometidas

No hay que rehuir nunca las preguntas comprometidas, que son la sal y la pimienta que buscarán los lectores cuando detengan sus ojos en la página donde aparezcan. Lo que debemos procurar es formularlas en el momento adecuado, porque de lo contrario podemos quedarnos sin entrevista. Quizá haya que dejarlas para cuando ya se ha establecido una cierta confianza o en los últimos momentos.

«El secreto está en la pregunta afortunada a tiempo; la oportunidad. Se puede preguntar lo más cruel, lo más feroz, lo más escandaloso, lo más indiscreto, en fin, si antes se ha preparado el terreno. Hay que crear un clima de confianza primero; luego ya viene la audacia sin temor al descalabro. Pero de buenas a primeras lanzar una pregunta que se lleva "en conserva" es exponerse al revolcón», aporta Del Arco (1960, p. 411). «El entrevistador tiene como misión obtener del entrevistado las respuestas a ciertas cuestiones, en algunos casos difíciles, y para ello deberá aprender a descubrir el punto débil del entrevistado y a plantear cada cuestión en el momento oportuno», añadiríamos con Quesada.

Pedro Rodríguez contaba la siguiente anécdota de un

larguísimo encuentro con el señor Garrigues, entonces embajador en Roma:

> Había una pregunta que estaba obligado a hacerle y era la de sus posibles relaciones sentimentales con Jacqueline Kennedy. Si yo, al señor embajador de España, comienzo preguntándole por eso, me imagino que allí se hubiera acabado la entrevista. Se lo pregunté al final y, efectivamente, allí terminó todo. Muy cordialísimamente, eso sí. Las preguntas de este tipo... más bien al final.

Lo mismo dice Hohenberg, para quien todo entrevistador conviene que recuerde la regla «de que debe guardar su pregunta más dura para el último momento» (p. 315). Lo malo es que, a estas alturas, esta táctica la conocen ya los personajes que se relacionan habitualmente con la prensa. Lo sabía el político norteamericano Nixon, porque en el libro donde recogía sus experiencias presidenciales, apuntaba y comentaba una serie de frases que suelen usar los reporteros: «*¡Oh! Y ahora una última pregunta*. Olvidaos de las otras diez que os formuló antes. Ésta es la que realmente le interesa.»

En cualquier caso, no debemos dejar de lado una cierta actitud atrevida para preguntar y para «hurgar», incluso, en aquello que el resto de los ciudadanos consideraría indelicado. Los que se escandalizan de que el periodista pregunte lo que juzgan escabroso son los que luego leen con mayor avidez las respuestas sustanciosas. La entrevista no es para tímidos ni encogidos: Haro Tecglen confesaba que nunca las hizo bien, porque «me educaron de niño para no preguntar nada a nadie ni ser indiscreto y siempre me ha dado vergüenza». Ossorio y Gallardo (p. 208), en sus irónicas palabras sobre los entrevistadores, cita la necesidad de la osadía: «Gente ha habido cuya posición, falsa como todo lo que no tiene más base que la que pueden ofrecer la ignorancia, la desatención y la descortesía en íntimo consorcio, pero posición al fin, la debe sola y exclusivamente a la enorme dosis que poseyó en tiempo oportuno de aquella cuali-

dad reprobable» (otras dos cualidades reclama: la conformidad, para no disgustarse cuando se le cierran las puertas, y la mansedumbre, para soportar las rectificaciones). En esta línea se sitúan las indicaciones de Santamarina: «Nada de miedo, ni de encogimiento siquiera, ni de temblor de nervios. La cualidad primera de un buen reporteador es la audacia. No ha de pararse demasiado en barras ni en antesalas ni en vestíbulos. Ha de llegar hasta el fin y pronto» (p. 32).

El escritor italiano Indro Montanelli también ha efectuado numerosas entrevistas, algunas de las cuales se recogen en su libro *Personajes*. Uno de sus directores le animaba a escribir entrevistas con estas palabras:

> Como se trata de personajes vivos, cada uno de los cuales tiene cierta importancia en su campo, se necesita, para hablar de ellos con absoluta falta de prejuicios, cierto valor, por no decir inconsciencia, que es tu única virtud. Tú eres un irresponsable: puedes decir cualquier cosa... ¡Aprovéchate de ello! (p. 7).

La timidez también puede ser vencida o, al menos, aplastada por la exigencia de cumplir con nuestro cometido profesional. Muchos entrevistadores han logrado sobresalir pese a sus naturales desventajas en este sentido. La misma Rosa Montero dice: «Soy timidísima. Yo creo que debo tener una vena masoquista para dedicarme a esta profesión con lo tímida que soy. Y me viene de siempre, porque pensar en dedicarme al teatro también hacen falta ovarios... Pero soy una tímida que se vence, y como toda tímida hago las mayores locuras» (Aznarez). Manuel del Arco confesaba algo parecido: «Fíjate, qué curioso: yo soy tímido y no tengo curiosidad; pero vivo de la audacia y de preguntar, preguntar...» (Ana María Moix 1971). Tiempo atrás lo había comentado con Paniker:

> Si no tienes conciencia de la masa lectora no puedes ser periodista. A mí, personalmente, la mayoría de las cosas que pregunto no me interesan nada, porque, aunque parezca mentira, soy un hombre poco curioso y bastante tímido. Pero soy periodista y pienso: si ahora no hago esta pregunta, el lector no me lo perdonaría. Y tengo el valor de hacer la pregunta.

2.5. Lengua suelta

Una vez dejados atrás miedos y aprensiones también es posible que las arrincone el entrevistado y se decida a expresarse con libertad y sin frenos. A veces, demasiado. Es cuando de repente percibimos que la persona que nos habla está lanzada y no sabemos si recibimos unas declaraciones o un exabrupto. Ocurre algunas veces. La indicación que más se prodiga en estas ocasiones es no alertarle sobre la gravedad de cuanto está soltando por su boca, para que no eche el freno y nos quedemos sin sus explosivas palabras. Lo aconseja el mismo Azorín en el transcurso de una entrevista: «Que oiga y que calle. Y si oye una cosa que le extraña que no diga nada y siga adelante. Y tener poca vergüenza, digámoslo así» (Torres Murillo). Ésta es la postura de Warren: «Procure no reconocer el tremendo valor periodístico de algo que su entrevistado acaba de decirle, pues él podría ponerse a la defensiva» (p. 218).

Tampoco somos partidarios de llamarle la atención sobre lo que afirma —a no ser en situaciones extremas—, pero sí de obligarle a que repita las mismas ideas en contextos diferentes para comprobar si lo habíamos entendido bien y para darle una oportunidad a sus matizaciones, si es que lo cree conveniente. No debemos basar nuestros éxitos en pillar por sorpresa a nadie ni en aprovechar un esporádico momento de enfado o crispación. Tomadas esas precauciones a que aludíamos, ya no estamos obligados a más avisos ni a presionar al interlocutor para que se manifieste de una determinada manera.

Con todo, en ocasiones le queda al periodista la duda de si es mejor el silencio, la leve insistencia para que el otro se reafirme o la advertencia formal de haber traspasado ciertos límites. Porter y Luxon cuentan el caso de un redactor del periódico norteamericano *The Plain Dealer* que, ante una situación semejante, en que «se abstuvo cuidadosamente de hacer ningún comentario como es propio de un buen repórter», decidió volver aquella misma noche a preguntarle: «¿Se ha dado usted cuenta de lo que me ha dicho? Me parece que hay algo raro en ello y no quisiera cometer ningún error.» La respuesta fue paternal: «Hijo mío, esperaba que usted me dirigiese esta pregunta. En efecto, temía que no la hiciese y esperaba, sin embargo, hablarle de ello. Lo que usted recogió es lo que quise decir. Pero, gracias por su amabilidad» (p. 371).

Lo mejor es la apostilla de estos autores: el periodista volvió a la redacción y escribió el texto. Al cabo de poco tiempo dejó su tarea en el periódico y se convirtió en el secretario del personaje. Parece deducirse que, si nos comportamos como está mandado, siempre puede venir algún entrevistado a redimirnos de nuestro ingrato trabajo.

Preferimos escuchar la voz de la experiencia de Manuel del Arco (1960, p. 403) cuando asegura que, al cumplir todos los requisitos que la honradez y la profesionalidad nos marcan, «ganaréis crédito y el prestigio será con vosotros. Pero no esperéis más que prestigio y tal vez popularidad; si sentís otras ambiciones, dedicaos a otra cosa...».

Un tiempo que no debe ser desatendido es el último, cuando ya parece que ha concluído el trabajo que ambos interlocutores estaban desarrollando. José Francisco Sánchez (p. 48) aconseja «alargar la conversación un poco más, después de la, digamos, entrevista formal». Por amabilidad y... por picardía. La relajación que se produce en esos momentos puede propiciar opiniones

sabrosas que antes no se atreven a exponer. Pero nunca haciéndole creer que nos hallamos fuera del tiempo de la entrevista.

2.6. Escribir o grabar

Una cuestión controvertida es el empleo del magnetófono para recoger las palabras textuales del entrevistado. En esto cada periodista tiene su propio método (los hay con una memoria tan portentosa que son capaces de recordar todas las palabras de aquél sin necesidad de grabar o anotar nada: por desgracia no es nuestro caso ni el de la inmensa mayoría de los compañeros) y no es fácil dar un consejo a los alumnos o compañeros que empiezan y que esperarían de los veteranos una respuesta categórica.

La grabadora es muy cómoda, porque permite recoger las palabras de nuestro interlocutor con una fidelidad absoluta, incluso con los matices, vacilaciones o alteraciones de voz propias de toda conversación, que pueden resultar muy reveladores cuando se intenta profundizar en el espíritu de la persona que tenemos delante. El inconveniente que se le supone es que quita espontaneidad al hablante, quien atribuye un valor de testigo implacable al inocente aparato que le escucha desde la mesa. No nos parece rechazable por ello, ya que si bien puede causar una cierta prevención en un primer momento, pronto es ignorado por los interlocutores, sobre todo si su capacidad de recogida del sonido permite que no tenga que ser aproximado a la boca de la persona que está en el uso de la palabra.

Hay entrevistados, sin embargo, que se ponen más nerviosos de lo normal y no toleran la presencia de ese testigo incómodo. Ocurre lo mismo que con la penicilina: ha ayudado a salvar muchas vidas, pero algunas personas han muerto por ella, pues no sabían que les producía una alergia fatal. Julián Symons cuenta los su-

frimientos que le proporcionó el magnetófono en una entrevista a Agatha Christie:

> Llevé conmigo una grabadora, pero al principio el encuentro distaba mucho de ir bien. Contestaba en monosílabos y comencé a desesperarme por su falta de respuestas interesantes. Cuando comprendió que estaba incómodo por la grabación, y que era demasiado ignorante acerca del funcionamiento del aparato como para rebobinarlo, se relajó y nuestra conversación comenzó a fluir.

El escritor uruguayo Juan Carlos Onetti no parece muy complaciente con este sistema de recoger las palabras ajenas. Es lo que se desprende del relato de una entrevistadora:

> Aprovechando la sonrisa que le provocaba la llegada de la bebida le pregunté si podía grabar, al tiempo que me ponía de pie para tomar la grabadora. Ante este gesto, *Beatrice,* la perra, que resentía mi presencia rezongando interminablemente, comenzó a ladrar furiosa.
>
> —Ni siquiera *Beatrice* quiere que grabes —dijo Onetti con evidente satisfacción.

También lo ha pedido alguna vez el novelista García Márquez, aunque alegando razones de efectividad: «Recoger mecánicamente lo que uno dice no tiene gracia ni sentido. Mi experiencia como periodista me enseñó que es otra la misión del reportero.»

Para Cela, «las grabadoras y los *flashes* perturban mucho. Ante un micrófono, Cela abandona el tono relajado y asciende a un engolamiento de discurso, con lo cual se pierde la espontaneidad y la posibilidad de confidencias» (García Marquina, p. 192). A juicio de Pedro Rodríguez, «cuando se trata de sondear opiniones delicadas, el magnetófono parece desprender un magnetismo que cohíbe al personaje. Suele hablar "para el magnetofón", rebusca las palabras, pierde espontaneidad y

adquiere un tono de prevención, quizá imperceptible, pero que lesiona gravemente la autenticidad del personaje».

Quizá la utilización del magnetófono y la objetividad que sugiere no están reñidos con la profundidad y la agudeza del retrato. Oriana Fallaci inicia el encuentro con la actriz Ingrid Bergman con estas palabras:

> La entrevista que voy a hacerle es privativa del periodismo más objetivo y más indiscreto que pueda existir, creo yo. Este magnetófono registrará todo cuanto digamos, y luego lo transcribiré palabra por palabra. Más que una entrevista, sin embargo, querría entablar una conversación durante la cual le dirigiré algunas preguntas (1970, p. 15).

En otro momento cuenta un intento anterior por hacerla hablar, lo que le costaba mucho, pues lo hacía «sin apartarse de lo convencional y de la desconfianza»: «ante el magnetófono, en cambio, se abrió como una flor» (p. 14). Como se ve, no valen las reglas excluyentes.

El aspecto positivo de utilizar este «chisme» puede radicar en la presión que ejerce para que los interlocutores se ciñan a la materia y no se vayan por las ramas. Lo reconocen Vallejo-Nágera y Olaizola (p. 143) en un libro que es una larguísima entrevista: «Hablar con la grabadora en marcha suponía un esfuerzo, un orden, una reflexión y, cuando la cerrábamos, nos poníamos a divagar.»

No es conveniente confiar en exceso en la perfección con que funcionan estos aparatos o en nuestro dominio sobre la técnica. Coll Gilabert ha contado que a María Mérida, autora de varios libros con entrevistas, le pasó en una ocasión un «accidente» lamentable. Estuvo conversando durante tres horas con el conde de Godó, propietario de *La Vanguardia*, donde ella misma colaboraba. Se le atascó la grabadora y poco pudo aprovechar de aquel diálogo: «Tuve que dar la cara, pedir perdón y solicitar una nueva entrevista. Don Carlos me puso una única condición: no volver a ver aquel magnetofón. Po-

día optar por llevar otro o hacer la entrevista a mano. Desde entonces, todas las he hecho a mano» (p. 41).

No es mala solución. No hay peligro de que se atasque la cinta o que no reproduzca bien el sonido, contratiempos que a todos nos han ocurrido. Y, sobre todo, nos evitaremos la tediosa tarea de volver a escuchar aquella conversación, cuya duplicación siempre aburre, ya que puede llevar horas. Sin embargo, el libro de estilo de *El País* deja claro que «las conversaciones serán grabadas en cinta magnetofónica» (p. 19).

Sherwood viene a decir que con magnetófono lo puede hacer cualquiera: «En algunos casos ha capacitado a los no periodistas, con talento e inteligencia, para competir en términos de igualdad con los periodistas profesionales» (p. 65). Martín Vivaldi (1992, p. 365) reconoce las ventajas de la grabadora, pero si tras ella «no hay un gran periodista, de poco servirá el procedimiento. Porque no siempre es interesante —y por tanto publicable— cuanto se dice en una entrevista. El buen periodista, una vez grabada la cinta, tiene que saber seleccionar: aprovechar el grano y tirar la paja. Hay excepciones o casos excepcionales: los de personajes tan relevantes que todo lo que dicen —aún lo más insustancial o banal— puede y debe reproducirse o publicarse». Cuando se anotan las palabras del entrevistado ya se va realizando una selección de sus palabras, porque no da tiempo a escribir latiguillos, lugares comunes y repeticiones coloquiales; en cambio, la cinta no actúa selectivamente y es en la segunda audición cuando debemos desechar el material innecesario.

Aunque parezca mentira, hay personajes que exigen que sus palabras sean registradas, unas veces porque no se acaban de fiar de la transcripción y otras porque no quieren desperdiciar su tiempo en lo que imaginan que será un lento proceso de escritura.

Montserrat Caballé suspira de satisfacción cuando contempla cómo Rosa Montero prepara la grabadora:

—Ay; menos mal; va a grabar usted la entrevista.

—¿Por qué ese *ay; menos mal*? ¿Por miedo a tergiversaciones?

—Bueno, lo puede usted tergiversar, pero así sabe seguro, por lo menos lo saben ustedes y su conciencia, lo que yo he dicho de verdad... (1982, p. 244).

Si no se graba, habrá que escribir las palabras del entrevistado. Johnson y Harriss no aceptan este sistema, pues «el reportero retiene en su memoria las respuestas y las actitudes que ha observado. No es aconsejable tomar notas constantemente, excepto de fechas, cifras y otros datos, aunque en algunos casos es permitido hacer uso del lápiz y del papel durante el curso de la entrevista» (p. 199). También opinan así Porter y Luxon (p. 375), Warren (p. 218) y Hohenberg (p. 316), para quien «todo entrevistador experimentado debe tratar de cultivar su memoria», para que no sea necesario tomar demasiados apuntes: sólo alguna cifra o fecha, pero en cuanto se encuentre solo «debe hacer cuantas anotaciones pueda». En general, los manuales de autores norteamericanos se manifiestan muy radicales en este sentido.

En la misma línea se sitúa el español Graña, para quien «la memoria es el gran recurso del reportero». La mayoría de los entrevistados se retraen y aturden si observan que son anotadas sus palabras y el mismo entrevistador se confunde si debe atender a la conversación, fijarse en el ambiente y escribir lo que allí se expresa. Eso sí, en cuanto se sale de tal visita, manda que se anoten en seguida los datos o las opiniones recibidas, «de pie y sentado, en el tren y en el auto; andando por la calle entre la muchedumbre, apoyando las cuartillas en el poste de un farol, entre el ruido y la confusión de un alboroto callejero» (p. 308).[2]

2. Graña llega a dar consejos para fortalecer la memoria, puesto que «a fuerza de práctica cada profesión desarrolla aquellas facultades que más usa». A lo que hay que llegar es a «poder recordar sin escribir, o por lo menos poder retener lo suficiente para escribir en seguida» (p. 310).

También Mainar considera como una regla imprescindible «tomar las menos notas y, si es posible, ninguna», porque al hacerlo se desatiende todo lo demás (gestos, detalles) que pueden llegar a ser más sensacionales que las propias declaraciones, pues no se observa la reacción «ante una pregunta inesperada o de respuesta comprometida» (p. 102). Creemos que esta observación estupefacta puede ser un método aconsejable en circunstancias especiales, pero en modo alguno la tónica que debe ser seguida en la mayoría de los casos.

Nuestra opinión sobre este punto, también controvertido, es la siguiente: no debe mantenerse una postura dogmática sobre el particular, puesto que todos los sistemas son aceptables si contribuyen a recoger con fidelidad las palabras del entrevistado y no dificultan el entendimiento entre los interlocutores. Por tanto, la práctica habitual es lo que nos dará la medida de la bondad de cada sistema y ni siquiera existe un método único, pues dependiendo del tipo de texto que se pretenda, del individuo con el que debemos hablar, del tiempo del que se dispone, de las circunstancias del encuentro y de las capacidades propias, optaremos por emplear un sistema u otro. Personalmente nos inclinamos por el bloc de notas, utilizando un sistema de escritura rápida, que permita seguir el desarrollo de la charla, sin detenciones ni pérdida del hilo argumental.

2.7. Cuestionario

Pero hay ocasiones en que no es posible recoger las respuestas de viva voz del entrevistado, porque su voluntad o nuestra pereza nos mandan que le hagamos llegar un cuestionario por escrito con la promesa o la esperanza de que nos encontremos con sus opiniones perfectamente expresadas a nuestro requerimiento. Ésta es una práctica de la que, en términos generales, hay que huir como de la peste.

No negaremos que en determinados momentos se producen algunas circunstancias que nos hacen abdicar de nuestro convencimiento de que el cuestionario previo es uno de los enemigos de la buena entrevista y que es mejor disponer de unas declaraciones que interesan al lector antes que no poder aportar nada, pero eso no quiere decir que no nos siga pareciendo que hay que recurrir a este método las menos veces posibles.

A esas eventualidades se refiere Hohenberg, puesto que la aconseja «cuando todos los demás recursos son inútiles» (p. 313). Cita el caso de un redactor del International News Service que, durante el bloqueo soviético de Berlín, preparó una lista de preguntas y las transmitió por telégrafo a Stalin. Fueron respondidas por éste, logrando unas declaraciones en las que daba a entender que los rusos habían sido derrotados por el puente aéreo norteamericano. Fue también un éxito el obtenido por Alfredo Marquerie cuando logró entrevistar al ministro nazi de Propaganda, Goebbels, al que le produjo una gran excitación un cuestionario, entre inocente y provocativo, que le hizo llegar. Muchos corresponsales extranjeros habían solicitado antes esa entrevista y, a pesar de que podían alegar mayores méritos, no les fue concedida. El español le pasó unas preguntas en las que ponía de manifiesto las razonables dudas que existían sobre la pretendida superioridad alemana. Ante ello parece que sintió la necesidad, no de hacer unas declaraciones, sino de convencer con sus argumentos a quien se mostraba escéptico sobre el poderío nazi. Las respuestas así obtenidas fueron reproducidas por periódicos de todo el mundo.

No somos nosotros solos los que mantenemos esta postura adversa al cuestionario. Ya en 1956 afirmaba Obdulio Gómez «que es absurdo y constituye la más clara negación del periodismo vivo». Y Pedro Rodríguez (1969, p. 68) lo califica como «fórmula antiperiodística, con la que se ha servido, durante años, las prevenciones a la capacidad periodística de algunos personajes». Para

Acosta Montoro (t. I, p. 106), «el cuestionario mata la espontaneidad. Debe eludirse, pues petrifica la conversación. Con cuestionario, el periodista nunca puede actuar con ventaja respecto al entrevistado. Y en toda entrevista es fundamental que el reportero mande y domine». Por su misma naturaleza, este sistema nos aleja de la conversación cordial y animada, para dirigir un bloque cerrado de preguntas que dejan escapar muchas cuestiones sin la suficiente profundización. Además permiten que el distante interlocutor se evada cuanto quiera, al responder a su aire lo que en un encuentro personal se vería obligado a precisar, ampliar, confesar o nos permitiría la insistencia, incluso más allá de lo que es habitual según las normas de la cortesía.

Si no hay más remedio, trataremos de que el cuestionario preparado por nosotros observe una gradación en las preguntas, sea claro en las cuestiones que plantea y no presuponga las respuestas. En la carta nuestra con que se adjunta este guión conviene que manifestemos el espacio que vamos a dedicarle (si es una persona educada tratará de ajustarse a ello y no lo responderá de forma mucho más larga ni mucho más breve) y nuestro deseo de que no se limite a colocar un «sí» o un «no», sino que razone sus respuestas. Le podemos indicar también que los lectores deberían formarse la idea de que hemos mantenido este diálogo de viva voz y que suplamos con buena voluntad los inconvenientes de la distancia.

Cuando se trabaja con individuos o sobre temas poco problemáticos no es tan rechazable el empleo de cuestionarios. Los que tienen actualidad y viveza merecen el tratamiento directo. Cuando Vizcaíno Casas entrevista a Dámaso Alonso, director de la Academia Española de la Lengua en aquellos días, llega un momento en que éste manifiesta reticencias a explicar problemas de una cierta envergadura e insinúa que no parece conveniente responderle de forma oral: «Tiene usted toda la razón —replica el periodista—. Pero no soy partidario de los

cuestionarios por escrito, que privan al reportaje de espontaneidad y calor humano» (1976*b*, p. 194).

2.8. Por teléfono

Otro sistema poco aconsejable es la utilización del teléfono para entrevistar y lo decimos reflexivamente, aunque en nuestra práctica habitual recurramos con frecuencia a este auxiliar imprescindible para el periodista. Nunca el diálogo puede ser igual de fluido y efectivo como se consigue cuando los interlocutores se encuentran frente a frente: esperas tediosas entre pregunta y pregunta para terminar de anotar, distracciones que el entrevistado percibe en su hogar o lugar de trabajo mientras habla, pérdida de matices y gestos que no se transmiten a través del teléfono, dificultad para establecer una verdadera comunicación que pronto se logra en el encuentro personal, incomodidad para tomar notas mientras se sostiene el auricular (aunque en nuestros días hay teléfonos de manos libres y grabadoras incorporadas)...

Pero a veces no se reside en la misma ciudad o hay premura de tiempo o... resulta muy cómodo no desplazarse y se soluciona en un cuarto de hora de charla a distancia lo que de otra manera requiriría horas. Hay que ser conscientes de que el teléfono no está ni para entrevistas profundas ni para principiantes: las primeras requieren tiempo y proximidad; los segundos encontrarán más dificultades que beneficios con semejante intermediario. En principio, pues, no son aconsejables para nadie, pero los que cuentan con una mayor experiencia pueden extraerle provecho. No debería ser necesario precisar que para una entrevista usual de declaraciones tampoco es indispensable tanto tiempo ni energías, sobre todo si se domina el tema y se conoce al entrevistado. Hemos visto trabajar a compañeros que para un texto de apenas un par de folios agotan al entrevistado con

sus preguntas, cuando la mayoría de ellas no vienen a cuento o son inaprovechables. Ir al grano es algo que se aprende con el tiempo.

Desde la perspectiva del entrevistado, hay quien sugiere que, cuando se trate de llamadas telefónicas con petición de que se responda a preguntas en el mismo momento, «escurran el bulto y no lo acepten» con la mejor educación y amabilidad. Las razones que presenta como obvias son que «no están ustedes preparados ni mentalizados. Y lo que es peor, con la sorpresa y al ser sobre la marcha, pueden ustedes decir cosas que luego sentirían haber dicho».

Por último, en cuanto a la actitud con que nos colocamos ante el entrevistado, es posible que ocurran una de las tres situaciones que vamos a describir: que nos sintamos superiores, que lo consideremos como un igual o que nos veamos en una posición inferior. Dependiendo de ello, será diferente nuestra forma de preguntar y de enfrentarnos al diálogo que debemos dirigir para lograr los fines propuestos. Lo ideal es conversar de igual a igual, pues tan peligroso es vernos en un plano de superioridad como de clara inferioridad: en el primer caso es difícil que no asome la prepotencia, y en el segundo, la incomodidad y la desventaja. En la medida de lo posible hay que procurar hallar un punto de equilibrio mientras dure el encuentro, para que éste se desarrolle en unas condiciones de paridad, que sin duda redundará en una conversación más equilibrada.

García Luengo señala la necesidad de una «adecuación relativa», lo cual «no supone equivalencia, de ambas personas protagonistas, pues de lo contrario la entrevista resultará un esfuerzo baldío, un forcejeo de silencios e incoherencias, conjunto de vaguedades o plena confusión». Acosta Montoro (t. I, p. 120) dice que «en cualquier conversación siempre hay uno que pretende imponerse, aunque sólo sea por llevar la dirección del diálogo. En la entrevista debe ser el reportero quien mande, quien encauce la conversación, quien dirija el

diálogo. En ese momento representa al público y lo que pregunta es lo que interesa a los demás».

Manuel del Arco (1960, p. 407) establece una relación de grupos sociales con los que es más o menos fácil el diálogo con el periodista: «Difícilmente los dos están en el mismo plano; lo corriente es que el interrogador y el interrogado sean intelectualmente distintos, unas veces con ventaja para el que pregunta, otras con desventaja. Cuando estamos en desventaja, aprendemos; cuando la ventaja es nuestra, conducimos el diálogo por donde nos da la gana.» Ese plano de igualdad parece que sólo puede ser alcanzado cuando nos corresponde entrevistar a otro periodista o a un escritor. O sea, «diálogo entre gente del oficio». Son, a su juicio, las entrevistas más divertidas, «por cuanto los dos sabemos lo que llevamos entre manos, y la polémica surge y es un duelo de poder a poder ventilado con las mismas armas». Nos parece que aquí el ilustre periodista está simplificando la cuestión. Es fácil que entre compañeros se establezca un clima de confianza mayor, pero no es una cuestión de profesión, sino de entendimiento y de aceptación de este duelo (al que ya aludía Herraiz), lo cual puede darse con toda clase de personajes y de profesiones.

Valle-Inclán pensó que podían darse estas tres situaciones en la relación del autor con sus personajes dramáticos. Lo expresó de la siguiente manera:

> Creo que hay tres modos de ver el mundo artística o estéticamente: de rodillas, en pie o levantado en el aire. Cuando se mira de rodillas —y ésta es la posición más antigua en literatura—, se da a los personajes, a los héroes, una condición superior a la condición humana, cuando menos a la condición del narrador o del poeta. Así, Homero atribuye a sus héroes condiciones que en modo alguno tienen los hombres. Hay una segunda manera, que es mirar a los protagonistas novelescos, como de nuestra propia naturaleza, como si fuesen nuestros hermanos, como si fuesen ellos nosotros mismos, como

> si fuera el personaje un desdoblamiento de nuestro yo, con nuestras mismas virtudes y nuestros mismos defectos. Ésta es, indudablemente, la manera que más prospera. Esto es Shakespeare, todo Shakespeare... Y hay otra tercer manera, que es mirar el mundo desde un plano superior y considerar a los personajes de la trama como seres inferiores al autor, con un punto de ironía. Los dioses se convierten en personajes de sainete. Ésta es la manera muy española, manera de demiurgo, que no se cree en modo alguno hecho del mismo barro que sus muñecos...

La entrevista es una conversación dirigida, donde no hay igualdad entre los interlocutores. Uno de ellos ostenta una superioridad en razón de lo que sabe, pero el periodista —que interroga porque ignora— sabe en cambio cómo obtener esos conocimientos por medio de las preguntas.

Cuando dos personas se sientan a conversar, con sincero afán de llegar a un entendimiento, por encima de cuanto puede separarles, es cuando el diálogo alcanzará un nivel más alto, una compenetración más profunda, una distensión más provechosa.

3. Escritura

Si la entrevista se ha desarrollado dentro de los cauces previstos, ponerla por escrito es una tarea relativamente fácil. En el caso de declaraciones, incluso elemental, porque es cuestión de reproducir el diálogo mantenido. Cuando se trata de una entrevista de personalidad presenta más dificultades, no en la reproducción de las palabras textuales, sino en la fijación de las impresiones que nuestro personaje ha provocado en nosotros. Dificultad que se acrecienta en el caso de las semblanzas. La presentación inicial o la intercalación de anotaciones tomadas en el transcurso del encuentro puede resultar más laborioso, porque se intenta trans-

mitir un retrato global (físico, manera de ser y entorno) con la misma fidelidad que las palabras.

La forma de reflejar por escrito el contenido de la charla mantenida puede mostrar algunas variantes. De las distintas clases de entrevista se habló en su lugar, por lo que aquí nos referiremos a los aspectos generales. A grandes rasgos, éstas se articulan en un amplio abanico que va desde la que sigue un esquema rígido de pregunta-respuesta a la que toma la forma de las noticias, para quedar resuelta con párrafos que no introduce el guión, sino que solamente contienen sus palabras en estilo indirecto o señaladas con las comillas, o la que constituye un recreación de una personalidad, construida con elementos tomados de aquí y de allá (con referencia siempre al diálogo mantenido). Se dan también toda clase de soluciones intermedias.

La entradilla admite varias posibilidades de presentación: hacerla girar sobre la fase más significativa; resumir los puntos principales de las declaraciones o concentrarla en el aspecto biográfico. Las posibilidades que ofrece el *lead* de una entrevista son inmensas. La de declaraciones, que es la más restringida, en modo alguno tiene que guardar la misma rigidez que la entrada de una noticia. Y ya no digamos la de personalidad.

Pedro Rodríguez (p. 71) tiene ideas muy claras —y algo rígidas— sobre la entradilla. Afirma que «de grandes "entradillas" están llenas las sepulturas metafóricas de los entrevistadores» y después explica que para describir un personaje y su ambiente bastan diez líneas, y el que no es capaz de lograrlo en este espacio tampoco le bastarán diez folios. «Las diez primeras líneas, sean coloquiales o descriptivas, son fundamentales. Son las que invitan al lector a continuar. Y han de ser de frases muy cortas, de palabras muy gráficas, muy llenas de color, describiendo cosas o actitudes muy concretas, que entren por los ojos.» Rodríguez Betancourt intenta una clarificación atendiendo a las entradillas más usuales: de entrada resumida o típica, de cita

textual, de relieve o accidente llamativo, biográfica, narrativa o anecdótica y de retrato.

En función del comienzo que elijamos, del espacio disponible, del tipo de diálogo y relevancia de las ideas expresadas, será necesario o aconsejable deslizar algún comentario o información más en el cuerpo de la entrevista. En la de declaraciones, las posibilidades en este sentido son mínimas y debe ceñirse, sobre todo, al contenido de sus palabras, mientras que, en la de personalidad, nuestra aportación puede llegar a alcanzar tanto volumen como las propias respuestas. En la semblanza son las palabras textuales las que ocupan un espacio más reducido que el resto. También hay que cuidar especialmente la forma como decidimos cerrar la transcripción del diálogo. Hay que huir siempre del socorrido colofón, que resulta tópico. Es mejor valernos de un comentario personal que haga descender la tensión de la conversación mantenida o redondee las opiniones, alrededor de las cuales ha girado el encuentro. También puede concluir abruptamente con una respuesta del entrevistado que sea significativa o definidora de su actitud o pensamiento.

En cuanto a la titulación, la forma más habitual es escoger la frase de mayor impacto que se coloca entrecomillada después del nombre del entrevistado y dos puntos. El redactor debe esforzarse en seleccionar aquella frase más contundente de entre las que se refieran al núcleo de las declaraciones, eludiendo la tentación de quedarse con la más vistosa, pero que no hace referencia al tema por el cual se ha pensado en realizar la entrevista. En otras ocasiones el título es genérico y pretende aprehender, en un sintagma o en pocas palabras más, lo relevante del personaje que retratamos en el texto (estos títulos se reservan casi exclusivamente para las entrevistas de personalidad y las semblanzas y por eso lo comentamos con mayor detención en el capítulo que le dedicamos a éstas).

3.1. El entrevistado es lo importante

A la hora de poner por escrito las palabras del entrevistado tiene que aparecer meridianamente claro que el personaje importante es éste, que el periodista no es sino el instrumento a través del cual se manifiesta su pensamiento o sus actitudes. Cuando se cava el suelo en busca de agua, lo importante es el chorro que brota, no el pico con el que hemos abierto el camino. Aunque se trate de excepciones, de cuando en cuando surgen entrevistadores que quieren eclipsar la figura de su interlocutor: éste es un grave error que debe ser evitado a toda costa.

Fernández Flórez lo criticaba en una ocasión:

> Hay veces que el interviuvador es un hombre que viene a extraer del interviuvado motivos de ensalzarse él mismo como interviuvador. Es como si el que nos viene a hacer una interviú le dijese al lector: «Usted cree, puesto que está leyendo este trabajo, que el interviuvado tiene una valía, es un hombre meritorio. Pues bien, va usted a ver cómo yo valgo muchísimo más que él.» Inmediatamente se lanza a cometer indiscreciones, a difundir detalles molestos, aunque triviales y, en fin, a rebajar la categoría de aquel hombre para sobreponerse él con una vanidad pequeñita (Gómez-Santos, 1969, p. 174).

Algunos libros de estilo ponen en guardia contra este peligro. Por ejemplo, el de Radio Nacional advierte que «ningún periodista debe decir en entrevistas, crónicas o noticias "yo creo" o incluir opiniones personales [...]. El lucimiento del entrevistador consiste en hacer hablar mucho y bien al entrevistado. No se olvide tampoco que el oyente quiere oír al entrevistado». El del diario *Ya* alerta sobre el hecho de que «en las entrevistas, el protagonista es el entrevistado y no el entrevistador. Hay que huir, pues, de todo protagonismo del periodista». El de la BBC busca el equilibrio al recordar al periodista que la figura no es él, pero tampoco mero transcriptor de opiniones e ideas. El escritor norteamericano Greil

Marcus tomaba distancias de los herederos del *new journalism* al manifestar: «Lo peor de esta gente es la enorme escuela que ha creado de tipos sin talento que sólo hablan de sí mismos y te cuentan unas historias que no tienen ningún interés [...]. En los primeros textos de Wolfe, el autor no habla de sí mismo.»

Quizá la importancia del entrevistado sólo puede ser eclipsada por un tercer elemento: el propio lector. En él hay que estar pensando antes que en nadie y nuestra conversación habrá que dirigirla hacia ese interlocutor invisible que nos atiende, vigila y no acepta componendas al margen de sus intereses.

3.2. El respeto a sus palabras

¿Hasta qué punto debe llegar el respeto a las palabras del entrevistado? ¿No es permisible ningún cambio, ninguna reducción ni eliminación de elementos innecesarios? La respuesta es que hay que ser fieles al espíritu, no a la letra. En este punto debemos ser extremadamente cuidadosos y toda delicadeza es poca. Pero, dando por sentada dicha fidelidad, que consideramos irreductible, hay que gozar de una cierta libertad en la transcripción de las palabras textuales de nuestro interlocutor. El nivel coloquial de una lengua no se corresponde exactamente al escrito y por ello hay que someterle a una corrección que prescinde de lo innecesario y dote de coherencia al texto. Lo que en una conversación larga y tendida no sería lógico aclarar o explicitar, a la hora de reproducirla no puede quedar con pasajes confusos o referencias sobreentendidas.

José Francisco Sánchez alude a la tarea que debe llevar a cabo el entrevistador en la edición del texto: pulir la redacción de las respuestas, suprimir las reiteraciones injustificadas y prescindir de los elementos superfluos. Afirma que «usos más o menos tolerables en el habla coloquial no lo son en imprenta. No hay ninguna razón

para dejar mal al entrevistado transcribiendo esos errores: conviene arreglarlos: construcciones defectuosas o de difícil comprensión, defectos de pronunciación, pleonasmos, vulgarismos o solecismos, etc. En algunos casos la transcripción literal estará justificada, porque se pretende mostrar la personalidad de quien habla, precisamente, mostrando cómo habla» (p. 64).

Martín Alonso (t. I, p. 490) se manifiesta bastante rígido al tratar sobre este problema, pues afirma que «la fidelidad a la verdad exige que el reportero se atenga a la letra y al espíritu de lo que comunica. Ni cabe siquiera pensar en la desproporción y sesgo ponderativo de uno o varios puntos que desfiguren el pensamiento de la entrevista con interpretaciones arbitrarias. La cita ha de ser exacta en el fondo y en la forma». También es severo Manuel Graña, para el que «toda cita, directa o indirecta, debe ser exacta en forma y fondo; toda supresión que desfigure el pensamiento del que hace las manifestaciones o les dé una interpretación arbitraria, debe proscribirse como inmoral» (p. 178). Y más adelante: «Toda atención del reportero será poca para no referir sino lo que se dijo, en la letra y en el espíritu» (p. 183).

«Lo que importa es que la entrevista recoja el espíritu del diálogo y sea veraz», resume esta cuestión Herraiz (p. 95). Sus indicaciones son bastante permisivas en este sentido, pues estima que lo importante es el servicio al lector y ante ello hay que sacrificar lo que sea necesario: si es conveniente refundir preguntas, despreciar la «paja» o recoger tan sólo la síntesis de la farragosa exposición..., pues hay que hacerlo así. Para él, «la gran responsabilidad del reportero consiste precisamente en hacer aquella reducción, aquella síntesis, con absoluto respeto a la verdad». A los empresarios que quieren aprender los secretos de la comunicación se les advierte que «no conviene ser excesivamente purista. Muchas veces el periodista cambia las palabras para evitar repeticiones y latiguillos del lenguaje y mejorar el estilo literario de las entrevistas. Otras, suprime párrafos reitera-

tivos o acorta frases demasiado largas. Ello es normal y positivo. Las transcripciones literales suelen tener una mala construcción gramatical» (Monroy, p. 64).

Algunos personajes han debido vivir una mala experiencia que les hace recibir de uñas a quienes pretenden entrevistarles. Albert Einstein tiene palabras muy duras en uno de sus libros, que lamentablemente las dirige a cuantos ejercen este oficio y no solamente contra aquellos que abusaron de su confianza. Lanza una advertencia a todos los que, como él, son consultados con frecuencia por los periodistas y frente a los cuales asegura que no hay escapatoria. Viene a decir: si te preguntan sobre alguien y prefieres no opinar, porque crees que no tienes nada que aportar, escribirán en el periódico: «Fulanito eludió prudentemente responder.» Lo que será interpretado como un intencionado desmarcamiento. Si das tu sincera opinión, la transcribirán con palabras tales que parecerán, cuanto menos, ambiguas y reticentes. Dilema que, en cualquier caso, sólo perjudica —además de distraer en sus tareas— al hombre de ciencia que es requerido por los profesionales de la prensa.

Lo que no debe ocurrir, por otra parte, es que el entrevistador tímido y complaciente en el transcurso del encuentro se transforme en crítico y feroz cuando se halla ante la máquina de escribir o la pantalla del ordenador. Tales «valentías» no conducen a parte alguna, más que al descrédito de tal sujeto en cuanto trascienda una actitud tan escasamente honrada. La verdad es que el redactor, en esta fase final, tiene la sartén por el mango, pero «esta definitiva disposición debe ser utilizada con sumo cuidado y elegancia para que el duelo sea efectivamente noble», concluye Herraiz.

3.3. Mostrar la entrevista

Algunos entrevistados, sabedores de esta posibilidad que les puede afectar negativamente, intentan por todos

los medios que el entrevistador les muestre el texto que va a ser publicado, antes de que llegue a conocimiento de los lectores. Es una cuestión que no es contemplada de la misma manera por los periodistas, pues mientras unos aceptan sin problemas esta exigencia, otros se sienten heridos por lo que entienden que es un signo de desconfianza: para todos representa una molestia desde el momento en que retrasa el proceso que conduce de la escritura a la impresión.

En los libros de estilo de las redacciones suele hacerse una referencia a la obligatoriedad de mostrar el texto si lo solicita el entrevistado; asimismo se menciona este punto en algunos códigos deontológicos.

La indicación más explícita es la de *El País*, que establece que «el periodista podrá —si así lo desea el entrevistado y para su mayor tranquilidad— facilitarle una copia de la transcripción antes de que sea publicada, de modo que éste tenga la oportunidad de corregir expresiones que hubieren sido mal transcritas. Pero no podrá alterar el diálogo que el periodista consiga extraer durante la conversación, ni incluir matizaciones que no figuren en la cinta magnetofónica» (p. 20). Obsérvese que teóricamente no se obliga al periodista a mostrar su trabajo («podrá facilitar» no «deberá»), ni caben los cambios de las palabras pronunciadas, pero en la práctica se entregan las transcripciones siempre que se solicitan y es difícil impedir que se efectúen añadidos y supresiones. En el código deontológico de Suecia figura lo siguiente: «Consienta a razonables peticiones por parte de las personas entrevistadas para ver la entrevista antes de que sea publicada» (cf. González Bedoya, p. 187).

Nuestra experiencia personal, en los contados casos en que se nos ha solicitado tal lectura, ha sido ofrecer garantías verbales al entrevistado de que no van a ser tergiversadas sus palabras y, por lo general, no suele producirse insistencia cuando se encuentran con una posición firme en este sentido. A los que se mantienen

inflexibles les hemos hecho llegar una copia de sus declaraciones desnudas, sin el añadido de títulos, entradilla o cualquier comentario nuestro. La respuesta ha sido de dos clases: la devolución del texto con correcciones de detalle o con cambios sustanciales que no estuvieron en el diálogo personal que mantuvimos y que hemos aceptado o no, según continuara teniendo interés la entrevista.[3]

3.4. Eliminar el tuteo

Se considera que el tratamiento adecuado en la transcripción de un diálogo no es el tuteo, sino el respetuoso «usted». Es una costumbre que se mantiene en la mayoría de los medios y que implica hacer sentir al lector que, para el periodista, el entrevistado siempre es el importante, mientras que el entrevistador es un mero intermediario que le interpela con una fórmula de respeto.

En el libro de estilo de *Abc* se regula expresamente este punto al dejar dicho que «una norma básica de la entrevista será no tutear jamás al entrevistado salvo que su corta edad autorizara esta familiaridad» (p. 53). Y, consecuentemente con el carácter del periódico, por dos veces se recuerda que no debe omitirse el tratamiento del entrevistado, como alteza o eminencia (pp. 53 y 59). En el libro de estilo de *El País* queda establecido que «se tratará siempre de usted al interlocutor» (p. 37).

El comienzo de una entrevista de Lola Canales a un personaje tan popular y merecidamente célebre como el escritor José Luis Sampedro es también aleccionador:

3. Montserrat Roig (1975) cuenta que un cantante catalán solicitó ver el texto de una entrevista que le hizo y no sólo cambió sus declaraciones, sino que también introdujo modificaciones en las palabras de la periodista. Es la tentación constante de perfeccionistas y ególatras y, por supuesto, no hay que consentirlo.

—Don José Luis...
—Si una mujer le llama a uno don José Luis, no hay forma de confraternizar.
—En fin, ¿cómo quiere que le llame?
—José Luis y de tú.
—Bien por la primera parte. El tuteo por escrito no será posible.

Tubau se extiende sobre esta cuestión, ya que «en la entrevista de personalidad resulta casi siempre contraproducente mantener la ficción del tratamiento que puede entorpecer la espontaneidad del entrevistado» (p. 130). Le parece inverosímil esa situación que se da con frecuencia en la prensa escrita, cuando el periodista utiliza el usted, mientras que su interlocutor responde con el tuteo. Un ejemplo lo tenemos en el siguiente texto que corresponde al inicio de una conversación entre Rosa Montero y el escritor Javier Marías:

—Entonces, ¿empezamos ya? Lo digo porque a veces los fotógrafos prefieren tirar las fotos antes y... ¿Y cómo nos vamos a tratar, de usted? Porque he visto que en las entrevistas siempre usas ese tratamiento y... ¿Que eso es una norma del periódico? ¿Que me pondrás de usted y a mí de tú? Ah, pero eso me parece mal, ¿no quedará raro? ¿Y ahora nos vamos a hablar de tú, o de usted? Qué risa, resultaría divertido...

La prueba de que la norma es correcta se aprecia en que si fuera una imposición no sentida por el colectivo a estas horas habría saltado ya por los aires y, sin embargo, la inmensa mayoría de los periodistas utilizamos el respetuoso usted en la transcripción de conversaciones en cuyo transcurso nos hemos servido del familiar y extendido tuteo. Observamos que la tendencia es a mantener esta norma.

Otro detalle en este proceso de escritura es la inclusión en el texto de preguntas retóricas que evidentemente no han sido dirigidas de esta manera («¿Qué opina del último apresamiento de pesqueros? Porque usted,

como director general de Pesca, debe tener formada una opinión»). La primera parte, la pregunta, es correcta, aunque genérica y, por tanto, propensa a la respuesta difusa y grandilocuente; pero es indudable que la segunda parte sobra. Está claro que nadie emplea este énfasis en una relación normal («¿Qué ha sucedido con las tuberías? Porque usted, como portero de este edificio, debería saberlo»), pues cuando se formula de esta manera lleva implícita una acusación: debería conocerlo, pero estoy seguro de que lo ignora. Si la entrevista debe parecerse a una conversación debemos procurar no escribir expresiones de ese estilo. La condición de director general de Pesca de nuestro interlocutor ya estará enunciada en la entradilla, por lo que no hace falta repetirlo. Y tampoco se la podemos espetar a quien lógicamente lo sabe, por olvidadizo que sea.

En cualquier caso, escribir buenas entrevistas es fruto de un largo aprendizaje. Como decía un periodista chileno, «para hacer una buena entrevista es necesario hacer previamente muchas entrevistas malas. A una buena entrevista, como a una buena conversación, se puede llegar por la técnica, pero en todo caso, se llega por la experiencia».

Capítulo 5

SOBRE EL ENTREVISTADO

En los manuales sobre aspectos prácticos del trabajo periodístico, cuando se quiere ayudar a quienes se encuentran en fase de aprendizaje, se ofrecen una serie de consideraciones y consejos, gran parte de los cuales hemos atendido en las páginas precedentes. Sin embargo, en estas indicaciones no siempre se alude al personaje que tenemos enfrente y de cuya disposición de ánimo, conocimientos, espontaneidad y afán por colaborar depende en gran medida el éxito de nuestro trabajo.

Para que una entrevista vaya bien es fundamental que nuestro personaje tenga algo que decir y que esté dispuesto a decirlo. Éste es el punto de partida, sin lo cual se estrellarán todos los intentos que efectuemos para sacar adelante un texto atractivo. Averiguar cuál es ese estado de ánimo previo es posible en algunas ocasiones y complicadísimo casi siempre. Al comienzo de una entrevista de Cela con Jordi Pujol, escribe aquél: «Pujol me mira con insistencia y con curiosidad, a lo mejor también con asombro y con timidez; las remotas actitudes que se agazapan dentro de los interlocutores, en la cabeza, en el alma y en el corazón de los inter-

locutores, son siempre de muy difícil diagnóstico» (p. 234).

Hay entrevistados con los que ya es un triunfo lograr una conversación pasable, porque es difícil que se pueda llegar muy lejos con respuestas escuetas o que no atienden a lo que se inquiere.

Marqués confiesa en un delicioso artículo que, como entrevistador, siente pánico a encontrarse con el que llama «Monosilábico Vengador»:

> Tú le preguntas: «¿Cursó usted sus estudios en la hermosa ciudad de Salamanca, no?», esperando evocar mil recuerdos que destilen alguna anécdota, alguna huella indeleble en su carácter, algún homenaje. Te contesta: «Sí.» Entonces prosigues diciendo: «¿Qué libros han influido más en su formación?» Y te responde: «Varios.» Y así hasta que llegas al final y le preguntas: «¿Qué ratificaría usted de su vida, que es lo que no volvería a hacer?» Y te responde: «Nada.» «¿Se siente, pues, orgulloso de su jodida vida de semimudo?» «Hum», contesta.

Pero también de los fracasos se han obtenido hermosos resultados: no hay más que leer «Azorín o el hermetismo deliberado», contenido en *Conversaciones españolas*, de Cela (pp. 12-17), o el relato que hace David B. Rogers de la entrevista frustrada a Trotski (Barrett, pp. 109-113).

Entre posibles tipos de entrevistas que algunos autores han considerado, cita Martín Vivaldi (1989, p. 665) la *fallida*, «de la cual sólo cabe decir que puede aprovecharse para hacer un reportaje sobre este fracaso». También Manuel del Arco ha pasado por esta experiencia, como no podía ser menos:

> Es el mejor de los casos si, una vez que se ha dado con el personaje, y se le tiene delante, él quiere hablar... Pero si no quiere, ¿qué hacemos? A mí me ha ocurrido

> perder mucho tiempo tras el multimillonario Rotchschild, y una vez frente a él se negó a dirigirme la palabra. Y el viejo me recibió con cajas destempladas, ¡lo que se dice un «tío» con mal humor!, ¿qué se hace entonces? Pues creo que en conciencia confesar el fracaso y relatar lo sucedido.

En otro momento cuenta la negativa absoluta del escritor Paul Morand a responder: «De aquel fracaso, yo logré una de las entrevistas más celebradas, y, en honor a la verdad: no hubo diálogo» (1960, pp. 405 y 408). En cambio, Greil Marcus se muestra despreciativo con «esa gente que no consigue una entrevista con Mick Jagger y te cuentan cómo no consiguieron esa entrevista con Mick Jagger».

A veces la dificultad no estriba en su cerrazón o negativa, sino en la charlatanería de personajillo vanidoso. El ex director de *La Vanguardia*, Horacio Sáenz Guerrero, ha contado una deliciosa anécdota a este propósito:

> Hace muchos años, en mis principios profesionales, recibí el encargo de entrevistar a un aparatoso personajón de la época. Me recibió con la sorpresa distante de quien no se considera digno del honor que recibe. Digo distante porque se veía claro que tampoco me consideraba a mí digno del honor que me proporcionaba. Aseguró que nada de lo que dijera podía interesar a nadie. Que era un hombre humilde y consagrado a su intimidad pensante. Costó convencerle, en esa aburrida pugna de valores entendidos que consiste en vencer la resistencia de un individuo para que haga algo que está deseando hacer. Y convencerle contra la certeza de que uno se encuentra ante un sujeto que, efectivamente, no tiene nada interesante que decir. Pues bien, el humilde renuente se puso a pontificar y me tuvo en el potro dos horas y cuarenta minutos. Luego conseguí con malas artes que tan sólo se le publicara media columna. Supongo que me odió hasta su muerte (p. 9).

Aparte de la capacidad personal de un entrevistador para enjaretar un buen diálogo, también el entrevistado se deja influir por la personalidad de su interlocutor y por el medio donde aparecerá el resultado de la conversación. Parece mentira que eso pueda ser así, pero la realidad indica claramente que los entrevistados no son insensibles a estos extremos. Ir a una entrevista en representación de *El País* o Televisión Española es incomparablemente más fructífero que hacerlo por otro medio cualquiera. Aparte de que los redactores de ese medio pueden plantearse el encuentro con más tranquilidad, también los personajes elegidos se hallan mucho más predispuestos a hablar y ofrecen un grado elevado de sinceridad, que es lo que convierte a una charla en un texto grato y atractivo en grado sumo.

En todo momento debemos tener en cuenta las diferentes concepciones de la vida que condicionan nuestro entendimiento con el entrevistado. Es aleccionadora la experiencia que narra José Luis de Vilallonga, en su biografía-entrevista con nuestro rey, de cuando intentó formular unas preguntas al monarca saudita con destino a una prestigiosa revista:

> No me habían precisado ni la fecha, ni la hora de la cita. Simplemente me habían dicho: «Venga usted», lo que en sí ya era asombroso. Al cabo de una semana en mi habitación de hotel, pegado al teléfono, perdí toda paciencia y anuncié a quien correspondía que regresaba a París. Creyeron que de repente me había vuelto loco. No lograban comprender mi actitud. Uno de los hombres del protocolo me decía: «¿Pero por qué? ¿No se encuentra bien aquí? ¡Si es el mejor hotel de la ciudad, y usted es el invitado del rey!»
>
> —¿Y te fuiste sin ver a Faisal?
>
> —No, me recibió diez días más tarde. Y, entre otras cosas, me preguntó si acababa de llegar.

1. Facilitar el trabajo

Otros personajes, en cambio, dan al periodista el trabajo hecho.[1] Quizá por ellos se acuñó aquella frase de que «la entrevista es una tarea que efectúa uno y cobra otro», aludiendo a que la parte más laboriosa y pesada corre a cargo del entrevistado, mientras que lo más cómodo es labor del periodista, que en cambio es remunerado en exclusiva.

De Julio Camba se ha dicho que intentaba cobrar las entrevistas que le hacían. García Serrano ha escrito sobre este tema:

> Don Eugenio d'Ors, que tenía una idea muy precisa sobre el derecho de autor y de su propio talento, sostenía que quien era el auténtico sujeto con derecho al cobro de una entrevista, era el entrevistado, singularmente si el entrevistado era él. Me lo dijo —entre a otros muchos— un par de veces a mí, que fui a entrevistarle por orden de mi director. Realmente, don Eugenio no solamente se limitaba a responder con toda cortesía, sino que para evitar líos, dictaba literalmente su respuesta, con puntos y comas. Todavía recuerdo su voz en el caserón de Sacramento mientras sus ojos seguían la buena velocidad de mi mano derecha con la pluma patinando sobre las cuartillas:
>
> —Punto y coma, García Serrano, por favor.
>
> Y yo ponía punto y coma encantado y jamás una entrevista ha sido para mí más cómoda y más desilusionante.

1. Leguineche habla de Delibes en el transcurso de un diálogo: «Es, quizá, el escritor más entrevistado de Europa. Opina sobre casi todo y con su espléndido castellano nos da las entrevistas hechas. Recibe a los periodistas sin un reproche, tiene carisma, es siempre sincero...» Según Acosta Montoro (t. I, p. 120), «no hay que hacer demasiado caso a esas voces que repiten que hay personajes brillantes que dan hechas las entrevistas. Las entrevistas deben ser confeccionadas por el periodista. Una entrevista es una pequeña batalla entre el interés del público y el interés del personaje».

Aunque no siempre se encuentre uno con tantas facilidades, ni siquiera en la mayoría de los casos, un buen interlocutor es una perla, que te asegura el éxito del resultado, a poco esfuerzo que pongamos.

Cuando un periodista acude a la cita para desarrollar una entrevista no sabe cómo responderá el personaje. Aunque le conozca previamente, ignora si le encontrará acogedor o displicente, deseoso de hablar o midiendo sus palabras, brillante en las réplicas o sosainas... Si pertenece al segundo tipo es normal el desánimo y, al regreso a la redacción, el comentario ante los compañeros se limita a señalar: «No me ha dado ni título.» Esto es, no he podido recoger siquiera una frase incisiva que me permita titular con ella.

En el caso inverso, uno sabe que casi cada una de las respuestas contiene una afirmación que permite ser llevada a la cabeza del texto. Ésta es la esperanza que muchos mantienen cuando desarrollan una entrevista, de la misma manera que el pescador anhela sacar algún ejemplar vistoso cada vez que lanza el anzuelo al agua. Eso explica que algunos personajes y personajillos de nuestro entorno se encuentren muy solicitados por los entrevistadores o los redactores jefes sin imaginación, de la misma manera que algunos parajes marítimos o fluviales se encuentran muy concurridos, y otros, en cambio, permanecen solitarios por la dificultad de la pesca.

No es fácil que un personaje de actualidad esté en condiciones de dar respuestas sugestivas si es interrogado por decenas de periodistas en un corto espacio de tiempo. Cuando el actor Antonio Banderas rodó la película *Los reyes del mambo* y apareció por primera vez en la entrega de los Óscar, no paraba de dar entrevistas en Estados Unidos, donde se encontraba en aquellos momentos. Así lo contaba al llegar a España:

> En dos semanas llegué a hacer ciento cincuenta y seis entrevistas. No te voy a negar que a veces es muy aburrido, sobre todo cuando te vienen a hacer las mismas

preguntas de siempre y tú tiendes a contestar lo mismo de siempre. De verdad que ya no sé ni qué cara poner cuando tengo que repetir por diezmillonésima vez que entre Madonna y yo no hubo nada, aunque me vino muy bien el que ella mostrara tanto interés por mí.

Otro caso semejante es el que representa Camilo José Cela, al que a estas alturas deben haberle hecho millares de entrevistas. Así lo presentaba Pedro Sorela en una ocasión:

> No es fácil entrevistar a quien es célebre desde que en 1942, hace 47 años, publicase *La familia de Pascual Duarte* y se convirtiese en un fenómeno editorial, y no es fácil porque desde entonces le han hecho miles de entrevistas y, aunque no quiera, tiende a tener una idea y su correspondiente frase para casi cualquier pregunta. Cela podría corresponder también en parte al tópico sobre el gallego, y cuando quiere es hermético como una joven ostra. Se escuda en el taco, el ingenio, la cita, la anécdota, y no hay forma de que se moje en según qué temas. En otros, en cambio, se pasea sin paraguas bajo el chaparrón.

Dominio de la situación, sin duda, pero es que resulta imposible, al mismo tiempo, no repetirse.

Julio Cerón (1993) caricaturizaba en uno de sus artículos (a veces tan crípticos y pintorescos) la monotonía de los tópicos de muchos entrevistados:

> Da igual que sean graves intelectuales de grandes responsabilidades, cantantes de justa fama o socios de Bellas Artes, sus respuestas son siempre las mismas a las mismas preguntas. Sobre el amor: «Es lo más importante para mí. Sin amor no podría vivir» [...]. Sobre aquello de lo que se sienten más lejos: «De los mediocres y de los tontos. A los tontos y a los mediocres es que no los soporto» [...]. ¿Lo que más les horroriza?: «Los tópicos.»

García Luengo se fija en este tipo de situaciones que son bastante normales en nuestro tiempo y que ya debían serlo cuando escribió su artículo en 1959: «Debe evitarse tal vez que la entrevista sea excesivamente redundante, es decir, que se obligue a quien la concede a contestar a una preguntas que se le han hecho mil veces o a hablar de cuestiones que si se trata de un escritor, están presentes probablemente en casi todas las páginas de su obra o las informan de alguna manera.» Pero «el buen entrevistador es aquel que logra la entrevista distinta, cuando el personaje ha sido objeto de varias entrevistas. No hay hombre, por muy entrevistado que haya sido, que no tenga dentro de sí alguno de humano interés que nunca le hayan sacado a la superficie», según Acosta Montoro (t. I, p. 119).

Para esos y otros casos, los vendedores de imagen hacen milagros: enseñan paciencia porque saben que de esta manera se pueden conseguir resultados espléndidos sin invertir un duro en publicidad. Tales lecciones llegan ya a todas partes. A los empresarios españoles, por ejemplo, se les imparten cursillos de comunicación. Hasta les dicen cómo deben comportarse si se les solicita una entrevista, pues «requiere observar una serie de precauciones para evitar salir perjudicado de ella» (Monroy, pp. 63-65).[2] Se les describe la forma de actuar del periodista: la petición de cita, el carácter de las preguntas, los trucos de las respuestas (ajustarse a los temas, no divagar ni entrar en terrenos que no sean de su estricta competencia, ser comprensivos con los pequeños cambios y errores, guardar silencio cuando no le está permitido divulgar conocimientos u opiniones...). En suma, conocer la mecánica para obtener el máximo provecho de ella. Urbina aconseja:

2. El cantautor Albert Pla ironiza sobre ello en una de sus canciones: «Tengo preparadas las respuestas / para las entrevistas de los periodistas. / Querrán saber qué opino y cómo soy. / Tengo preparadas las metáforas que servirán como brillante ejemplo / o síntesis que aclare lo que exponga.»

> Aunque sin exagerar, sean ustedes muy amables con el periodista y el fotógrafo de prensa que suele acompañarle, ofrézcanles café, cerveza, etc., y, antes de empezar la entrevista, charlen unos minutos para irse conociendo y establecer desde el principio un vínculo de entendimiento y de amistad. Por último, estén relajados, pónganse cómodos; ofrezcan al entrevistador y al fotógrafo asientos también confortables (p. 119).

Algunos profesionales, quizá menos presionados por un interés súbito y atosigador, son capaces de jugar muy bien en estos encuentros. Por no citar a nadie de ahora mismo, sino a una persona fallecida hace algunos años, habría que recordar aquí que la espontaneidad, y también el descaro, de Marilyn Monroe en sus contactos con los periodistas, era uno de los elementos que lograban hacer atractiva cada una de las entrevistas que se celebraban con ella. Algunas de sus respuestas todavía permanecen como emblemáticas de su capacidad de sorprender a quien preguntaba y, consecuentemente, a los lectores de las publicaciones que éstos representaban.

En una ocasión le preguntaron qué se ponía para dormir y respondió que «Chanel número cinco», y en otra le hicieron una pregunta provocativa como «¿De verdad que no se había puesto nada para posar en la célebre foto del calendario?», para recibir como contestación: «Oh, sí, había puesto la radio.» Son ejemplos, entre muchos, que todavía se recuerdan y que han quedado como definitorios de un desparpajo realmente singular. Otros, menos inteligentes y más osados, también gustan de la provocación.

La psicología nos podría ayudar mucho para saber exactamente cómo es la persona que tenemos delante de nosotros cuando procedemos a entrevistarla y de qué manera podemos extraerle lo mejor de sí misma. Con algunas, sin embargo, se estrellan todas las psicologías y todas las habilidades dificultosamente adquiridas, porque no dan más de sí.

2. Negativas más o menos rotundas

Ya no hablemos de aquellos que han adoptado como norma no permitir que les entrevisten, que lisa y llanamente se niegan a someterse a este rito de las preguntas del periodista. Afortunadamente no abundan las personas así, pero existen. Lo curioso de quienes mantienen esta postura de mayor o menor mutismo (no conocemos ninguno de total silencio, porque si se preservan como lo hacen es para que se les preste más atención el día que deciden hablar) es que su fama ha dependido o depende de la atención que han recibido por parte de los medios de comunicación.

Es el caso de Gabriel García Márquez, que muy raramente acepta ser entrevistado y que escribió un artículo en 1981 con el significativo título de «¿Una entrevista? No, gracias».[3] De Juan Rulfo, que las admitía a regañadientes y que confesaba: «Odio las entrevistas. Yo, en mi país, hace casi veinte años que apenas concedo una. Tanto que ya no me las piden. Saben que no las doy» (Berasátegui, p. 34).

Actitudes que han creado escuela. Véase si no cómo explicaba Juan Carlos Onetti su fastidio:

> No sé hablar y no puedo comportarme en las entrevistas como mis amigos Cortázar o García Márquez, capaces de dictar una conferencia para responder en cada momento. Yo les envidio, porque me gustaría hablar como ellos. Pero no lo he hecho nunca, es un arte que desconozco. Por eso me siento tan cercano y compenetrado con mi colega Rulfo que, por no hablar, ni contesta siquiera las cartas que recibe» (*íd.*, p. 222).

3. He aquí cómo piensa, según escribía Francisco Peregil en *El País*: «El Nobel Gabriel García Márquez, después de [...] aclarar más de tres veces que él odia las entrevistas y que no siempre se extrae más información preguntando [...], opuso una condición: "No más preguntas. Ése es el reto, me preguntas lo que quieras, pero sin preguntar."»

También Wenceslao Fernández Flórez manifiesta una cierta animosidad a esta exigencia de la popularidad: «A mí me parece muy bien la actitud de algunos compañeros nuestros que se niegan terminantemente a toda interviú; pero, por una especie de timidez o de cortesía, todavía no les he imitado» (cf. Gómez-Santos, 1969, p. 174).

Milan Kundera se retrajo definitivamente cuando encontró en Estados Unidos unas declaraciones suyas tan deformadas que decidió no aceptar nunca más el diálogo con los periodistas. Cuando hace poco el diario *Le Monde* le pidió una entrevista con motivo de la publicación de su ensayo *Los testamentos traicionados*, no accedió, pero se dejó convencer para escribir brevemente sobre tres temas que le preocupan en estos momentos, como una especie de respuesta por escrito a las únicas preguntas que en ese momento tenía interés en contestar.

Kundera, aunque de carácter reservado, siempre había aceptado las entrevistas, como lo demuestra el hecho de su participación en el programa *A fondo*, de Televisión Española, para lo que visitó nuestro país en noviembre de 1979. Sin embargo, en junio de 1985 tomó la decisión de «nunca más una entrevista. Maldito sea el escritor que primero permitió a un periodista que reprodujera libremente sus comentarios». Josyane Savigneau explica la actitud de Kundera de la siguiente manera:

> Al alimentarse algunos periodistas más de prensa que de libros se llega a veces a situaciones chuscas o insoportables, según se juzgue este tipo de cosas. A algunos autores, cuyos libros no han sido leídos, se les pregunta no sobre su obra, sino sobre las entrevistas concedidas por él. O sea, sobre sus comentarios deformados. Algunos responden con ironía, ingeniándoselas incluso para enredar más las pistas. Otros, como Philip Roth, tratan el asunto —y a los periodistas— con un magnífico desprecio. Una manera, tal vez, de tirar la toalla que Kundera no acepta.

Agatha Christie también deseaba mantenerse al margen de estos usos: al decir de una de sus biógrafas, «las escasas fotografías que tenemos de Christie están acompañadas por unas pocas entrevistas no muy satisfactorias entre periodistas incómodos y un sujeto evidentemente reacio». Muy contrarios a las entrevistas se mostraron celebridades como Lewis Carroll o Rudyard Kipling.

Si todos los personajes nos dieran las máximas facilidades, no tendría mérito alguno realizar entrevistas. Aunque sólo se trate de excepciones, a veces hay que vencer muchas resistencias y manías.[4] Obsérvese el comienzo de un encuentro de Javier Valenzuela (*El País*, 1 de agosto de 1993) con la escritora francesa Marguerite Duras, donde se alude también a varias cuestiones que hemos desarrollado a lo largo de este capítulo:

> El periodista tenía que verla en su apartamento de la Rue Saint Benoit, cerca del Café de Flore. Le habían dicho que Marguerite ya no bebía, o mejor dicho que bebía tan sólo una copa de champagne de vez en cuando. También que seguía escribiendo como una posesa. De hecho, la cita había sido aplazada varias veces porque la autora de *El amante* repasaba las pruebas de su último libro.
>
> «Tienes que tener mucho tacto, tienes que seducirla», le habían aconsejado. Hacía dos o tres años, Marguerite había declarado: «Salvo excepción yo no doy entrevistas. Se hostiga demasiado a los escritores. Se les pide artículos, conferencias, declaraciones sobre cualquier cosa.» Si el periodista no le caía simpático, o si hacía preguntas que le parecían estúpidas, o si demostraba que no conocía su obra, Marguerite era capaz de ponerle de patitas en la calle.

4. Cela acabó el año 1990, aquel en el que le fue concedido el premio Nobel, con una especie de exposición de sus intenciones para el futuro: «NO SE ESCRIBEN PRÓLOGOS. / NO SE HACEN DECLARACIONES. / NO SE CONCEDEN ENTREVISTAS. / NO SE RESPONDEN ENCUESTAS.» Afortunadamente en lo referente a la concesión de entrevistas no ha cumplido sus amenazas.

El concepto de la seducción se aplica con frecuencia cuando se trata de entrevistas, aunque no importa quién seduce a quién. Lo vemos en el fragmento de un retrato de Francisco Fernández Ordóñez, realizado por Nativel Preciado:

> He contado alguna vez lo complacida que salí de aquella primera entrevista, tras nombrarlo Adolfo Suárez ministro de Hacienda. Fui a verle con la democracia recién estrenada, la resaca electoral del 15-J y haciendo esfuerzos por disimular mi gran despiste político. Encontré a un hombre inteligente y seductor que me trató con exquisita comprensión y afecto. Quedé fascinada por su claridad de ideas, sus confidencias y lo apasionante que resultó aquella conversación, salpicada de citas poéticas, sabrosos chismes y principios políticos que me resultaron sorprendentemente nuevos.

Confiesa Soledad Alameda que «se establecen relaciones divertidísimas con el entrevistado: a veces es un combate; a veces, una seducción clara e inequívoca» (cf. Bernal y Chillón, p. 131). González Cano reproduce una opinión de Oriana Fallaci, «que la entrevista no es una batalla sino una especie de coqueteo; de enamoramiento, decía textualmente. Es decir: "Mándale flores, sonríele y, si puedes, enamórale"». A lo que Pedro Rodríguez apostillaba: «Si Oriana Fallaci tuviera que mandarles flores y enamorar a los directores generales en nuestro país...»

Hablar con personas que mantienen grandes distancias no es fácil, incluso a veces imposible. Para lograrlo entran en juego una serie de elementos, como pueden ser el cargo que se ocupa, el periódico al que se representa, la capacidad de caer simpático, la oportunidad de la petición o la habilidad en el abordaje. En ocasiones, aun todo esto junto no basta para vencer la terquedad de ciertas voluntades. Todos los profesionales tenemos experiencias ingratas en este sentido.

Cada uno tiene las suyas y hasta nos encontramos con personajes que, no siendo inabordables para los de-

más, no es posible convencer para que acepten el diálogo con uno. A ello alude Luis del Olmo en una reciente intervención, que es transcrita por la cronista del acto: «Durante sus palabras hubo un tiempo para los personajes "imposibles", aquellos que nunca han querido contestar a sus preguntas ni participar en sus diálogos. Según confesó, los "imposibles" son Arzallus y el obispo de San Sebastián, monseñor Setién.»

Sin embargo, Del Arco (1960, p. 408) asegura que es peor encontrarse con figuras que nos utilizan como portavoz: «Son los que una vez frente al periodista empiezan a dictar parrafadas interminables y van indicando las pausas, punto, punto y coma, punto y aparte, y no le dejan a uno intervenir. Éstos son peores que aquellos que se niegan a la entrevista.»

3. Mala memoria

Como también hemos soportado entrevistados con mala memoria, de esos que hoy lanzan una afirmación de la que mañana no se acuerdan: si mientras tanto ha sido reproducida en el periódico, es probable que se enfaden y pretendan rectificaciones que les pongan a salvo de las iras que han despertado sus atrevidas o equivocadas palabras. Delante del periodista, hay personajes muy bravucones que se van calentando por momentos y que no miden el alcance de los términos: con la ingrata realidad se encuentran cuando ya no hay tiempo de dar marcha atrás y entonces tratan de traspasar la responsabilidad a quien recogió sus bravatas (por supuesto, también hay compañeros mal preparados que no ponderan lo que están escribiendo y que no introducen las matizaciones pertinentes a las frases tajantes: son los que tienen como lema «no dejes que la realidad te arruine un buen reportaje»).

Si se tiene la obsesión de la exactitud no habrá que preocuparse por las consecuencias de nuestros escritos.

«No os asuste transcribir los mayores disparates que oigáis, si estáis seguros de que no os van a llamar embusteros», aconseja Del Arco (1960, p. 403). Se dan otras situaciones, por supuesto: «Sucede por desgracia, sin embargo, que se presentan casos de trabajos descuidados y de errores en las *interviews* y a causa de estos casos, en verdad muy raros, se ha convertido en una evasiva predilecta del cobarde en materia política, el sostener después de una *interview* que le ha procurado desagradable resultado, que sus palabras han sido mixtificadas o que jamás concedió tal *interview*», advierten Porter y Luxon.

Según Santamarina (p. 35), los más peligrosos en este sentido son los políticos. Cuenta el caso de un compañero que, en tiempos de la Restauración, logró entrevistar a un ministro y arrancarle sensacionales declaraciones. Cuando el personaje cayó en la cuenta de la gravedad de sus palabras le prohibió que las publicara. Después de porfiar llegaron a un acuerdo. El periodista las divulgaría y el ministro manifestaría al día siguiente que no las reconocía como suyas, pero lo diría tan tibiamente que sembraría una razonable duda en quien le escuchara.

Campmany se explaya sobre las dificultades que la entrevista política ha tenido y tiene en España (en el franquismo y en la transición que ya comenzaba a vivirse):

> Acercarse a un político con cargo puesto o con cargo en ciernes, hacerle unas preguntas como Dios manda que se hagan para cumplir el deber profesional y transcribir las respuestas improvisadas, sin que antes o después te echen por la escalera abajo o te salgan con lo de la infidelidad en la transcripción, es realmente un mérito profesional que merece el homenaje del lector más o menos curioso (p. 37).

Cartas con invocación de su derecho de rectificación, llamadas al director, recurso a quienes tienen autoridad sobre ambos..., para estos casos es cuando viene muy

bien disponer de una cinta grabada que puede sacar de dudas sobre cuáles fueron las palabras textuales del entrevistado.

Sobre este punto el libro de estilo de *El País* establece que «cualquier conflicto sobre la correcta transcripción se resolverá con la grabación. De no existir ésta, se concederá el beneficio de la duda a la persona entrevistada» (p. 20). Un antiguo director nuestro, Aquilino Morcillo, aconsejaba que cuando se acudiera a una cita con personas conflictivas era conveniente llevar siempre al fotógrafo, quien, después de efectuado su trabajo, debería permanecer al lado del redactor escuchando la conversación: en caso de conflicto siempre sería un testigo que apoyaría nuestra versión. Lo que juzgábamos intuición de un notable periodista lo vemos recogido en el manual de Porter y Luxon, que consideran «una buena idea el servirse de una tercera persona (generalmente otro repórter) que pueda servir como testigo. En las *interviews* telefónicas y sobre materias quisquillosas es muy de aconsejar que las escuche también otro repórter mediante otro auricular».

Por lo general, la sangre no llega al río. Ni ahora ni antes, cuando un malentendido bastaba para provocar un duelo. Ossorio y Gallardo, en 1891, no se arredraba ante esta posibilidad. «¿Qué mayor fortuna para el periodista?», se preguntaba. «Su nombre rodará por las columnas de los periódicos, será comentada su conducta, se ocupará el público de él, resultará personaje de veinticuatro horas... y todo, ¿por cuánto? Por quedarse sano y salvo en su casa y en el bolsillo con un acta en que figure que el ministro H, el senador B, o el general M, no puede descender a batirse con un gacetillero.»

Entonces, como tal vez ahora, un entrevistador era bien poca cosa.

CAPÍTULO 6

APLICACIÓN A LA RADIO Y LA TELEVISIÓN

No necesitamos explicar que el medio condiciona los géneros periodísticos y que nunca puede ser igual la entrevista que se realiza en la prensa que la que se desarrolla ante los oyentes y espectadores de la radio y la televisión. Después de haber desarrollado el tema en la prensa, añadiremos unas palabras sobre su aplicación a los medios audiovisuales.

Montserrat Roig, que había efectuado numerosísimas entrevistas para diarios y revistas, se encontró un buen día que le ofrecían un programa de encuentros con personajes importantes en la televisión catalana. En uno de los libros donde se recogen los textos de aquellos diálogos explica la autora cómo vivió semejante cambio: «*Em vaig trobar, doncs, que saltava d'un gènere vuitcentista, com és l'entrevista escrita, a un gènere en que domina la tècnica. Del paper i la ploma a la càmara i el focus...*» (1978, p. 10).

Confiesa que las noches de las primeras semanas las pasaba soñando con la grabación. Le angustiaban dos cosas, por encima de todo: el quedarse en blanco y el decir simplezas. Ya no se trata tan sólo de mantener una conversación de la que puedan extraerse en un momento u otro respuestas interesantes, sino que en televisión

el diálogo tiene que ser seguido, fluido, denso, ágil y dotado de interés. En cuanto la palabra sale de la boca ya no se puede retirar y no son admisibles los fallos que, si ha de ser escrita después, no tienen la menor importancia. El ojo de la cámara es implacable y el público que se encuentra instalado en el sofá de las salas de estar no deja pasar una («Se te escapa una mirada, una risa, te rascas el cogote justamente cuando te enfoca tu cámara...»).

Poco a poco, consigue captar lo peculiar del medio: el *tempo*, que es muy diferente. Cuando se escribe, cuenta el ambiente, el clima; mientras que en la televisión hay un *tour de force* que «puede ser elegante o crispado, divertido o anodino. Existe tensión» (p. 22). «En la entrevista escrita, cuenta la descripción. En la entrevista hablada, la relación. En la primera el tiempo se siente en *ralenti*. En la segunda, tiempo en tensión» (p. 23). Notables diferencias que las notan entrevistador y entrevistado y que las sufren igualmente, si no son duchos en el medio o hábiles para sortearlas.

Muchos de cuantos han pasado por esta experiencia confiesan que uno de sus principales miedos ha sido al enmudecimiento, a no ser capaces de rellenar con palabras el tiempo asignado (aunque el silencio también puede convertirse en un elemento que se aprovecha para crear un ritmo lento, intimidad, complicidad... Sólo hay que observar el inteligente uso que hace Jesús Quintero de algo tan antirradiofónico, *a priori*). Algunos de los que iban a ser entrevistados le preguntaban a Montserrat Roig cómo iban a estar hablando durante tres cuartos de hora, qué podían decir de interesante durante un lapso de tiempo tan prolongado (esos mismos, al término del programa, reconocen que aún podían haber seguido hablando durante mucho tiempo).

Sin embargo, existen entrevistados que manifiestan una preferencia por estos medios, antes que por la prensa escrita. Marqués ataca el desbarajuste y el despiste de los redactores de ésta que, cuando se disponen a pasar

en limpio las respuestas, pueden atribuir a un entrevistado «la portentosa declaración de que en Alemania los homosexuales pintaban de rosa a los nazis». Ello es lo que le hace afirmar: «Prefiero las entrevistas de radio y televisión, donde la tontería es tuya.»

«La entrevista es un género aparecido primeramente en la prensa, *pero sólo la radio descubrió sus grandes posibilidades*», dice Fernández Asís (1985, t. I, p. 303). Lo cierto es que en la radio se recurre con mucha frecuencia a la entrevista. Martínez Vallvey asegura que la radio y la televisión «no podrían sobrevivir en su labor informativa si no recurriesen a las entrevistas». También hay una preferencia de los oyentes por los programas llamados «magazines», que se deslizan entre noticias, entrevistas y comentarios. De hecho, los periodistas que han implantado esta fórmula en la radio son los que se están llevando el grueso de la audiencia: por ejemplo, Iñaki Gabilondo o Luis del Olmo (cf. Amando de Miguel, pp. 693 y ss.).

Dicha recurrencia a la entrevista por parte de los profesionales de la radio se refiere tanto a la que se realiza al hilo de los acontecimientos noticiosos, como las más pausadas que tienen lugar en los estudios (grabadas o en directo). O sea, que también aquí cabe hablar de entrevista de declaraciones y de personalidad, al margen de aquellas que tienen como fin el mero entretenimiento.

Arturo Merayo aún recoge una serie de modalidades más (unas tratadas a lo largo de este libro, otras no explicadas porque son peculiares de la radio o porque no las consideramos como tales):

> De alguna manera son también entrevistas —aunque más propias de los géneros interpretativos o del periodismo de opinión— los coloquios, cuando los oyentes preguntan al entrevistado; los debates, si distintas personas enfrentan opiniones contrarias; las mesas redondas con diferentes expertos o protagonistas para analizar un tema concreto; las tertulias, entre periodistas y políticos que conversan sobre la actualidad sin un orden prefija-

do; los sondeos y encuestas, que exigen necesariamente la participación de los oyentes, y las ruedas radiofónicas entre profesionales del medio (de corresponsales o de emisoras).

En este aspecto, el autor proclama la superioridad de la radio sobre la televisión a la hora de realizar programas participativos (cf. Ángel Benito, p. 1.030).

Cuando se escribe para un periódico nos esforzamos en transmitir a los oyentes la impresión que producen en nosotros las palabras del entrevistado, subrayadas o matizadas por el tono de voz y otros elementos confluyentes de carácter no verbal. En la radio no cabe que el periodista interprete nada, porque esta impresión la recibe el oyente de forma directa. Pero esta proximidad, inmediatez y familiaridad que proporciona el mensaje radiofónico, y sensiblemente la entrevista, se ve turbado por ciertos inconvenientes que proceden de la limitación de tiempo, la inseguridad del lenguaje hablado en algunos sujetos, la falta de medios con que trabajan algunas emisoras o la dificultad de retocar el diálogo (ninguna cuando es en directo).

Algunos rechazos de la entrevista en la radio proceden de los vicios que ciertos periodistas y locutores (porque han arraigado tanto en unos como en otros) no han sabido superar. Por ejemplo, la excesiva locuacidad, el atosigamiento del invitado por el miedo a que se produzca el silencio, el repetir cosas sabidas y el preguntarle aquello de lo que ya hemos informado a los escuchas.

Es típico de los malos entrevistadores radiofónicos (hasta se pueden encontrar fragmentos similares en la prensa escrita) el llevar («conducir» se atreven a decir) diálogos poco productivos, que más se asemejan al interrogatorio judicial, en el que el fiscal o defensor ya conocen todos los detalles del proceso y sólo buscan la confirmación pública y expresa de unos hechos. Prado (pp. 57-85) critica los defectos y «tics» de la entrevista radiofónica: cuando los resultados grabados no son bue-

nos hay que repetirla u olvidarse de ella; no hay que perder el tiempo con obviedades y agradecimientos; no hay que dejar que concluya por aburrimiento.

Urbina anota en su libro una serie de indicaciones que pueden ser útiles para quienes son invitados a responder a preguntas ante un micrófono. Después de indicar que deben prepararla en condiciones, ya en la entrevista aconseja que «intenten hablar despacio, con claridad y con naturalidad (imagínense que están hablando con su mujer). Sean concretos (si en televisión el tiempo vuela, en la radio aún más), derrochen amabilidad y buen humor, escuchen con atención lo que les digan y jamás interrumpan al entrevistador» (p. 118). Son consejos que no viene mal atender si se quiere cuidar la imagen y obtener algún beneficio de la comparecencia radiofónica.

La radio española de los últimos años ha dado grandes entrevistadores. Hemos citado a Luis del Olmo e Iñaki Gabilondo, pero a éstos podríamos sumar los nombres de Bobby Deglané, Vicente Marco, Juan de Toro, Basilio Gassent, Eduardo Sotillos, Mario Beut, Juan Armengol, Miguel de los Santos, José Luis Pécker, Concha García Campoy, Julia Otero, Antonio San José, Marta Robles, Javier Rioyo...

Jesús Quintero, al que antes aludíamos, destaca por la originalidad de sus planteamientos radiofónicos y por la calidad de sus encuentros ante el micrófono (después los trasladó a la televisión, aunque nuestra opinión personal es que el clima de intimidad que lograba crear le iba más a la radio). Para Haro Tecglen, «la ventaja de Jesús Quintero está en que haya aprendido de las mujeres o de los curas: como si hubiera hecho un buen ejercicio de desvirilización. Hablo como entrevistado en la Ser. Él, en Sevilla; yo, en Madrid, solo y encerrado en un estudio en penumbra. ¿Es así como consigue la intimidad? Creo que no; creo, por esa experiencia, que ataja las respuestas generales, lo externo, y lleva al interlocutor hacia sus propias sensaciones. En realidad, todos

queremos hablar de nosotros mismos y los otros entrevistadores nos lo impiden».

Como en la radio, la entrevista informativa de televisión se ha desarrollado, en general, en dos grandes líneas: la breve, al hilo de los acontecimientos, y la que tranquilamente se efectúa para profundizar en la personalidad de los personajes. La primera realmente se usa en contadas ocasiones. Las exigencias de tiempo en los telediarios ha llevado a que se depuren tanto que sólo ha quedado la breve imagen del entrevistado, al que se escucha en unas breves frases: como si hubiera desaparecido todo lo accesorio y sólo quedara el meollo de sus declaraciones. Por supuesto, no aparece el entrevistador por ningún lado ni se oye la formulación de pregunta alguna.

¿Puede ser calificada de entrevista? Si aparece de esta manera, difícilmente, pero en otras ocasiones hay un atisbo de diálogo que nos hace ver que en su origen y en su manera de actuar tiene todas las características de aquélla. En realidad, se trataría de una entrevista que ha sido podada de todo lo accesorio, pero con tanta severidad que solamente ha quedado la respuesta a una pregunta y, al final, aún ésta ha desaparecido de la grabación que llega a contemplar el espectador.

A pesar de esta reducción —propia de un medio obsesionado por el tiempo, que está medido al segundo—, la entrevista es un recurso que da muy buenos resultados, «porque el impacto que un televidente recibe cuando alguien da su cara para informar, contradecir o verificar un hecho, es determinante para la credibilidad del informe. Es en muchos casos la única opción que tiene la comunidad de tener enfrente los personajes a quienes él mismo le gustaría interrogar» (Botero y Restrepo, p. 117).

Piedrahíta (p. 42) rechaza el tono grandilocuente, que era propio de otras épocas de nuestra televisión,[1]

1. Épocas de las que pudo escribir Luis María Anson que «ni la censura, ni el abuso que de la entrevista se hace en la pequeña pantalla, minimizándola, habían terminado con ella» (cf. Meseguer, p. 14).

porque «no le va al periodismo televisivo; le rompe el ritmo». A su juicio, el redactor debe aparecer de espaldas a la cámara y no tiene que explicar nada de frente, como era habitual en los telediarios de épocas pasadas: «Es el presentador, en estudio, quien ha de poner en antecedentes. O el mismo periodista, autor de la pregunta, si ésta va incluida en una crónica, pero mediante voz en *off* y con el apoyo de las imágenes correspondientes.»

Cuestión diferente es el diálogo que tiene lugar en los espacios reservados a estos efectos, que permiten que pueda abordarse con tranquilidad y buena disposición de ánimo. En toda la historia de nuestra televisión y en el momento actual de plurioferta, oficial y privada, siempre han sido abundantes los programas de esta factura, con las lógicas diferencias de objetivo, presentación y manera de realizarlo. Suelen tener aceptación cuando no se trata de dos bustos parlantes que intercambian preguntas y respuestas, sin garra en las preguntas y sin interés en las contestaciones. Como es natural, siempre ha habido de todo.

No era el caso de Joaquín Soler Serrano, quien emprendió una serie de diálogos con escritores, intelectuales y artistas del más alto rango, en un programa titulado *A fondo*. Aún hoy puede ser leído con provecho el volumen que recoge las conversaciones con novelistas y poetas. Vallejo-Nágera pone de manifiesto en el prólogo la dificultad de mantener en televisión un espacio de entrevistas largas, y eso es lo que logró Soler Serrano durante unas cuatrocientas semanas. Y, además, de carácter cultural. El secreto lo explica en una aplicación al estudio previo de la obra y la personalidad del entrevistado y en la cordialidad que presidía el diálogo.

Los mejores entrevistadores son los que logran dar sensación de que están desarrollando una conversación distendida, casi de mesa camilla, a la que sólo asistimos por efecto de ese «ojo mágico» que capta lo que sucede en el estudio de televisión. Lo han logrado estupendos profesionales que han destacado en esta faceta, a los que

los espectadores españoles les estamos muy agradecidos por los buenos ratos que nos han hecho pasar. Sin embargo, para Tubau (p. 131), esta intimidad resulta prácticamente imposible. «Puede que en un locutorio de radio el entrevistado llegue a olvidar en algún momento que le están oyendo miles de personas, pero en un plató de televisión (con cámaras, focos, maquillaje, regidor...) es más difícil llegar a una conversación tan relajada como en casa.» Apunta casos, sin embargo, en que sucede lo contrario, cuando «se logran momentos mágicos que nunca se alcanzarían en una conversación privada».

Fernández Asís (t. I, p. 307) ofrece una serie de consejos que pueden resultar útiles para quienes ejercen este menester en tales medios:

> No se debe entrevistar más que a quien tenga algo interesante que decir. En el campo del audio se plantea algún problema que no existe en la prensa convencional. No pocos entrevistados están faltos de claridad de expresión o tienen un lenguaje confuso y oscuro; dan largos circunloquios para llegar a un final que a veces nunca llega; y, para colmo, carecen de capacidad de síntesis. Frente a estos posibles entrevistados hay otros no menos peligrosos desde el punto de vista de la inteligibilidad de sus mensajes: los especialistas, los técnicos, los economistas [...], los científicos, los profesores universitarios... Todos éstos no sólo emplean de modo habitual un lenguaje poco al alcance de la gente vulgar, sino que a menudo lo subrayan porque así se distancian más de ellos. En otras palabras, cifran su mensaje en un código no conocido o cuando menos no manejado por el oyente.

En los últimos años se están realizando una serie de programas que se desarrollan a base de entrevistas sucesivas o con una derivación hacia el debate, sostenido por un moderador, que suscita cuestiones cuando corre el peligro de apagarse o cuando el diálogo se pierde en discusiones estériles. La opinión de Haro Tecglen es que «la entrevista es un género desprestigiado en la televi-

sión, y los debates se han ido de las manos de sus mantenedores, que no suelen dejar llegar hasta el fondo de las cuestiones». A su juicio no se está logrando la misma calidad en la televisión que en los periódicos. Otro problema es que la constante presencia del periodista en un medio tan impactante como la televisión le dota de una fama tan sobrecogedora que al final es más importante que cualquiera de sus entrevistados, con lo que nos hallamos ante una deformación del ejercicio profesional.

La rigidez de la pregunta-respuesta, con dos interlocutores que se van turnando en el uso de la palabra, se ha intentado romper con la presencia de público en el estudio que se ríe, emociona, aplaude o manifiesta su disconformidad e, incluso, es invitado a participar, a preguntar a su vez. De esta manera el espectador se involucra en lo que se está hablando o debatiendo y tiene la sensación de formar parte del grupo social o intelectual que se halla presente, como una continuidad que le permite proseguir esa misma discusión con los miembros de su familia.

En esa línea se sitúan ahora mismo profesionales que han alcanzado gran prestigio en esta faceta, como Jesús Hermida, Andrés Aberasturi, Mercedes Milá o Iñaki Gabilondo, como en otro tiempo destacaron Ángel Fernández Conde, Victoriano Fernández Asís, Joaquín Soler Serrano o Alfredo Amestoy.

Debemos referirnos, por último, al diálogo que ya no es informativo, sino de mero pasatiempo y que se ofrece en los espacios de diversión. Suele carecer de profundidad, es leve y tópico, aunque caben las excepciones. No suele ser llevado a efecto por periodistas, sino por los mismos presentadores, auténticos *showmen* en unas ocasiones o gárrulos imitadores de lo que debe ser un buen entrevistador.

Un fenómeno de los últimos tiempos, en plena competencia de las diferentes cadenas televisivas, ha sido la contratación de famosos para que aparezcan por la pantalla entrevistando a los personajes de actualidad. Lola

Flores y su hija Lolita eran las más llamativas, pero algo semejante realizan los que han sido encargados de espacios arrevistados y humorísticos, como pueden ser parejas (Martes y 13 o Las Virtudes) que cultivan el humor.

En general, nos parece un fraude al espectador: en primer lugar, porque la calidad de tales diálogos deja mucho que desear y, después, porque se oculta la existencia de una serie de periodistas que son los que realmente propician el encuentro, preparan las preguntas y hasta les indican los comentarios que deben realizar para comenzar y concluir la charla.

Pilar Cernuda dedicó un artículo a quienes casi podríamos considerar suplantadores (no por cuestión de título o no título, sino por la más efectiva de calidad o no calidad). Se sorprende de que, siendo nuestra profesión una de las menos consideradas del mundo, haya tantas personas que quieran apuntarse a ella: «No se entiende, por tanto, que gentes de buen vivir se metan en esto del periodismo y se maten por sentarse ante una cámara de televisión con un político al lado, un filósofo o un pintor, a los que intentan someter al tercer grado.» La autora del artículo dice que prefiere a Mercedes Milá, Hermida, Herrero, Aberasturi o Lobatón, antes que artistas y folklóricas a quienes los personajes se les van «vivos, enteros, inéditos».

Pero, eso sí, tales personajes populares, por lo general nulamente preparados para esa tarea, le tienen mucho respeto a la entrevista, porque no aceptan efectuarla de cualquier manera. ¡Si cuidaran tanto la preparación como se ocupan de su apariencia los resultados estarían logradísimos! Amilibia dedicó un comentario irónico a unas declaraciones de Chábeli Iglesias (la capacidad entrevistadora le viene de familia) en las que afirmaba su voluntad de no quedar embarazada mientras no concluyera un programa de televisión que realizaba en Miami. El argumento era concluyente: «¿Me imaginas haciendo entrevistas con una tripa grandísima?» ¿Por qué no?, se pregunta Amilibia: «He visto a

José Luis Balbín hacer entrevistas con una barriguita considerable y ni tan siquiera se le ha caído la pipa.»

¿Cómo debería ser la entrevista en la televisión? En primer lugar, no se debe abusar de ella en los espacios informativos, porque así como en la radio es la voz del entrevistado la que da testimonio y verosimilitud al hecho noticioso, en la televisión se cuenta con el formidable apoyo de la imagen. Botero y Restrepo (p. 113) han redactado un heptálogo sobre las virtudes de que debe estar dotado el redactor que realiza entrevistas en televisión.

A su juicio tiene que ser seguro, pues un periodista que duda dañará el clima que debe establecerse; claro; oportuno, ya que si no está atento a cualquier insinuación se perderán aspectos importantes; respetuoso, que no debe confundirse con servil; inspirar confianza; cuidar el tiempo (no deben filmarse veinte minutos si van a emitirse cuarenta segundos), y saber que el entrevistado es el protagonista: para él son los primeros planos y no se abusa de extensas presentaciones.

Hemos insistido anteriormente en la preparación del periodista para no ir a una cita «con lo puesto». Si es grave tal descuido cuando se trabaja para la prensa, mucho más si estamos entrevistando por televisión, donde no podemos transformar nuestra ignorancia en sabiduría al escribirlo, sino que aparecemos tal cual somos. Cavarico (p. 97) recomienda que «las preguntas deben denotar madurez intelectual y respetar al personaje no haciendo preguntas que denoten infantilismo, impreparación crasa o ignorancia absoluta». Pero, al mismo tiempo, no debe olvidarse que «hay preguntas sencillas, elementales, que desatan grandes respuestas y aclaran situaciones confusas».

En resumen, la entrevista tiene ahora mismo una presencia exuberante en los medios audiovisuales españoles. Los programas de producción propia, a excepción de las series, como es lógico, cuentan con diálogos que realizan o remedan la entrevista periodística. Y el nú-

mero de estos espacios se multiplica y, en vista del éxito, se potencia y se mima. Es cuestión, por supuesto, de conseguir que acudan personajes populares y polémicos, y lograr que hablen con libertad y con audacia.

También en estos medios la entrevista está viva y se manifiesta esplendorosa.

BIBLIOGRAFÍA

ABC (1993): *Libro de estilo*, Barcelona, Ariel.
Acosta Montoro, José (1962): «Problemática de la entrevista», *Gaceta de la Prensa Española*, n.° 139, marzo-abril, pp. 159-189.
— (1973): *Periodismo y literatura*, 2 vols., Madrid, Guadarrama.
Alonso, Martín (1980): *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, 2 vols., Madrid, Aguilar, 12.ª ed.
Aranguren, José Luis L. (1975): «La entrevista periodística como género literario», *La Vanguardia*, 6 de septiembre, p. 11; recogido en el libro *El oficio de intelectual y la crítica de la crítica*, Madrid, Vox, 1979, pp. 129-133.
— (1982): «Para una teoría de la entrevista como género literario», *El País/Libros*, 27 de junio, p. 3.
Arco, Manuel del (1948): *El personaje en el bolsillo*, Barcelona, Barna.
— (1960): «La interviú», en González Ruiz, Nicolás (dir.), *El periodismo. Teoría y práctica*, Barcelona, Noguer, 3.ª ed., pp. 403-415.
Arfuch, Leonor (1995): *La entrevista, un invención dialógica*, Barcelona, Paidós.
Aznarez, Malén (1978): «Rosa Montero, la entrevistadora entrevistada», *Arriba* (suplemento dominical), 14 de mayo, pp. 4-7.
Barrera, Carlos y Jimeno, Miguel Ángel (eds.) (1991): *La información como relato* (Actas de los V Jornadas Internacionales de Ciencias de la Información), Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.

Barrett, Edward W. (selección e introducción) (1968): *Reportaje a la realidad*, Buenos Aires, Troquel.

Barroso García, Jaime (1987): *Tratamiento de la información en televisión*, Madrid, Instituto Oficial de Radio y Televisión (IORTV).

— (1992): *Proceso de la información de actualidad en televisión*, Madrid, Instituto Oficial de Radio y Televisión (IORTV).

Benítez, José A. (1984): *Técnica periodística*, Praga, Organización Internacional de Periodistas.

Benito, Ángel (dir.) (1991): *Diccionario de ciencias y técnicas de la comunicación*, Madrid, Ediciones Paulinas.

Berasátegui, Blanca (1987): *Gente de palabra. 37 personajes entrevistos*, prólogo de Gonzalo Torrente Ballester, Barcelona, Plaza & Janés.

Bermeosolo, Francisco (1962): *El origen del periodismo amarillo*, Madrid, Rialp.

Bernal, Sebastià y Chillón, Lluís Albert (1985): *Periodismo informativo de creación*, Barcelona, Mitre.

Bingham, Walter Van Dyke y Moore, Bruce Víctor (1960): *Cómo entrevistar*, Madrid, Rialp.

Blázquez, Niceto (1992): *Información responsable*, Madrid, Noticias.

Bond, F. Fraser (1974): *Introducción al periodismo*, México, Limusa, 2.ª reimp.

Bonet, Juan (1976): *Entrevistario*, Barcelona, Ediciones 29.

Borrás Betriu, Rafael (1971): *Los que no hicimos la guerra*, Barcelona, Nauta, 2.ª ed.

Botero, Selene y Restrepo, Javier Darío (1990): *Periodismo diario en televisión*, Medellín, El Propio Bolsillo.

Brajnovic, Luka (1969): *Deontología periodística*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra.

Calvo Hernando, Manuel (1977): *Periodismo científico*, Madrid, Paraninfo.

Camba, Julio (1928): *Sobre casi todo*, Madrid, Espasa-Calpe.

Campmany, Jaime (1974): «Prólogo» a *Los políticos*, de Bonifacio de la Cuadra, Barcelona, Dopesa.

Cantavella, Juan (1992-93): «Prensa y poder en la España actual», *Quaderni del Liceo Scientifico Italiano*, n.º 1, pp. 91-95.

— (1995): «Los diálogos literarios como precursores de la entrevista periodística», en *Estudios sobre el mensaje periodístico*, n.º 2, Madrid, Universidad Complutense, pp. 101-110.

Carol, José (1982): *33 viajes alrededor del yo*, Barcelona, Anthropos.
Carrascal, José María (1993): *Al filo de la medianoche*, Madrid, Espasa-Calpe.
Casasús, Josep Maria y Núñez Ladeveze, Luis (1991): *Estilo y géneros periodísticos*, Barcelona, Ariel.
Castelli, Eugenio (1981): *Manual del periodismo*, Buenos Aires, Plus Ultra.
Cavarico, Edda (1989): *Sala de redacción. La noticia y la entrevista en prensa, radio, TV*, Bogotá, Colombia, 2.ª ed.
Cebrián Herreros, Mariano (1992): *Géneros informativos audiovisuales*, Madrid, Ciencia 3.
Cela, Camilo José (1987): *Conversaciones españolas*, Barcelona, Plaza & Janés.
Cernuda, Pilar (1992): «Artistas periodistas», en el suplemento *Blanco y Negro* del diario *Abc*, 29 de noviembre, p. 154.
Cerón, Julio (1993): «Todos los entrevistados son el mismo entrevistado», *Abc*, 23 de noviembre, p. 59.
Charon, Yvan (1989): *L'interview à la télévision*, París, CPJ.
Coll Gilabert, Antonio (1981): *De profesión periodista*, prólogo de Carlos Sentís, Barcelona, Noguer.
Córdoba, Santiago (1951): *Con carota y sin careta* (interviús publicadas en el diario *Pueblo* con el título «Díganos la verdad»), Madrid, Paisol.
Cortés-Cavanillas, Julián (1967): *Psicoanálisis. Diálogos con figuras famosas*, Madrid, Prensa Española.
Dovifat, Emil (1964): *Periodismo*, 2 vols., México.
Downs, Carl W. y otros (1980): *Professional interviewing*, Nueva York, Harper & Row.
Fallaci, Oriana (1970): *Los antipáticos*, Barcelona, Mateu.
— (1974): *Entrevista con la Historia*, Barcelona, Noguer.
Fernández Asís, Victoriano (moderador) (1975): «Los entrevistadores», en *Los coloquios de Alcor 2*, Madrid, Dossat, pp. 89-113.
— (1985): *Radiotelevisión: información y programas*, 2 vols., Madrid, Servicio de Publicaciones del Ente Público RTVE.
Gaillard, Philippe (1972): *Técnica del periodismo*, Barcelona, Oikos-Tau.
García Luengo, Eusebio (1959): «Las entrevistas», *Arriba*, 22 de marzo, p. 34.
García Marquina, Francisco (1991): *Cela: masculino singular*, Barcelona, Plaza & Janés / Cambio 16.

García Núñez, Fernando (1985): *Cómo escribir para la prensa*, Madrid, Ibérico Europea de Ediciones.
García Serrano, Rafael (hacia 1971): «Entrevistas, encuestas y sexo», *El Alcázar*.
Gargurevich, Juan (1982): *Géneros periodísticos*, Quito, Belén.
Gironella, José María (1969): *Cien españoles y Dios*, Barcelona, Nauta.
— y Borrás Betriu, Rafael (1979): *Cien españoles y Franco*, Barcelona, Planeta.
Gómez, Obdulio (1956): «El cuestionario», *Gaceta de la Prensa Española*, n.º 102, agosto.
Gómez-Santos, Marino (1964): *Españoles en órbita*, Madrid, Afrodisio Aguado.
— (1969): *12 hombres de letras*, Madrid, Editora Nacional.
— (s.a.): *Entrevistas*, Barcelona, Ediciones G.P.
Gomis, Llorenç (1989): *Teoria dels gèneres periodístics*, Barcelona, Centre d'Investigació de la Generalitat de Catalunya.
González Bedoya, J. (1987): *Manual de deontología informativa*, Madrid, Alhambra.
González-Ruano, César (1930): *El momento político de España a través del reportaje y la interviu*, Madrid, CIAP.
— (1959): «La entrevista, género literario», *Abc*, 17 de diciembre; reproducido en *Gaceta de la Prensa Española*, n.º 120, enero de 1960, p. 84.
Goñi, Javier (1985): *Cinco horas con Miguel Delibes*, Madrid, Anjana Ediciones.
Graña González, Manuel (1930): *La Escuela de Periodismo. Programas y métodos*, Madrid, CIAP.
Halperín, Jorge (1995): *La entrevista periodística. Intimidades de la conversación pública*, Buenos Aires, Paidós.
Haro Tecglen, Eduardo (1993): «Personas y personajes», en el suplemento *Telepaís*, n.º 115, 2 de mayo, p. 3.
Herraiz, Ismael (1960): «Reporterismo», en Nicolás González Ruiz (dir.), *El periodismo. Teoría y práctica*, Barcelona, Noguer, 3.ª ed., pp. 15-102.
Hohenberg, John (1962): *El periodista profesional*, México, Editorial Letras.
— (1982): *Ciencias y técnicas de la información*, México, Editorial Interamericana, 2.ª ed.
Johnson, Stanley y Harriss, Julián (1966): *El reportero profesional*, México, Trillas.

López de Zuazo, Antonio (1977): *Diccionario del periodismo*, Madrid, Pirámide.
— (1980): *Criterios de clasificación de los géneros periodísticos* (memoria de licenciatura), Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid (inédita).
Mainar, Rafael (1906): *El arte del periodista*, Barcelona, Suc. de Manuel Soler.
Mandel, Siegfried (comp.) y Committee on Modern Journalism (1967): *Periodismo moderno*, México, Letras, 2.ª ed.
Mañas, Beatriz (1981): «Rosa Montero, deprisa, deprisa», *El Socialista*, 12 de agosto, pp. 48-49.
Marqués, Josep-Vicent (1989): «Entrevistas», en el suplemento dominical de *El País*, 2 de julio, p. 6.
Martín Vivaldi, Gonzalo (1986): *Géneros periodísticos*, Madrid, Paraninfo, 4.ª ed.
— (1989): «Entrevista», en la *Gran Enciclopedia Rialp*, Madrid, Rialp, 6.ª ed.
— (1992): *Curso de redacción*, Madrid, Paraninfo.
Martínez Albertos, José Luis (1962): *Guiones de clase de Redacción Periodística*, Pamplona.
— (1974): *Redacción Periodística. Los estilos y los géneros en la prensa escrita*, Barcelona, ATE.
— (1992*a*): *Curso general de Redacción Periodística*. Madrid, Paraninfo, 2.ª ed.
— (1992*b*): «Nuevos periodistas españoles: análisis de sus formas expresivas», en *Estudios de Periodística*, Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, pp. 13-27.
— (1994): «La tesis del perro-guardián: revisión de una teoría clásica», en *Estudios sobre el mensaje periodístico*, n.º 1, Madrid, Editorial Complutense, pp. 13-25.
Martínez de Sousa, José (1981): *Diccionario general del periodismo*, Madrid, Paraninfo.
Martínez Vallvey, Fernando (1995): *La entrevista periodística desde el punto de vista conversacional*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia.
McLaughlin, Paul (1992): *Intervistare... o essere intervistati*, Milán, Francoangeli/Treud.
Mendoza, Plinio A. (1984): *La llama y el hielo*, Barcelona, Planeta.
— (1986): *Gentes, lugares*, Bogotá, Planeta.

Mérida, María (1977): *Testigos de Franco. Retablo íntimo de una dictadura*, prólogo de Ricardo de la Cierva, Barcelona, Plaza & Janés, 2.ª ed.

Meseguer, Manuel María (1975): *16 personajes palmo a palmo*, prólogo de Luis M. Anson, Barcelona, Dopesa.

Mier, Luis Javier y Carbonell, Dolores (1981): *Periodismo interpretativo. Entrevistas con ocho escritores mexicanos*, México, Trillas.

Miguel, Amando de (dir.) (1994): *La sociedad española, 1993-94*, Madrid, Alianza.

Moix, Ana María (1971): «Veinticuatro horas en la vida de... un gran periodista», *Tele/eXpréss*; reproducido en el diario *Solidaridad Nacional*, 26 de junio.

— (1972): *24 x 24 (entrevistas)*, Barcelona, Península.

Monroy Morante, Jesús y otros (1984): *Comunicación y organizaciones empresariales*, Madrid, OIT-CEOE.

Montanelli, Indro (1966): *Personajes*, Barcelona, Plaza & Janés.

Montero, Rosa (1982): *Cinco años de país*, Madrid, Debate.

— (1995): «Entrevistas», en el suplemento dominical de *El País*, 10 de septiembre, p. 14.

Mota, Ignacio H. de la (1988): *Diccionario de la comunicación*, 2 vols., Madrid, Paraninfo.

Oberon (1953): *Auténticas entrevistas falsas*, prólogo de Bobby Deglané, epílogo de Tip y Top, Madrid, Alhambra.

Oliva, Llúcia y Sitjà, Xavier (1992): *Las noticias en TV*, Barcelona, Instituto Oficial de Radio y Televisión (IORTV).

Ortego Costales, José (1976): *Noticia, actualidad, información*, Pamplona, Universidad de Navarra.

Ossorio y Gallardo, Carlos y Ángel (1891): *Manual del perfecto periodista*, Madrid, La España Editorial.

País, El (1990): *Libro de estilo*, Madrid, Eds. El País, 7.ª ed.

Papini, Giovanni (1943): *Gog*, prefacio de Mario Verdaguer, Barcelona, Apolo, 16.ª ed.

Perlado, José Julio (1995): *Diálogos con la cultura*, Pamplona, Eunsa.

Permanyer, Lluís (1967): *43 respostes catalanes al qüestionari Proust*, pròleg de Joan Fuster, Barcelona, Proa.

— (1981): *Cuestionario Proust*, Barcelona, Plaza & Janés.

Piedrahíta del Toro, Manuel (1987): *Teleperiodismo. Ante el reto de la televisión privada*, Madrid, Instituto Oficial de Radio y Televisión.

Pombo, Agustín (1945): «La entrevista», *Gaceta de la Prensa Española*, n.º 34, marzo, pp. 1.386-89.

Pombo, Álvaro (1989): «Entrevistas», *Tribuna de Actualidad*, 16 de enero, p. 130.

Porter, Philip W. y Luxon, Norval Neil (1943): *Manual del periodista (El reporter y las noticias)*, La Habana, Cultural S. A.

Pozo, Alberto (1980): «La entrevista», *UPEC* (La Habana), n.º 2.

Prado, Emilio (1981): *Estructura de la información radiofónica*, Barcelona, ATE.

Preciado, Nativel: *Fuera de tiempo*, prólogo de Manuel Vicent, Barcelona, Ediciones B.

Quesada, Montse (1984): *La entrevista: obra creativa*, Barcelona, Mitre.

— y Frattini, Eric (1994): *La entrevista. El arte y la ciencia*, Madrid, Eudema.

Rivers, William L. (1969): *Periodismo. Prensa, radio y TV*, México, Pax-México.

RNE (1980): *Manual de estilo para informadores de radio*, Madrid, RTVE / Radio Nacional de España.

Rodríguez, Pedro (1969): «El lenguaje de la entrevista», en la obra colectiva *El lenguaje de los medios de comunicación social*, Madrid, Publicaciones de la Escuela Oficial de Periodismo, pp. 63-72.

Rodríguez Betancourt, Miriam (1984): *Acerca de la entrevista periodística*, La Habana, Facultad de Artes y Letras.

Roig, Montserrat (1975): *Retrats paral·lels 1*, pròleg de Jordi Carbonell, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

— (1978): *Personatges*, Barcelona, Pòrtic, 2.ª ed.

Ruiz Quintano, Ignacio (1992): *Camilo José Cela*, Madrid, Temas de Hoy.

Sáenz Guerrero, Horacio (1979): «Prólogo» a *Los triunfadores*, de María Mérida, Barcelona, Plaza & Janés.

San Agustín, Arturo (1991): *Mamá, quiero ser periodista*, Barcelona, Ediciones B.

Sánchez, José Francisco (1993): *La entrevista periodística: introducción práctica*, Pamplona, Eunsa.

Santamarina, Clemente (1947): *Manual de periodismo*, Buenos Aires, Editorial Pan América.

Sarto, Juan del (1955): «La interviú hace treinta años», *Gaceta de la Prensa Española*, n.º 91, septiembre.

Sherwood, Hugh C. (1976): *La entrevista*, Barcelona, ATE.

Silvester, Christopher (ed.) (1994): *The Penguin Book of Interviews*, Londres, Penguin Books.

Soler Serrano, Joaquín (1986): *Escritores a fondo*, prólogo de Juan Antonio Vallejo-Nágera, Barcelona, Planeta.

Sorela, Pedro (1988): *El otro García Márquez. Los años difíciles*, Madrid, Mondadori.

Torrente Ballester, Gonzalo (1987): «Prólogo» a *Gente de palabra. 37 personajes entrevistos*, de Blanca Berasátegui, Barcelona, Plaza & Janés.

Torres Murillo, J. L. (1957): entrevista con Azorín en la revista *La Estafeta Literaria*, 23 de marzo.

Tubau, Iván (1993): *Periodismo oral*, Barcelona, Paidós.

Urbina, José Antonio de (1994): *El protocolo en los negocios*, Madrid, Temas de Hoy.

Valera Cases, Augusto (1974): *Diálogo abierto*, Barcelona, Grijalbo.

Vallejo-Nágera, Juan Antonio y Olaizola, José Luis (1990): *La puerta de la esperanza*, Madrid, Temas de Hoy.

Vázquez Prada, Ricardo (1953): «Alegrías e infortunios del director», *Gaceta de la Prensa Española*, número 70, diciembre.

Vicent, Manuel (1982): *Inventario de otoño*, prólogo de Juan Cueto, Madrid, Debate.

Vigil Vázquez, Manuel (1972): *El oficio de periodista*, Barcelona, Dopesa.

Vizcaíno Casas, Fernando (1976): *Mis audiencias con Franco y otras entrevistas*, Madrid, Sedmay.

Warren, Carl N. (1975): *Géneros periodísticos informativos*, Barcelona, ATE.

Wolfe, Tom (1976): *El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama.

Xifra Heras, Jorge (1972): *La información. Análisis de una libertad frustrada*, Barcelona, Hispano Europea.

Ya (s.a.): *El libro de los redactores*, Madrid (folleto de circulación interna).

Yale (1980): *Un reportero a la pata coja*, Barcelona, Planeta.

Yorke, Ivor (1991): *Principios básicos del reportaje televisivo*, Madrid, Centro de Formación de RTVE.

Zamora Vicente, Alonso (1975): «La entrevista», en el suplemento dominical del diario *Ya*, 14 de diciembre, p. 27.
— (1995): «Entrevista modelo», en la obra *La otra esquina de la lengua*, Madrid, Fundación Antonio de Nebrija.



ÍNDICE

Impreso en el mes de septiembre de 1996
en Romanyà/Valls
Verdaguer, 1
Capellades
(Barcelona)

No hay periódico ni revista que no incluya entrevistas en sus páginas, a veces en número elevado y de notable perfección. Serán textos cortos o largos, demorados o marcados por la prisa; atenderán a cuestiones concretas o asuntos generales de la actualidad; se interesarán por actividades circunstanciales o profundizarán en la personalidad del interlocutor, pero, en cualquier caso, la entrevista se presenta en nuestros días como uno de los géneros más cultivados por los profesionales y seguidos por los lectores. Cuando están dotados de calidad se leen con gusto y con provecho.

Pero la entrevista engaña en su aparente facilidad. Sin duda precisa de un aprendizaje por parte de los que comienzan y una puesta al día para los que han tenido ocasión de practicarla con asiduidad. No siempre se atiende como debiera a su realización, en la confianza de que las dificultades se solucionan por sí mismas: en ocasiones leemos o asistimos a lo que no es sino un fracaso rotundo que podría haberse presentado de muy diferente manera si se hubieran atendido ciertas pautas elementales.

No es mucho lo que se ha escrito sobre la entrevista periodística, a pesar del interés con que es acogida y a la profusión con que se prodiga en los medios, tanto escritos como audiovisuales. Y no contábamos con un manual que explicara exhaustivamente el proceso de realización, los pasos que deben darse y los métodos más empleados para que los resultados sean aceptables. Además, cada contexto demanda un tipo diferente de diálogo y no siempre se conocen las posibilidades que el género ofrece, que a estas alturas ya son muchas.

La entrevista ha evolucionado profunda y audazmente. Con poco más de un siglo de presencia en la prensa española, ha dado un salto gigantesco, desde los titubeos iniciales hasta la consolidación que contemplamos. Un estudiante o un profesional debe dominar los mecanismos que llevan a que una conversación se convierta en texto sólido y atractivo para los lectores. A ello contribuirá este *Manual de la entrevista periodística*, escrito desde la experiencia continuada del autor y el estudio de los maestros del género.



Ariel Comunicación